



FOR THE
Amor
DE UNA
Bella Viuda

LA AUTORA DE BEST SELLERS DE USA TODAY

Christina McKnight

Por El Amor De Una Bella Viuda
Christina McKnight

Traducido por Rafael Ramirez

“Por El Amor De Una Bella Viuda”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2019 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Rafael Ramirez

Diseño de portada © 2019 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Por El Amor De Una Bella Viuda \(Título Independiente\)](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciseis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Epilogo](#)

Por El Amor de Una Bella Viuda
Christina McKnight

La Loma Elite Publishing

Copyright © 2017 by Christina McKnight

All rights reserved.

ISBN: 1-945089-15-6

ISBN-13: 978-1-945089-15-2

La Loma Elite Publishing

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves, en revisiones críticas y ciertos usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al autor y diríjase a "Atención: Coordinador de permisos", a la dirección que figura a continuación.

Christina@christinamcknight.com

Dedicatoria

Para Jason, mi hermano, un veterano de la Armada de los Estados Unidos

~

A quien conozco de primera mano sus sacrificios hacia su país.

Su dedicación personal a nuestro país siempre me ha inspirado a encontrar
mi propia forma de hacer del mundo un lugar mejor

Prologo

Londres, Inglaterra

Mayo 1808

Tock, Tock, Tock (golpe a una puerta)

Daniel se frotó nudillos, miró su atuendo y se apresuró a pasar las manos sobre su arrugado abrigo. El movimiento hizo que se balanceara ligeramente mientras estabilizaba su postura.

—Hip —Le molestaba todo, despreciaba terminar su entretenimiento para acompañar a Lady Lettie a otra reunion social, para quedarse olvidado mientras ella hablaba, se reía y bailaba hasta altas horas de la noche. Había hecho todo lo posible por evitar varios de estos encuentros durante la última quincena, incluyendo una fiesta en el jardín y un recital musical.

La mujer era su prometida. Ella debería, por lo menos, verlo antes de salir a socializar con las otras debutantes que inician su debut en toda Londres.

Era posible que ni siquiera Lettie notara su atuendo poco apropiado o su llegada tardía.

¿Podría ser que Lord y Lady Percival, con su hija, ya se habían ido a la fiesta cuando Daniel no llegó a la hora prevista?

El olfateo. Tendría suerte si logra escabullirse hacia la encantadora cantante de ópera de pelo negro, apresurarse a Carrolton Hall y descubrir que sus obligaciones y presencia ya no eran necesarias.

Daniel se había sentido últimamente: innecesario, no deseado y completamente desechable. A pesar de ser un hombre de negocios, administrador de sus propios bienes en sus diversas propiedades, mantener su residencia y empresas en forma ordenada.

Dejaron que Daniel pasara su tiempo, sin embargo lo consideraba adecuado.

El pensamiento provocó una idea. Si ahora se daba la vuelta, tal vez llegaría al Theatre Royal en Drury Lane antes de que la seductora madam Sabine subiera al escenario.

Sus esperanzas de escapar otra tarde tediosa a la sombra de Lady Lettie se derrumbaron cuando el mayordomo de Percival abrió la puerta e hizo un gesto para que Daniel entrara. Sabía que era insignificante de su parte culpar a Lettie por su absoluto enamoramiento durante su temporada, la falta de atención hacia él, era eso lo que lo molestaba.

—Por aquí, su gracia —El sirviente se hizo a un lado, permitiendo que Daniel entrara.

—Mi señor y la duquesa están terminando su comida antes de partir. Lo están esperando —Las palabras del sirviente corrieron juntas mientras inspeccionaba a Daniel de pies a cabeza. Su expresión le dijo que el mayordomo lo encontraba falto, en más de un sentido.

Maldita sea, Daniel no tenía la costumbre de permitir que un simple mayordomo emitiera un juicio sobre su persona. Cruzó el umbral y entró en el vestíbulo antes de seguir al hombre hacia el comedor. Otro hipo se escapó, Daniel se llevó la mano a la boca para detener el siguiente.

Debería haber dejado su arrepentimiento por la noche y haberse quedado en los voluntariosos brazos de Sabine, su última atracción, *¿o era una distracción?* Sin embargo, más allá de sus propios sirvientes, Daniel no tenía otra alma a la que llamar amigo. Lettie, o Lady Collette como era conocida por la sociedad, era su amiga más antigua y querida. Cuando su amistad de la infancia cambió a noviazgo, y finalmente a un compromiso oficial, fue cuando Daniel perdió interés. Parecía que Lettie ya no era su gema oculta, sino que estaba pulida y presentada a la sociedad... ocupando su lugar como un diamante de las primeras aguas.

Era más que una mascota para llevar con una correa, mejor que un perro de caza o un adorno clavado en su sombrero.

Ya no eran niños con la libertad de correr en sus respectivos hogares o trepar a los ciruelos en el jardín de Daniel en Londres. No, este año, Lettie se había presentado a la sociedad y deberían actuar con el decoro y la gracia que se espera de una futura duquesa.

Su futura duquesa.

Se rió de la idea: Lettie sería una duquesa con o sin su matrimonio con Daniel.

Lady Percival poseía uno de los pocos Ducados ingleses a los que se les había otorgado una patente para pasar a una herencia femenina si no existiera un heredero masculino.

Daniel se tropezó con sus piernas inestables mientras esperaba que el mayordomo abriera la puerta del comedor. Su oportunidad de huir había pasado.

El sirviente no dudó, pero abrió la puerta de par en par y anunció con voz clara y crujiente:

—El duque de Linwood, mi lord.

—Linwood! —Lord Percival retumbó.

—Llegas tarde

—Mi...Hip —Maldita sea, ¿no podría mantener su cuerpo bajo control?

—Disculpe —Tal vez debería haberse tomado el tiempo para detenerse en su casa y cambiarse su atuendo nocturno con una corbata bien atada y posiblemente permitir que los espíritus emboben sus sentidos, antes de llegar a la casa de Lettie.

—Temo que el día me haya pasado, mi lord.

—Es una pena que no hayas permitido que el whisky haga lo mismo —dijo Lady Lettie en voz baja con un resoplido.

Daniel dirigió una mirada en su dirección. “Su pudín de ciruelas” se sentó en la mesa mientras la miraba fijamente. Su suave cabello castaño estaba levantado hacia arriba y amontonado en lo alto de su cabeza, la luz de las velas desde arriba brillaba en sus rizos brillantes. Sabía que si le quitaban los alfileres, su cabello se caería en medio de su espalda. La vista de ella nunca dejó de quitarle el aliento. Desafortunadamente, su ceño no hizo más que recordar a Daniel su tardanza y su atuendo inaceptable.

—Barclay —gritó lady Percival, indicándole al sirviente que retirara su plato.

—¿Qué es ese terrible hedor?

Daniel olfateó tentativamente la habitación, pero no olía nada mal. El aroma persistente de la sopa de pato y el faisán era todo lo que era reconocible.

Un sirviente sacó la silla al lado de Lettie, Daniel se trasladó a su lugar, casi cayendo en la silla mientras su mente daba vueltas.

—¿Postre, su gracias? —Preguntó el sirviente mientras colocaba un plato de pudín ante Daniel.

La idea de comer algo hizo que se le revolviera el estómago.

—No, gracias —Hizo un gesto con la mano al sirviente.

A regañadientes, Daniel giró a su derecha y vio a Lettie. Se quedó mirando su plato, pero no hizo ningún movimiento para recoger sus utensilios, o

dirigirse a él después de su comentario sarcástico. Su frente y labios estaban apretados, el ceño fruncido. Quería preguntar que había hecho para enojar a Heror, por lo que merecía que lo ignoraban.

—Santos cielos. ¡La peste está creciendo!-Lady Percival sacó su pañuelo de la manga y lo agitó ante su cara antes de presionarla contra su nariz.

—¿Qué está haciendo Cocinero?

—No es el cocinero, madre —murmuró lady Lettie, recogiendo su tenedor y empujando el pudín en su plato, sin ningún movimiento para dar otro bocado.

—Entonces, ¿qué es? —Exigió Percival.

Lettie ladeó la cabeza en dirección a Daniel y dijo una simple palabra.

—Él

Daniel chuckled. “I assure you, my lady, it is not I.” Lord and Lady Percival turned to scrutinize him as if noting for the first time that his jacket looked to have been trampled by a herd of livestock before Daniel had slipped it on. “Verily, I smell nothing out of the ordinary.”

Daniel se rió entre dientes.

—Le aseguro, mi señora, que yo no soy —Lord y Lady Percival se giraron para examinarlo como si notaran por primera vez que su chaqueta parecía haber sido pisoteada por una manada de ganado antes de que se la pusiera.

—En verdad, no huelo nada fuera de lo común.

Si hubiera sabido que debía enfrentar una inquisición, no habría rechazado el vaso de oporto.

Fue Lettie quien aspiró a continuación.

—Su gracia, apesta a escocés y... —hizo una pausa, se inclinó ligeramente hacia él, y olfateo levemente, su nariz se arrugó de inmediato cuando retrocedió

—Y... ¿es esa verbena de limón?

Daniel se llevó la solapa de su abrigo a la nariz.

Ah, verbena de limón, el perfume embriagador de la señorita Sabine.

Miró a Lettie, que ahora se inclinaba lo más lejos posible de él, con los brazos cruzados y una mirada de complicidad en sus ojos.

¿Podría saber sobre la amante de Daniel?

Si a Sabine se le pudiera llamar así por un solo hombre. Sólo había conocido a la cantante de ópera quince días antes, después de una noche particular donde vió hombres tras hombre colocando su nombre en la tarjeta de baile de Lettie, Daniel había enviado una nota, pidiendo a Sabine a reunirse con él para una comida la noche siguiente.

Al instante, la cantante llenó el lugar que Lettie debería haber llenado, lleno el vacío después de la muerte de su padre el año anterior: su madre había sucumbido muchos años antes. Había empezado a esperar en las tardes y las noches en los barrios de mujeres cerca de Drury Lane y solo en su casa con solo sirvientes por compañía, talvez siguiendo la estela de Lettie como un tonto.

—Madre, padre —Lettie se puso de pie, un sirviente retiró su silla.

—Tengo algo que necesito discutir con ustedes dos, oh, y también con su gracia.

Un punto de inquietud erizó los pelos en la parte posterior del cuello de Daniel ante su petición formal.

Ella alzó su barbilla con confianza; Sin embargo, sus manos temblaban ligeramente mientras escurrían la servilleta de la cena.

—Ciertamente, mi hija —dijo Barclay.

—¿Qué sucede?

Su rostro palideció y tomó un tono verde desconocido.

—Deseo terminar mi compromiso con Lord Linwood.

—¿Qué? —Gritó la duquesa, su voz aguda hizo que la cabeza de Daniel se estremeciera.

—Colette, ¿qué es esto? —El conde dejó sus utensilios a un lado y miró a su único hija, frunciendo el ceño.

—Tú y Daniel se han prometido el uno al otro desde la infancia.

—No seas tonta, niña —dijo Lady Percival.

—Siéntate y termina tu pudín. El carruaje será traído en breve y nos iremos. Una noche fuera de esta casa te hará bien, para aclarar tu cabeza, por así decirlo.

Daniel nunca había cuestionado la capacidad de la duquesa para actuar como si otro no hubiera hablado, pero solo reforzó cuando la mujer recuperó su cuchara y se inclinó para robar un bocado de pudín del plato de su marido.

—No me iré —La voz de Lettie resonó en la sala, silenciando el sonido de la cuchara de la duquesa mientras daba un segundo golpe al pudín del conde.

—"Daniel, por favor informa a mis padres que no deseas casarte conmigo.

—Yo... —Todos los pensamientos se evaporaron cuando Daniel se enderezó, mirando entre Lettie y sus padres, su mente llena de licor se aclaró. Sus familias habían aceptado la relación hace años. No era algo que él hubiera cuestionado; lo veía como un hecho inevitable en su futuro. Daniel no tuvo problemas con Lettie sobre su compromiso matrimonial. Aunque suendo un

poco idealista, Lettie era equilibrada, elegante e ingeniosa. Todas las cosas que él desearía en una esposa. También era hermosa, eso no pasaba por desapercibido.

—Dígales, Daniel —exigió ella, girándose para mirarlo.

—Yo, bueno, no puedo admitir que alguna vez he reflexionado sobre la idea de no casarme con usted, Lady Lettie —Había sido el último deseo de su difunto padre: que Daniel solidificara su compromiso con Lettie, uniéndolo para siempre a las dos familias por las generaciones venideras.

—Déjanos discutir

—He conocido a otra persona con quien deseo casarme.

Su confesión aterrizó más pesada que una roca en la boca del estómago de Daniel.

¿Conociste a otro? Cuando, quería exigir. ¿Cómo? Y sobre todo, ¿a quién?

—Estoy enamorada de otro y planeamos casarnos, con o sin tu aprobación-. Lettie se quedó un poco más alta, Daniel se enserió rápidamente, su orgullo por ella creció, a pesar de que darle lo que buscaba significaba que estaría perdiendo lo último estable en su miserable existencia.

—Dentro de una semana, me casaré con el señor Gregory Hughes, y partiremos de Londres, de hecho, de Inglaterra.

—Esto es absurdo, Barclay-. La duquesa se volvió hacia su marido, suplicándole apoyo.

—Dile que esto no va a pasar. ¡Cielos, ni siquiera conozco a un señor Gregory Hughes!

La boca del conde se abrió en shock cuando movió su atención a su esposa e hija, regresó una vez más.

—El hombre está detrás de su dote, supongo —Lady Percival negó con la cabeza de un lado a otro.

—No lo permitiré.

Lettie aprovechó la estupidez de su padre para continuar su discurso.

—Lord Linwood, por favor informe a mis padres que está dispuesto a renunciar al acuerdo de nuestras familias, liberándome para casarme con Gregory.

Quien diablos es Gregory, Daniel quería exigir; sin embargo, se arriesgó a echar un vistazo a Lettie en ese momento, cualquier rechazo que hubiera planeado se le escapó de la mente. Puede que esté muy metido en su ebriedad y oliendo a otra mujer, pero sabía muy bien cuándo una mujer estaba diciendo la verdad. Su mirada le suplicó que hiciera lo que ella le pedía.

Él vaciló aún.

Lettie fue, siempre ha sido, la única constante en su vida siempre variable. No importaba a dónde fuera, no importaba lo que hiciera, siempre sabía que ella lo estaría esperando.

El último año había probado su relación, ya que Lettie había sido introducida en la sociedad, Daniel había caído más y más en la desesperación y la soledad, llevándolo finalmente a otras actividades desagradables.

Si él aceptara romper su compromiso matrimonial, traería desgracia para ambas familias. No le molestaba a Daniel vivir en una sombra de mala reputación, pero nunca permitiría que nadie pensara mal de ella.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Preguntó. Ella solo asintió, Daniel continuó:

—¿Amas a este hombre?

—Gregory, su nombre es Gregory, y lo amo mucho.

—¿Él te tratará bien, proveerá para ti? —Daniel no podía creer que estaba considerando la idea de ceder ante sus demandas.

—¿Tiene los medios necesarios?

Ella asintió de nuevamente.

—Ciertamente espero que lo haga porque no verás nada de tu padre o de mí si continúas por este camino inaceptable, jovencita —La duquesa se puso de pie bruscamente, arrojando su servilleta sobre la mesa antes de mirar a Daniel.

—Y si piensa aceptar esta artimaña, Lord Linwood, saldrá de esta casa inmediatamente.

Daniel se incorporó pesadamente, sorprendido de que su equilibrio hubiera regresado.

—Les doy a todos un momento y buenas noches.

Le hizo una breve reverencia a Lady Lettie y se dirigió hacia la puerta.

No fue hasta que se abrió camino por el pasillo hacia el vestíbulo donde Daniel se puso serio al darse cuenta de que su vida, la vida que sus padres habían planeado para él, y el futuro con el que siempre había contado, se creía que era lo suyo, se había ido para siempre.

—Arruinado todo —murmuró Daniel.

Aunque Lettie había elegido a otro, no estaba libre de sus propias distracciones.

Una visita a Drury Lane era exactamente lo que requería una noche como esta.

Capítulo Uno

Londres, Inglaterra

Diciembre 1814

Daniel Greaves, el duque de Linwood, se tomó un último vaso de whisky por esta noche, ¿o ya era de madrugada?, Mientras se levantaba de su asiento usando sus inestables piernas, estaba en el punto perfecto para presenciar todas las festividades de Navidad que lo rodeaban. Era difícil determinar si había más carne desnuda alrededor de él que cuerpos cubiertos de rojo y verde o cuerpos cubiertos con adornos navideños. Su cabeza se movió ligeramente cuando dio el primer paso hacia la puerta. Extendiéndose, se estabilizó y continuó hacia la salida.

—¿Su abrigo, su gracia? —Le preguntó un asistente. Cuando Daniel tomó la chaqueta y la cubrió con su brazo, el sirviente continuó.

—La temperatura ha bajado desde su llegada, el viento es feroz. Déjeme ayudarlo.

El sirviente vestido de oro y verde sacó la chaqueta, listo para que él deslizara sus brazos en las mangas; como si fuera un niño que necesitaba un adulto para evitar que se enferme por salir a la calle sin el atuendo adecuado. No era un muchacho, pero los modales le impedían decirle algo al asistente.

—¿Te vas tan pronto, Danny Boy? —Phineas (lord Gable), gritó a través del salón.

—La mañana esta comenzando, hay mucho tiempo para ir a casa para el desayuno de Navidad con su familia.

Era la confirmación de que la noche había pasado y era la mañana de Navidad.

—Realmente debería... debería irme —Un mareo recorrió a Daniel cuando se giró para mirar a su amigo.

—Necesito estar... —Daniel tragó reflujo que se elevaba en su garganta.

—Yendo.

—Aw, bueno —Phineas inclinó la cabeza.

—Dale a tu familia mis mejores deseos y saludos para el nuevo año.

—Lo haré —Daniel deslizó sus brazos en su abrigo. Llamar a Phineas un amigo era cuestión de política. El hombre obviamente no conocía a Daniel lo

suficiente, ni le importaba conocerlo, como para saber que Daniel no tenía familia. Que regresaría a su casa abandonada para pasar la Navidad solo. Igual desde que su padre falleció, siete años antes.

—Dile lo mismo a tu familia.

—Lo haré, Danny Boy.

Daniel se encogió ante el apodo. Lo había odiado desde el día en que Phineas se lo colocó en Cordell's, un local de juegos que ambos habían frecuentado varios años antes, el lugar donde se conocieron. Sin embargo, nunca había tenido el impulso de decirle al hombre que despreciaba ese apodo. Eso significa que las finesas eran significativas para él. La verdad era que Daniel apenas conocía al hombre. No eran tan cercanos, simplemente se usaban el uno al otro para el mismo propósito: mantenerse alejados la soledad y reforzar sus vidas miserables y egoístas. Nada más significativo era su extravagante estilo de vida, beber, jugar y las mujeres.

Con dedos rápidos, sin duda mucho más lentos de lo que deberían estar después de los doce vasos de whisky que había ingerido, Daniel se abotonó el abrigo. La risa femenina llenó la habitación cuando Phineas puso a una mujer con poca ropa en la rodilla y tiró de la parte delantera de su vestido carmesí para revelar sus pechos pesados y redondeados.

Era algo por lo que Daniel solía reírse, pero la extravagancia de la noche había perdido su atractivo y sintió el empuje para huir de la escena.

Daniel levantó el cuello de su chaqueta, se metió las manos en los bolsillos mientras giraba y salía del salón ruidoso con hombres borrachos y grandes mujeres que esperaban obtener mucho dinero cuando terminara la noche y no necesitaran sus *servicios*.

La Navidad no importaba nada. Sus noches eran muy similares, ya sea en Agosto o en Diciembre.

—Traerán su carruaje, su gracia —Daniel asintió con la cabeza al atento empleado que estaba en el vestíbulo, notando no le había mirado a los ojos.

—Es posible que desee esperar aquí.

Otro asistente pensando que Daniel necesitaba que alguien le instruyera sobre qué hacer. ¿Fue así como Phineas eligió vivir? ¿Ordenado por criados pagados?

Apretó los dientes para reprimir su irritación.

Estaba muy cansado, no, agotado, necesitaba su cama antes de que llegara el dolor de cabeza y la resaca que seguramente seguirían a su noche de copas.

—Voy a esperar afuera.

Con un gesto de asentimiento, el asistente abrió la puerta para que saliera.

Daniel no se detuvo para abordar la mirada compasiva que el empleado le otorgó.

El aire frío de la mañana solo podía ayudar a despejar su mente adormecida por el alcohol y desterrar la pena que había visto en la mirada del empleado.

Al salir, respiró profundamente, permitiendo que el aire helado alcanzara sus pulmones, manteniéndolo allí por más tiempo de lo normal, antes de exhalar. Se le escapó el aliento, visible por la poca claridad, faltaban varias horas antes de que el sol llegara a la cima del horizonte.

—Buenas noches, su gracias. —La puerta se cerró en la despedida.

Un golpe contundente y sólido.

Salió de la entrada y llegó a la calle, ya no estaba protegido del viento. Una ráfaga sopló, enfriándolo hasta los huesos, directamente a través de su chaqueta de lana. Tal vez debería haber escuchado y esperado en el calor del vestíbulo. Sin embargo, ya sentía que su mente estaba despejada, la brisa que empujaba la bruma se alejaba de la misma forma que el viento de la mañana empujaba la niebla desde el puerto. Daniel echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos. Su cabeza inmediatamente nadó, tropezó, pero se negó a abrir los párpados mientras luchaba por recuperar el equilibrio.

—¡Hey, tú! —Gritó un hombre.

Daniel suspiró y se volvió hacia la voz. ¿Quién demonios le estaba gritando? El sonido de un dolor de cabeza que se aproximaba pulsaba detrás de sus ojos.

—¡Detente! —Los pies golpeaban contra el duro callejón a lo largo de la casa de Phineas desde los establos que había detrás, cuando un niño, no más de doce años, se acercó a la esquina, con un sirviente detrás de él.

—¡Ladrón! ¡Dije alto, antes de que suene la alarma!

El niño estaba casi sobre Daniel donde estaba parado en la entrada, esperando el carruaje.

Rápidamente, demasiado rápido para un hombre que había bebido tanto, extendió la mano y agarró el cuello del niño.

Con un grito, el niño se balanceó bajo el agarre de Daniel mientras sus pies abandonaban el suelo. Lo detuvo, aunque continuó tirando y tirando en protesta.

—Déjame ir, tosser —El niño se retorció y pateó, tratando de darle a la espinilla de Daniel.

Daniel se rió ante la petición.

—Gracias, su gracia —dijo el sirviente.

—Mi señor me ha llamado.

—Déjame ir, nada más. —El chico se retorció para liberarse del agarre de Daniel.

—Mi papá, viene a buscarme.

—¿Qué tienes ahí, hijo? —Preguntó Daniel, inclinándose para echar un vistazo a lo que el niño trató de ocultar debajo de su brazo. Cuando los pies del niño tocaron el piso, su movimiento casi tiró a Daniel al suelo mientras el niño seguía luchando.

—No seré hijo de Toff —argumentó el chico.

—Está bien, entonces —dijo Daniel.

—¿Cuál es tu nombre?"

—Soy Charlie, Charlie Drummond".

—Bueno, Charlie, ¿qué estás haciendo merodeando por la casa de Lord Gable a esta hora? —Preguntó Daniel.

—Deberías estar en cama.

El chico resopló ruidosamente; como si alguien con cierto conocimiento debería saber de qué se trataba.

—Si debería estar dormido, pero cuando mi madre y mis hermanas están dormidas, salgo a buscar comida.

—Entonces, ¿no sería mejor reunir algo de comer en lugar de merodear en la propiedad del Señor Gable? —Preguntó, mirando fijamente al niño.

Charlie retiró el paquete que estaba debajo del brazo y lo sostuvo para mostrárselo a Daniel, pero no aflojó su agarre.

—Esto es lo que estaba haciendo, su gracia.

En sus manos había un pan fresco envuelto en papel de carnicero.

—¿Robaste esto, joven? —Daniel se puso de pie, sujetando firmemente el cuello de Charlie mientras envolvía el pan una vez más y lo metía de nuevo bajo su brazo.

—¿De qué otra manera podemos comer? —Charlie respondió.

—Esa es una buena pregunta, hijo —Daniel pocas veces le dio importancia a la clase baja y sus circunstancias.

—¿Vives cerca?

—Déjame ir, y vete —se quejó Charlie.

—Si me atrapan, me va a decir de que nunca volveré a comer.

Daniel se rió ante la dramática súplica del niño.

—Oh, ven ahora, Charlie. Lord Gable es un hombre comprensivo.

—Y nunca se daría cuenta de que una barra de pan habría sido robada de su despensa —Sin embargo, alguien se dio cuenta y lo había perseguido. Aunque Daniel no podía imaginar a Phineas dejar a Peggy fuera de su regazo el tiempo suficiente para manejar tal situación.

Siguiendo ese pensamiento, la luz cubrió el hombro de Daniel en el momento en que la puerta principal se abrió detrás de él. El color desapareció de la cara de Charlie, el pan cayó al suelo junto a él, rodando libre de su envoltura.

—Por favor, mi señor —Los hombros de Charlie se hundieron, Daniel apreció que el chico parecía más joven de lo que el pensaba, asustado e indefenso.

—Tengo razón...

—¿Qué te dije la última vez que te pillaron robándome? —La profunda voz de Phineas sonó detrás de Daniel.

Daniel se giró para ver a un hombre que apenas reconocía, la cara de Phineas se sonrojó al ver la noche en lo profundo de sus copas. Lord Gable siempre había aparecido como un noble, sin preocuparse por nada que no le causara placer. La ira que se desprendió del hombre era extraña y totalmente injustificada por una ofensa tan leve como un pan de su propiedad.

—Yo... bueno... —Charlie tartamudeó.

—¡Gaines! —Phineas llamó al empleado que había perseguido al chico.

—Revisa si hay alimañas en el establo. Iré tan pronto como me asegure de que mis invitados estén entretenidos.

Daniel le guiñó un ojo al niño y le soltó el cuello, pero se quedó congelado.

—Ahora, Phineas —comenzó Daniel, caminando hacia el hombre.

—Charlie está arrepentido, y no te causará más problemas —Como una señal, Daniel vio que su carruaje venía de los establos.

Su anfitrión bajó la cabeza y se dirigió hacia Daniel, sin signos visibles de la enorme cantidad de whisky que había consumido durante las últimas horas.

Sus ojos nunca se apartaron de Charlie.

—Tu carruaje ha llegado, Linwood —Phineas sacudió la cabeza hacia el transporte que se acercaba.

—Ten una agradable Navidad.

—Veré al chico en casa y hablaré con su padre sobre su robo de tu cocina —Daniel puso su mano en el hombro de Charlie y lo dirigió hacia su cochero,

el chico se quedó inmóvil, mirando a Phineas.

—Ven, Charlie.

—El chico no irá contigo, Daniel —Phineas negó con la cabeza, un rizo rojizo se liberó para caer sobre su frente.

—Este erizo y yo hemos tenido tratos antes. Ha sido sorprendido robando varias veces. Le he advertido, y él sigue desobedeciéndolo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel cuando el hombre mantuvo sus ojos fijos en Charlie.

Era un lado de Phineas que nunca había presenciado. Su mirada intensa y enfocada era sumamente inquietante.

—Tienes invitados esperándote, Phineas —Daniel intentó distraerlo una vez más.

—No permitas que esto arruine tu celebración. Puedo manejar a Charlie.

—Eso no será necesario —Phineas se volvió hacia su sirviente.

—Gaines, trae al malhechor a los establos. Ahora.

Daniel puso su mano en el hombro del niño. Su delgado cuerpo tembló bajo la presión cuando una ráfaga de viento golpeó al niño en la cara. Una lágrima solitaria corrió por la cara de Charlie, dejando un rastro de piel turbia y sucia hasta que la gota aterrizó en la solapa de su delgado y parchado abrigo.

—Puede irse, Linwood —Daniel no hizo ningún movimiento para marcharse, Phineas se dirigió hacia él, con sus botas tronando a través del camino empedrado hasta que se paró directamente frente a él. Sus narices estaban separadas por una pulgada.

—Sube a tu carruaje y vete.

El traje de Phineas, impregnado en alcohol, invadió los sentidos de Daniel. Si no hubiera estado ya muy metido en sus copas, se habría vomitado, por no mencionar que el olor a perfume barato lo hacía marearse.

—Dije que te fueras —Phineas se fue hacia adelante, empujando a Daniel hacia su carruaje, poniéndose entre él y Charlie.

Daniel no estaba seguro de lo que lo impulsó a recuperar el equilibrio, echar un último vistazo a Charlie y subirse a su carruaje donde el cochero lo esperaba; Sin embargo, eso fue lo que hizo.

Phineas no era un hombre cruel, ni irrazonable. Ciertamente, no era alguien que dañaría a un simple niño por intentar robar una barra de pan para alimentar a su familia la mañana de Navidad.

Daniel nunca lastimaría a un niño, especialmente a uno que solo buscaba cuidar de su familia. Phineas fue criado de la misma manera que él... un señor, con el decoro adecuado que se espera de hombres de cierta clase y estatus.

—¿A dónde, su gracias? —Gritó su conductor.

—A Casa —Su orden apenas estaba en función, el carruaje en movimiento, saliendo de la curva, cuando escucho los gritos del joven, la brisa de la mañana no fue lo suficientemente fuerte como para llevar el sonido más lejos.

—¡Gira de vuelta!

Capítulo Dos

Londres, Inglaterra

Septiembre 1815

Un cañón resonó a corta distancia, seguido de una orden de carga y el disparo de los mosquetes. Estaba muy cerca que lady Colette Hughes, se encogió de hombros, deteniendo sus pulcras puntadas el tiempo suficiente para calmarse y estabilizar su mano una vez más antes de sumergir su aguja en la carne rota y desgarrada del soldado en la camilla. El hilo se arrastró fácilmente a través de la piel rasgada, deteniendo el flujo de sangre desde donde la punta de una bayoneta había sido empujada hacia el costado de su paciente durante la batalla.

Ella haló del hilo y se dobló hacia atrás antes de inclinarse para atar y morder el extremo. No hubo tiempo para cortar la cuerda o para una limpieza adecuada. Los hombres morirían mucho antes de que se estableciera la infección si no completaba sus tareas de manera eficiente y con dedos rápidos y hábiles.

El barro bajo sus pies aspiraba a sus desgastadas botas mientras se alejaba de la mesa para permitir que otro hombre le diera al soldado herido una dosis de láudano para evitar el dolor.

No estaba segura de cuánto la lluvia de la tormenta se había filtrado en su lugar de trabajo a medida que las horas se habían fundido en días interminable de labor.

La oxidación, el hedor de sangre fresca, llenó la pequeña tienda médica que le habían asignado cuando había iniciado la batalla dos días antes. Ella había señalado que los hombres no podían ser tratados inadecuadamente cuando venían de estar expuestos a los elementos y a la lluvia que azotaba el área. Dentro del recinto, el olor a carne podrida, sangre y desperdicios humanos era abrumador, pero Colette, lady Lettie, como la llamaban los soldados, estaba decidida a completar su tarea de ayudar a los heridos, independientemente de las mediocres condiciones.

Lettie comprendió lo afortunada que había sido de ser elegida para viajar con el regimiento de infantería de su marido, no defraudaría a estos hombres. Seis años de viajes interminables e insensibles, batallas en varios países,

cuidado de heridas tan insignificantes como las mordeduras de un perro a lesiones tan impactantes como miembros cortados y ojos perdidos.

La guerra no era un maestro amable que recompensaba a los leales con un futuro de felicidad. Era una perra cruel que robó la inocencia de los hombres y los dejó con pesadillas de las que no podía escapar, incluso durante sus horas de vigilia.

Para las pocas mujeres como Lettie, que habían dedicado y perdido su propia inocencia en las dificultades de la batalla y el servicio militar, las visiones de cuerpos destrozados por el fuego de cañones, balas de fusil o de rifle no desaparecían nunca. El alcohol para atenuar el infierno de cada hora de vigilia no era una opción para ella. Muchos hombres y sus familias en su hogar en Inglaterra, dependían de su habilidad con una aguja e hilo, su mano firme al extraer la metralla y su conocimiento de mezclar polvos para ayudar con el dolor brutal de las lesiones más graves.

—¡Lady Lettie! —Gritó un hombre, retirando la solapa de la tienda.

—Mi lady. Lo traje tan rápido como mis pies podían correr.

Gus se apresuró a entrar en la tienda, dejando caer la solapa detrás de él y cortando la escasa luz del exterior. Un hombre estaba colgado sobre su hombro, sin moverse, Lettie podía ver la sangre empapada en el abrigo de Gus. La ropa de cualquier tipo era tan difícil de conseguir como las raciones decentes de comida, ahora la única protección de Gus contra la lluvia estaba arruinada, el olor ácido y oxidado probablemente duraría tanto como las manchas.

—Por aquí, Gus —Lettie señaló al soldado con la mano hacia la única camilla vacía que quedaba.

—¿Para qué lesión debo prepararme? —Se apresuró hacia el pequeño gabinete improvisado hecho de las piezas de madera desechadas de un carruaje descompuesto. Abriendo la puerta de par en par, inspeccionó su cada vez más inventario reducido de suministros. Si la batalla durara mucho más tiempo, sería inútil para los heridos. Incluso los restos de tela rasgada para curar heridas casi habían desaparecido.

—Él fue golpeado por un cañón y luego perforado limpio por una esquirra —señaló Gus.

Lettie escuchó al hombre colocar al soldado herido en la camilla mientras recogía todo lo que necesitaba para tratar las heridas más graves. El soldado herido ni siquiera protestó por el movimiento brusco cuando su cuerpo golpeó la tabla rígida.

Con todos los suministros que podía llevar, Lettie se volvió hacia su paciente, murmurando una rápida oración para el hombre. Caminó de regreso a través del estiércol, profundizándose el continuo ataque de la lluvia que se filtraba en la tienda. Envió otra oración de gracias hacia el cielo que, al menos, tenía una tienda de campaña sobre su cabeza y no estaba obligada a atender a los heridos empapados.

Organizó las botellas, cataplasmas y aderezos en la pequeña mesa inclinable junto a su nuevo paciente.

—Gus, ¿esta conciente?

—No, mi lady —Gus se quitó la gorra y la apretó delante de él, con el agua cayendo al suelo a sus pies, sus dedos exprimieron la gorra, escurriendo el agua de lluvia.

—Está sin sentido por la explosión.

Lettie observó que el cuerpo estaba tendido boca abajo.

—¿Puedes darle la vuelta para que pueda evaluar cualquier lesión en la cara y la cabeza?

El hombre vaciló.

—No tenemos toda la noche, Gus —dijo ella.

—Sabes que no debo maltratar a este soldado.

El hombre suspiró, con los hombros encorvados, dio un paso adelante y tomo al soldado herido por la sección media.

—Fácil ahora —Lettie lo había entrenado.

—No podemos arriesgarnos a hacerle más daño. Ha perdido mucha sangre.

Cuando Gus giró con cuidado al hombre, surgió otra ronda de disparos de cañones, el suelo tembló bajo Lettie. Hubo respuesta de disparos de rifle que llenaron el aire, el ruido de espadas y dagas sonaron en la brisa.

El movimiento de Gus reveló un rostro que ella conocía no solo por la vista sino también por el tacto, el olfato y hasta por el oído. Conocía su respiración superficial y pausada. El olor del fresco aroma que prefería. Incluso sus dedos reconocían la curva suave y uniforme de su mandíbula, el hoyuelo que se mostraba cuando se reía.

—¿Gregory?

—No quise que lo vieras así...

—¡Mi amor! —Lettie dejó caer el decantador de licor que tenía para preparar la limpieza de las heridas del soldado, las heridas abiertas de su

marido. El hombre ya no era un extraño. La botella golpeó el suelo y se hundió en el barro, sin romperse.

—¡Gregory! ¿Puedes escucharme?

Se quedó inmóvil.

Su pecho no subió ni bajó.

Sus ojos permanecieron abiertos, mirándola directamente, pero sin vida.

—Mi lady —Una mano áspera sacudió su hombro.

—Estamos llegando a The George en breve.

Los ojos de Lettie se abrieron para encontrar no a Gus, sino a un anciano que se había unido a ella en el carruaje de entrenamiento en Dover. La mecedora debajo de ella no se debió a un disparo de cañón sino al transporte en movimiento. Y ningún olor a descomposición o secado de sangre se sentía en el aire.

—No quise asustarle —continuó.

Se levantó directamente desde su posición, con la cabeza inclinada y apoyada contra el costado del carro. Había tenido la suerte de ganar un asiento lo más cercano a la ventana. La cabeza le latía con fuerza y le dolía el cuello por las horas en que se había desplomado mientras dormía, un sueño oscuro e irregular no le había aliviado el agotamiento del que no había podido escapar desde aquel día de junio en Waterloo.

Fue único instante donde había cambiado irrevocablemente cada momento por venir.

Ese día se había despertado como una mujer casada de más de seis años de matrimonio y había terminado como una viuda de guerra.

Sin marido, sin hogar, sin dinero y sin sentido del futuro.

Solo tenía unos pocos días para reconciliar todos estos hechos antes de despedirse de Waterloo, empacar sus escasas posesiones y partir hacia Inglaterra.

Lettie se bajó el gorro para protegerse los ojos llorosos, aunque estaba más destinado a cubrir su cabello corto. Desde todos estos años desde que se había despojado de sus largas trenzas marrones, Lettie nunca se había sentido avergonzada por su decisión. El pelo corto era mucho más fácil de mantener y libre de insectos mientras dormía en el suelo o viajaba a pie. Cuando había llegado a Dover unos días antes, tenía la aprensión de haber gastado su última moneda en una habitación con una cama decente para descansar antes de que el cochero se fuera dos días más tarde a Londres.

Los otros viajeros habían vuelto a mirar por la ventana mientras viajaban por las concurridas calles de Londres a última hora de la tarde, lo que le dejaba un lugar de intimidad para enderezar su vestido, abrocharse el abrigo, asegurar su sombrero, colocando cualquier fibra rebelde de cabello de forma desigual e introducirlo correctamente. Sus padres probablemente no la reconocerían sin sus atesoradas trenzas, famosa por ser su brillante atributo. El cabello largo siempre había sido una de las glorias de cualquier rosa inglesa.

—¡Parada de Borough High Street! —Un grito hizo eco en el carruaje lleno de gente.

—The George. Unica parada en Londres.

Lettie observó cómo los otros cinco pasajeros se apresuraban a recoger sus pertenencias y prepararse para la partida. No había necesidad de que ella hiciera lo mismo. Había viajado desde Waterloo con solo un simple saco de sus posesiones más preciadas. Recuerdos, un retrato de ella y Gregory en el día de su boda, y un conjunto extra de ropa. Fue todo lo que pudo llevar en su espalda después de salir del campo de batalla y viajar a través del Canal de regreso a su tierra natal.

Había dejado Inglaterra, hija de un conde, la madre de Lettie, una duquesa por derecho propio y volvía como una viuda sin un centavo.

La vida que había llevado antes de su matrimonio no tenía importancia. Lettie nunca se había perdido la ropa de gala y la extravagancia de la vida urbana. Sin embargo, extrañaba a su esposo. El vacío en su pecho crecía cada vez más abarcando con cada día que pasaba. Su amor había sido lo suficientemente fuerte como para soportar años de dificultades, viajando con los soldados luchando contra Bonaparte. Había llegado a un acuerdo de no hacer familia y tener hijos, ni la seguridad de un hogar. Estaba dispuesta a dejar todo eso para estar con Gregory.

Había sido un hombre valiente y valeroso, dedicado a proteger a toda Europa.

Y ahora, se quedó sin hijos, sin lugar al que llamar hogar y sin el hombre al que había prometido amar y servir hasta su último aliento. Arrancó una lágrima, pero esto no la reduciría a una mujer débil y sollozante.

Nadie le había dicho que su muerte vendría antes que el de ella.

Cada centímetro sentía la pérdida de su alma gemela.

Su corazón apenas latía, habiendo perdido la conexión cuando el corazón de él dejó de latir.

Sus dedos hormiguearon inquietos, sabiendo que nunca más volverían a sentir su cálida piel contra la de ella.

Sus ojos ya no brillaban al pensar en su regreso de un duro día de trabajo.

Sus piernas apenas se movieron, dándose cuenta de que nunca volverían llevar a Lettie el abrazo amoroso de Gregory.

Levantando la mirada, solo podía sentir envidia cuando vio a una pareja acurrucada frente a ella, con las manos agarradas mientras miraban con entusiasmo por la ventana, esperando que el carruaje se detuviera. Los celos se dispararon dentro de ella cuando el hombre que la había despertado acarició un pequeño broche de perlas en sus dedos... obviamente pertenecía a alguien a quien amaba mucho y probablemente se reuniría pronto.

Solo servía para recordarle que estaba sola.

Pronto se reuniría con sus padres, no los había visto en muchos años. No habían aprobado la decisión de Lettie de casarse con un hombre sin nada a su nombre y sin ningún título del que hablar, a pesar de que ella les había dicho que él podía ayudarla. Eso había ocurrido seis años antes. ¿Qué era lo que había visto y vivido desde que se fue de Inglaterra? No podían entender los horrores de la batalla, la visión impía de un hombre tendido boca abajo con extremidades perdidas, o la idea de tener a un ser querido mientras pasaban de este mundo cruel.

¿Qué, si nunca la entendieron?

¿Qué haría entonces? Sin dinero, sin medios para mantenerse a sí misma, sin un hogar para llamar suyo, Lettie estaba a merced de los demás.

Era exactamente como ella y Gregory habían vivido su vida matrimonial, pero habían encontrado consuelo al saber que ambos creían en la guerra en la que lucharon. Y cuando las cosas se volvieron demasiado abrumadoras, se tenían el uno al otro.

Las llamadas de saludo sonaron afuera cuando el carruaje se detuvo en el patio de The George.

Ninguna de las buenas nuevas y los gritos de celebración eran para ella.

No había forma de saber si su padre había recibido su carta, informándole de su inminente llegada. En el mejor de los casos, sus padres estarían esperando para recogerla. En el peor de los casos, la noticia no había llegado a tiempo, Lettie tendría que encontrar su propio medio de viajar a través de Londres a la casa de su familia.

Había hecho mucho más con menos.

Aunque estaba arrepentida por haber decidido gastar las únicas monedas que le quedaba, recolectada por los soldados sobrevivientes, era una habitación cálida y una cama decente. Ni siquiera le quedaba lo suficiente para un baño tibio para lavar la suciedad que se le había adherido durante más años de lo que quería contemplar.

Esperando que todos hubieran desembarcado del carruaje, Lettie se puso de pie y navegó los escalones hasta el patio de la posada. El cochero le tendió su simple bolso mientras sus ojos luchaban por aclimatarse al brillante sol de la tarde.

El patio estaba inquietantemente tranquilo para ser mediodía.

Lettie miró a su alrededor, esperando ver una cara familiar entre las personas.

Tal vez sus padres habían hecho mejor tiempo en su viaje que el planeado; sin embargo, la posición del sol mientras descendía hacia el horizonte le dijo a Lettie que eran aproximadamente las tres en punto.

Incluso existía la posibilidad de que hubieran recibido su carta y decidieran no venir a recogerla. Era su derecho. Después de todo, Lettie había ido en contra de sus deseos en más de una ocasión.

En lugar de hacerse un espectáculo de sí misma disolviéndose en lágrimas en el patio, levantó su bolso sobre su hombro y se dirigió a la habitación de la posada para esperar. No importaba lo que tuvieran sus pasados, sus padres la amaban. A menudo le escribían a lo largo de los años. Lettie era la única hija de Lord Percival, y su esposa, la duquesa de Essex, Lady Percival. Como su única hija, era la heredera del Ducado de su madre, a pesar de que el título y las propiedades de su padre serían heredados por otro hombre en la línea de Percival.

El interior oscuro de la sala le daba una sensación de tranquilidad que no había sentido en años. Unos momentos sin estar bajo la vigilancia constante de los demás, ya sea en el campamento, en el barco a Dover o en el atestado carruaje de viaje. Tal vez el barman se compadeciera y le ofreciera una bebida, aunque no tenía ninguna moneda para pagarla.

Si no, Lettie esperaría una o dos horas, como máximo, antes de partir a pie.

Mirando alrededor de la sala, llenándose rápidamente con los clientes de la tarde, vio una mesa situada en un rincón oscuro, lejos de la puerta y del tráfico peatonal mientras los clientes se movían. La mesa parecía limpia y aceptable.

El olor a comida, bebida rancia y los indicios de humo de cigarro que permanecían en el aire eran más bienvenidos que el olor siempre presente de la podredumbre y el óxido en el campo de batalla. ¿Por qué entonces causó su malestar? Incluso en el peor de los casos, aguas residuales sin tratar de las calles de la ciudad, el olor de Londres debería infundirle un sentido de esperanza; sin embargo, en el campo de batalla, Lettie sabía quién era ella. Había sido infundida con una inmensa cantidad de propósitos.

El aroma familiar de su ciudad natal solo destacaba su sensación de estar sola; ningún propósito conduciéndola y menos sentido de quién era.

Lettie comenzó a cruzar la habitación, agachando la cabeza mientras esperaba desalentar la atención indebida, pero el olor de una comida sabrosa y rica hizo que su barbilla se levantara y su boca salivara de hambre. Varios hombres se reunieron alrededor de una mesa cerca de la barra, con platos llenos de comida y jarras de cerveza ante ellos.

Era una comida digna de un rey, ciertamente no la de una viuda de un soldado caído.

—¡Camarero! —Gritó la voz grave de un patrón, agitando la mano para llamar la atención del hombre que estaba detrás de la barra.

—¿Cuándo llega el correo?

Lettie se detuvo, volviéndose hacia la voz, un tono profundo muy familiar, aunque no lo había escuchado en muchos años. El resto de la conversación entre el patrón y el camarero se perdió mientras evaluaba la parte posterior del hombre que había hablado.

Un grupo de hombres la empujaron inconscientemente y tomaron la mesa hacia la que había estado yendo.

No importa. Se volvió hacia el caballero del bar. Su espalda la miró, pero su identidad no pudo ser escondida. Lettie conocía bien al hombre, incluso después de todos estos años.

Un aro de nostalgia la recorrió mientras los recuerdos la inundaban, alejando su reciente pérdida y llenándola de una sensación de inocencia juvenil.

Lettie anhelaba cerrar los ojos y permitir que su voz la inundara, una voz que siempre había sido reconfortante... un sentimiento de hogar y seguridad la infundía.

El pelo negro azabache colgaba sobre la parte posterior de su cuello. La longitud había sido inapropiada durante su temporada de debut, la moda no había cambiado desde entonces. Sus hombros estaban apretados, su barbilla se

levantó con la arrogancia de un hombre que conocía su posición muy bien, tan diferente del joven que ella conocía o creía conocer.

Su cuerpo estaba sentado en el taburete de la barra.

Si se girara, ¿sus ojos de medianoche (tan negros como su pelo) estarían sin fondo como lo habían sido el último día que había hablado con él, cuando le dió la dura noticia de que se casaría con otro?

Lettie ansiaba correr, partir de The George antes de que el hombre se girara para encontrarla y la mirarla fijamente.

Pero algo profundo en el interior la mantenía enraizada en el lugar justo dentro de la sala, temerosa de que si se movía incluso una pulgada, su mala acción pasada se derrumbaría sobre ella.

Capítulo Tres

Daniel tomó el último sorbo de su cerveza y alejó la jarra de él. El líquido tibio y ámbar viajó rápidamente por su garganta y le calentó el estómago, como un viejo amigo que no había visto en muchos años. Maldición, se sentía bien tener un poco de licor en él después de tantos meses de abstinencia. Cada noche, después de regresar a su vacía casa, se preguntaba por qué había tomado la decisión de abstenerse del alcohol, restringir su juego y dedicar menos tiempo a los placeres de la carne. Sus amigos casi habían desaparecido, poco a poco, Daniel se negó a participar en la alegría de haber disfrutado su vida.

Solo tomó unos momentos de reflexión para recordar por qué había estado decidido a dejar de lado su forma de vida y en el hombre que su padre había criado.

Explotó todo, abstenerse de licor trajo de nuevo todo el dolor.

Ese dolor fue lo que le permitió a Daniel concentrarse en cosas más importantes que él mismo y en sus placeres.

A saber, era su futuro. Incluso se había reconectado con el mejor amigo de su padre, Lord Percival. Era por eso que Daniel estaba sentado en el tapete de The George, disfrutando de su primera cerveza desde aquella mañana agitada en la casa de Lord Gable.

Saludó al hombre nuevamente mientras servía otra ronda a los clientes, ignorando deliberadamente la pregunta de Daniel.

—¡Camarero!. ¿Cuándo llega el carruaje del correo? —Preguntó con más fuerza.

Era la única forma en que completaría la tarea que Percival le había asignado. El conde le había señalado que un paquete llegaría a The George a las tres en punto y que estaría eternamente agradecido si podía recogerlo y llevarlo a Carrolton Hall. La casa era la morada de Percival cuando la familia estaba en Londres, lo cual era muy a menudo ya que la pareja de ancianos estaba menos dispuesta a hacer el viaje hacia y desde su finca rural.

Era lo menos que podía hacer por el hombre que nunca lo había rechazado, incluso después de haber convencido al conde de que no comprometerse con su hija, era una buena idea.

—El carruaje de correo no se detiene en The George, milord —Dijo el cantinero mientras limpiaba un charco de cerveza de la barra, se guardaba el trapo en el bolsillo trasero para luego quitar varios platos vacíos de una mesa cercana.

Daniel debería haber sabido que las cosas no saldrían según lo planeado, rara vez ocurría.

—Estoy esperando un paquete —No preguntó más sobre el contenido real del paquete.

—La diligencia de Dover llegó hace poco —respondió el hombre por encima del hombro mientras se inclinaba para limpiar otra mesa vacía que preparaba para nuevos clientes.

—Todavía está en el patio. Puedes consultar con Straton, el conductor, para ver si ha traído algo más que pasajeros.

Con un gruñido.

—Gracias —Daniel se levantó de su taburete, se estiró. Había llegado mucho antes de lo necesario y había estado sentado en el pequeño asiento durante demasiado tiempo. Su espalda estaba tensa, sus piernas estaban apretadas, el tiempo le había dado a su mente más que una amplia oportunidad para detenerse en cosas que mejor se dejaban embotelladas y metidas en el fondo, es decir, olvidadas.

El salón se había llenado de clientes en algún momento, Daniel no se había dado cuenta, era necesario abrirse paso entre la multitud hacia la puerta, esquivando a varios viajeros que estaban demasiado cansados para permitirle pasar. Mantuvo su mirada fija en la luz que se filtraba por la puerta semiabierta. El hedor de suciedad y la mugre que tenía cada persona finalizó cuando finalmente salió al patio, se quedó sin aliento, olor a cerveza vieja o hedor humano, tan fresco y sin estropear era el aire que podía estar en Londres con la horda de personas aglomeradas en todos los espacios disponibles. Sin embargo, el aire, impregnado de licor añejo y el olor de cuerpos sin lavar, llenó sus pulmones.

El conductor, Straton, se apoyó contra el coche vacío, garabateando en un libro de registro.

—Señor —Daniel se adelantó al hombre.

—¿Usted, por casualidad, tiene un paquete para Lord Percival?

—No llevo nada de eso, solo personas, mi señor —Straton ni siquiera levantó la vista de sus escritos.

—La gente y el equipaje son todo lo que llevo. No hay espacio para nada más.

—¿Estás seguro? —Daniel hizo mirar el registro en las manos de Straton.

—Tal vez pueda revisar sus papeles.

—¿Está sordo? No transporto paquetes en lo absoluto, sino gente y su equipaje —Cerró el libro de registro y le dirigió una fría mirada a Daniel.

—Ahora, si no le importa, solo tengo una hora antes de partir nuevamente. Necesito una comida caliente y cambiar de atuendo.

Percival había enviado a Daniel hacer la tarea de un tonto, era una pérdida de tiempo. Sin embargo, Daniel no tenía nada más que hacer. El conde podría haber enviado fácilmente a un criado para recoger el paquete y no pedirle a Daniel que se encargara personalmente de ese asunto.

El conductor del carruaje y el encargado del bar, estaban equivocados, o Lord Percival estaba perdiendo el sentido. Algo que Daniel no quería creer. Todavía tenía mucho que aprender de este hombre.

Apretó su puño y luego soltó su mano. Apresurarse a sacar conclusiones no ayudaría a nadie, especialmente a Daniel.

Daniel se dirigió hacia la posada para localizar a alguien que pudiera darle respuestas o dirigirlo a la parada de correo más cercana. Los últimos meses de trabajo con Lord Percival habían llenado una parte de él que había estado vacía durante muchos años. Le había dado un propósito, y una razón para despertarse cada día por algo más que encontrar un infierno de juegos, apuestas altas y una botella de whisky. Era casi como tener a su padre de vuelta. Había pasado mucho tiempo con ambos hombres en su juventud, ya que su padre y el conde habían sido amigos íntimos, compartiendo todo, desde viajes de caza hasta celebraciones de vacaciones. Y, a su vez, Daniel y la hija del conde habían pasado años vagando sobre sus propiedades rurales y explorando los jardines de sus casas adosadas.

No estaba seguro que le había recordado a la mujer ya que había estado lejos de Londres muchos años.

Los viajeros del carruaje se habían acomodado, cualquiera que no hubiera salido al patio de la posada se sentó de inmediato y disfrutó de una comida o una jarra de cerveza. Una camarera ayudaba al hombre detrás del mostrador, llevando platos de un lado a otro.

Daniel vio al cochero en un rincón poco iluminado de la habitación, con la cara baja mientras continuaba escrutando y escribiendo en su registro.

Había obtenido la misma respuesta del encargado del bar, así que Daniel se volvió y entró en el vestíbulo de la posada en busca de alguien con información útil.

Una mujer de edad avanzada, con las mangas dobladas hasta los codos y el cabello encorvado en un fuerte nudo, estaba detrás del mostrador, con una sonrisa de bienvenida en su rostro.

—Buen día señor. Soy la esposa del propietario. ¿Necesitas una habitación?

—No. —Daniel le devolvió la sonrisa, empujando un mechón de cabello negro detrás de su oreja.

—Me enviaron a recoger un paquete que venía de Dover. Sin embargo, el encargado del bar me informó que George no estaba esperando al carruaje del correo, solo la diligencia del día y el conductor me dijo que solo tenía pasajeros y equipaje.

—Eso es cierto —confirmó ella.

—El cochero del correo no se detiene aquí. Lamento que estuvieras mal informado.

—Eso no es su culpa, señora —Daniel asintió con la cabeza en agradecimiento.

—Una última pregunta. ¿Se detiene el correo en algún lugar cerca de aquí? La mujer colocó su dedo contra su barbilla en actitud pensativa.

—Dejamos nuestro correo en un edificio a unos quince minutos a pie al norte de aquí, pasando el mercado —Tomó un trozo de papel y anotó apresuradamente una dirección.

—Aquí. El sirviente en el patio puede llevarle en la dirección correcta. Daniel tomó el papel que ella le tendió.

—Gracias de nuevo —Inspeccionó la dirección mientras la mujer regresaba a sus deberes. El nombre y la dirección de la oficina de un abogado era lo escrito. Percival no era del tipo que confundía algo tan simple como la ubicación de una entrega, aunque Daniel tenía que recordar que el hombre envejecía día a día. Más aún, desde que vio ir a su única hija a la guerra cuando decidió seguir a su nuevo esposo. Una punzada de tristeza brotó. Daniel se apresuró a caer bajo, a donde pertenecía. Dio paso a la traición que creía haber recibido hace mucho tiempo, aumentando, desatando su ira y decepción contra una mujer que creía conocer, hasta que ella lo dejó con una explicación poco aceptada. No, él no pensaría en el pasado... especialmente en ella.

—Creo que el paquete que te enviaron a buscar soy yo, Daniel.

Se quedó inmóvil, temiendo volverse y disipar la esperanza que de repente lo alcanzó y apagó su ira. Era como si un cubo de agua helada hubiera sido arrojado sobre su cabeza. No podía ser ella. Percival le habría comunicado que venía de regreso a Inglaterra. Sus pulmones ardían, pidiendo aire para aliviar la tensión de su corazón que latía frenéticamente.

Si se giraba y no era saludado por el rostro angelical con forma de corazón enmarcado por rizos marrones y sus intensos ojos azules, perecería en el acto. A pesar de su dolor e inquietud, no quería nada tanto como volverse y verla parada detrás de él. ¿Cuántas veces había pensado que la había visto en un salón de baile abarrotado de gente, o que viajaba en un carruaje que pasaba por Bond Street o paseaba por Hyde Park?

Había perdido la cuenta de las muchas veces que se había abierto camino a través de un grupo de personas o había dado la vuelta a su caballo para seguir un camino con el mismo resultado. Sorprender a una mujer, y Daniel parecer un lunático en camino a Bedlam.

Hoy no, no en esta posada abarrotada. No aparecería el hombre carente de sentidos y causaría un espectáculo.

Daniel había envejecido desde que Lettie había huido de Inglaterra, ese destino no estaba reservado únicamente para su padre. A medida que pasaban los años, su anhelo por ella, por la conexión y el vínculo que se suponía que tenían, lo borró, lo que se sumó a su sensación de soledad.

Lentamente, se volvió... seguro de que una vez más la decepción lo esperaba.

Capítulo Cuatro

Lettie haló su sombrero, tratando de ocultar sus mechones de su vista y luego tiró de su abrigo, un abrigo muy pequeño para ella. Había pasado tanto tiempo desde que había sentido una punzada de duda con respecto a su apariencia. En el campo de batalla, nadie la veía más de una vez mientras atendía a los heridos, mantenía el fuego de la cocina y arreglaba los uniformes.

Es impensable que la mera presencia de un hombre de su pasado haga que Lettie actúe como una insegura debutante descarriada *Sin equivocación, se reprendió a sí misma.*

No había nada más que pudiera hacer sobre su actual aspecto. Era la esposa de un soldado, esa era la palabra clave. Ahora, no era más que la viuda de un soldado. Había experimentado cosas peores que un abarrotado salón en The George y había enfrentaba circunstancias mayores que el escrutinio de estos extraños.

No se avergonzaría de su apariencia; aún así, la vergüenza calentó sus mejillas.

Incluso de pie ante un hombre con el que una vez pensó que pasaría la vida, no debería sentirse avergonzada.

Lettie enderezó sus hombros. Enfrentarse al hombre al que había despedido tiempo antes no la asustó. No se arrepentía de su elección de casarse con Gregory y seguirlo en la batalla. De hecho, a la tierna edad de veinte años, había sido lo único de lo que estaba segura.

El hombre ante ella era un borracho, un canalla y un jugador, o lo fue cuando ella se fue.

Daniel Greaves, Lord Linwood, su amigo de la infancia y confidente, se volvieron con una agonizante lentitud.

Cuando su mirada se fijó en ella, notó la línea rígida de su mandíbula y el tenso conjunto de sus hombros. Lettie no recordaba que estuviera tan... endurecidos. Él era tranquilo y alegre en su juventud, solo preocupado por las cosas que lo afectaban. Se había pasado cada día buscando placer y diversión, ignorando sus deberes y los de ella.

Pero ahora, algo había cambiado.

Por otra parte, ella también había cambiado.

Aunque, él era tan guapo como lo recordaba. Su cabello de ébano era tan oscuro en la tenue luz que casi parecía azul. Su piel estaba bronceada, muy parecida a la de ella, pero podría ser un truco por el brillo limitado de la habitación.

Su aspecto juvenil, sin embargo, se había ido, reemplazado por una versión más madura de su antiguo yo: vacío y sin vida. Su mirada abrumada finalmente se suavizó cuando colocó su mirada en su cara.

La traición la atravesó, deslizándose por su espina dorsal. Estaba de luto por su difunto esposo, a quien amaba y adoraba. Pensar que cualquier hombre, incluso uno con el que ella se podía haber casado, era guapo, era una ofensa y despreciar la memoria de Gregory.

—¿Colette? No puede ser —Dio un paso hacia ella antes de detenerse, su mirada observaba toda la habitación.

—¿Estás solo?

Era obvio que su padre no le había contado a Daniel su regreso o le había explicado por qué se había comprometido a recogerla; no sabía que era a ella a quien habían enviado a recoger. También había notado que sus padres nunca mencionaron a Daniel en sus frecuentes cartas. A menudo preguntaba por él, pero siempre eludían esas secciones en sus escritos, negándose a escribir siquiera una simple palabra de él.

—Soy yo, su gracia- Sospechaba que ya había elegido a otra novia, que se había casado y había comenzado su propia familia. Lettie supo que una vez que ella y el servicio militar de Gregory hubieran terminado, volverían a Inglaterra y se instalarían en la casa de campo de su madre, una propiedad y con un título que sería para ella algún día, las cartas de patentes establecidas entre sus familias décadas antes, sería la causa de forzadamente ver a Daniel nuevamente, posiblemente con una esposa e hijos a su lado.

—Estoy solo, pero para mi viaje... saco —Ella se movió, colocando de nuevo la bolsa que llevaba sobre su hombro.

—Permítame para llevar esto. —Él dio un paso y tomó la correa del bolso, lo llevo a su hombro, intentando aliviar el peso. Lamentablemente, las cuerdas del sombrero se habían enrollado en la correa del bolso y cuando él levantó la bolsa, el sombrero se cayó de su cabeza, revelando su cabello corto. Él trago limpiando su garganta y dio vuelta hacia la puerta.

—Mi carruaje espera fuera. Era mejor que traer solamente mi caballo.

Una punzada de dolor la golpeó cuando él desvió su mirada, notoriamente sin sus mechones. Levantó la mano y empujó un pequeño rizo detrás de su

oreja.

—Sí, supongo que el largo paseo hasta la casa de mis padres sería incómodo a caballo —respondió ella, con la esperanza de que un poco de ligereza le devolviera la mirada. Había pasado tanto tiempo desde que había sido libre de mirar sus profundos y negros ojos. Sin embargo, se mantuvieron alejados, como lo habían hecho desde que ella había recuperado su sombrero.

—Pero te aseguro que soy una jinete muy capaz.

Asintió con la cabeza al camarero y siguió a Daniel hacia la puerta. En algún momento, las nubes habían cubierto el brillante sol de la tarde y había comenzado una ligera llovizna.

Hizo una pausa, Lettie casi chocó con su espalda.

—Supongo que el clima de Londres es otra razón por la que traje mi carruaje. —Con un último encogimiento de hombros, levantó la bolsa y salió corriendo hacia la lluvia, moviéndose rápidamente a su carruaje, los charcos que se incrementaban no lo frenaron.

No había otra opción que seguir y orar para no caer en el trayecto. Necesitaba mucho un baño, pero caer en un charco de lodo no haría nada para ayudarla.

Lettie se agarró la falda con ambas manos y salió de la posada, sorteando un charco. La sensación de reírse aumentó en su garganta, pero ella cerró los labios con fuerza. No importaba lo inesperado que fuera este momento, persiguiendo a un viejo amigo bajo la lluvia, seguía siendo una mujer en luto profundo. Nadie a su alrededor lo sabía, pero lo hizo, la risa de cualquier tipo era inaceptable, especialmente porque su corazón seguía sangrando. Si se reía, la cavidad que contenía toda su desesperación, dolor y angustia se perforaría, todo se derramaría. No estaba lista para eso. No con Daniel tan cerca. En verdad, no con *nadie* cerca.

Ella estaba obsesionada con el origen de su sufrimiento desde que había salido de Waterloo. Era la única forma en que sabía cómo evitar que su dolor explotara exteriormente y que su mente se desviara hasta el momento en que perdió la noción del tiempo y el lugar. Si eso sucediera, Lettie no podría recolectar los restos de ella para seguir adelante.

No, cualquier grieta en la cáscara dura que había construido alrededor de su corazón significaría caer en un desamparo totalmente indefenso.

Gregory no querría eso para ella.

Había vivido el momento; ido a donde se le necesitaba. Él había luchado y murió, por una causa mayor a los dos.

Se merecía algo mejor que su risa.

No merecía ser feliz o buscar ninguna alegría mientras Gregory yacía bajo tierra, incapaz de experimentar otro momento.

Le debía fidelidad... y mejor que su risa a una carrera apresurada a través de la lluvia. Gregory nunca volvería a sentir las gotas frescas en su cara.

Lettie se detuvo al lado de Daniel cuando su cochero abrió la puerta, sosteniendo el saco que le había dado.

—Voy a tomar esto —Agarró el bolso del sirviente y se subió al carruaje sin ayuda, acomodándose en el asiento orientado hacia atrás. Con manos temblorosas, colocó el saco a su lado en el banco de tela y volvió su atención a su regazo.

No podía permitir que sus escasas posesiones se almacenaran en el maletero del carro. ¿Qué pasaría si existiera una fuga y la lluvia arruinara el único retrato del hombre que amaba?

Que siempre amaría.

Lettie no podía soportar eso. Le había costado bastante tiempo mantener a salvo sus pertenencias durante su viaje. Los mantendría cerca hasta que llegara al refugio de su hogar.

No *su* casa, la casa de sus padres.

El único hogar que había conocido en los últimos seis años era un petate al lado de Gregory, o la tienda médica que le ofrecían cuando los soldados no se movían.

El carruaje se movió y crujió cuando Daniel entró, tomando el banco frente a ella. Había olvidado lo alto que era y cómo sus hombros parecían ocupar todo el ancho del medio de transporte.

Por su inquietud, sintió que él tenía muchas preguntas. Lettie no tuvo que apartar la mirada de su regazo para darse cuenta. El continuo toque de sus botas lo decía todo. Cuando experimentaba ansiedad o incertidumbre de cualquier tipo, se inquietaba. Un golpeteo de un dedo del pie. El chasquido de sus dientes. Un tirón nervioso en su corbata.

Todo había cambiado en los últimos seis años, sin embargo... no todo en absoluto.

Todavía lo conocía bien.

Lettie se arriesgó a mirarlo, pero su mirada no se movió más allá de sus manos sobre sus rodillas. Los nudillos de una mano estaban magullados, su piel parecía áspera, similar a la de un trabajador. Un granjero, obrero o soldado.

Sus propias manos estaban demasiado sucias, manchadas por años de arduo trabajo, también estaban gastadas y ásperas. La suciedad se aferró a sus dedos, todavía temblando por la conmoción de haber visto a Daniel después de todos estos años, se posó debajo de sus uñas.

La sencilla banda de oro en su dedo, que le habían dado el día de su matrimonio, se sentía pesada en su mano, aunque no contenía adornos de filigrana o gemas.

Retorció el anillo en su dedo. Era la única cosa de valor monetario que poseía y no valdría lo suficiente como para asegurar un alojamiento por más de quince días. No es que ella alguna vez haya planeado quitárselo.

—¿El señor Hughes se unirá a usted en Londres, lady Lettie?

Su mirada se volvió hacia él y Lettie no pudo evitar que sus ojos se abrieran, permitiéndole ver su desesperación. Sin embargo, la pena que presenció nunca podría compararse con la angustia dentro de ella.

Capítulo Cinco

Era una simple pregunta. Daniel estaba a la expectativa ya que Lettie era una mujer casada. Una forma de comenzar una conversación después de tantos años de diferencia, después de tantos años de vivir vidas diferentes. La caída de sus hombros y el temblor de sus manos mientras se retorció el anillo de matrimonio en su dedo contaba una historia muy diferente.

—Lettie —comenzó en voz baja. Apareció el ratón tímido, algo que su amigo de la infancia, y alguna vez su prometido, nunca habría permitido.

—Mirame Porfavor. No quería molestarte. Era solo una pregunta.

Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, eran tan redondos como los antiguos platillos de té de su madre, pero tenían mucho desgaste. Pero a los veintiséis años, la mirada de ninguna mujer debería contener tanto... dolor.

Su profundidad llegó a través del carruaje y se enredó con su propio corazón, empujándolo lejos de ella.

Daniel se reclinó en el banco cubierto de terciopelo, estiró las piernas y las cruzó por los tobillos. A continuación, se dio la vuelta y miró por la ventana salpicada de gotas de lluvia mientras el carruaje se alejaba de The George. De repente, deseó haber sucumbido a otra jarra de cerveza.

Su expresión calmada parecía no hacer nada para eliminar la tensión, ni siquiera sus dedos que se habían movido de su banda dorada a la costura de su abrigo, una prenda que era al menos dos tallas más pequeña para ella. Las mangas no alcanzaron sus muñecas y los codos estaban casi gastados.

Tal vez comenzar con una pregunta era demasiado.

Daniel se movió en su asiento y fingió mirar por la ventana una vez más.

—Tu madre no tomará con amabilidad tu elección de peinado, mi lady.

Él pensó en compartir que el estilo enmarcó su cara perfectamente y destacó sus profundos ojos azules, o mencionar su cuello lleno de gracia, pero un resoplido inelegante llenó el carro, devolviéndole la mirada fija de Daniel.

Lettie estrechó su mirada, concentrándose en él, e inmediatamente se arrepintió de su comentario. Fue un dos a cero en el número de intentos.

Estaba arruinando la conversación y haciendo el ridículo.

—Los mechones largos no son preferidas entre las mujeres que viajan con los soldados. El pelo recolecta insectos, y esos insectos se propagan a raciones. Para no mencionar que pican como el diablo cuando uno trata de

dormir. —Hizo una pausa, Daniel notó que ella había aprendido la lección del modo más complicado(a fuerza de sinsabores). Era su oportunidad para mirarla fijamente con los ojos muy abiertos.

—El baño es raro en tiempos de batalla, y un peinado adecuado con el cabello largo necesita un mantenimiento y cepillado constante. Con tanto herido, era difícil de encontrar el tiempo y los suministros adecuados. Prefiero este estilo.

Un nudo se formó en su garganta, y tosió con la esperanza de que se desvaneciera, pero se mantuvo, dándole a Lettie la oportunidad de afilarle la lengua de nuevo.

—Cuando uno se enfrenta a llevar jabón extra o láudano para el manejo del dolor, realmente no hay elección —continuó, las palabras la dejaron apurada, como si finalmente hubiera encontrado un tema agradable que le convenía. Su barbilla se levantó y lo miró por la nariz.

—El cabello es solo un intento vano de proteger a otros de lo que realmente son. Me he disipado con todo lo que la sociedad drapea, se considera necesaria para una mujer de valor. Mi cabello no es quien soy, aunque puede ser quien era.

Sus ojos perdieron su penetrante mirada como si hubiera sido transportada a otro momento con sus propias palabras.

Si a Daniel le había resultado difícil hablar antes, era casi imposible ahora. Ella siempre había sido idealista, y él le echaba la culpa a sus formas de fantasía, siempre decidido a pensar lo mejor de los demás, a dar todo lo que pudiera a los menos afortunados. Al igual que darle un abrigo nuevo a un vendedor de frutas en la casa de juegos, resolvería los muchos problemas sociales que enfrentaba Londres.

El *beau monde* puede mirar más allá de sus largos mechones para admirar a la impresionante mujer detrás de ellos; sin embargo, estaba seguro de que nunca podrían notar más allá de la falta de cabello.

Fue una triste revelación, pero su miserable injusticia no disminuiría solo porque se considerara así.

—Mis disculpas por la descortés observación.

—No hay porque disculparse, Lord Linwood —Ella cruzó los brazos, imitando su postura. Nunca lo había llamado por su título, no en forma directa. Se habían conocido mucho antes de que lo heredara, y cuando su padre falleció, siempre había sido Daniel, ya que ella era simplemente Lettie.

—Me he preparado para comentarios tan poco educados e insensibles, te lo aseguro.

La joven mujer impresionable que había dejado Inglaterra, ya no existía.

La dama enojada, dolida y perdida ante él no era nada familiar.

Una extraña.

Lettie se había ido. Incluso lady Colette, como era según su título, había desaparecido.

Ante él estaba sentada una mujer que no conocía. Sin embargo, deseaba conocerla... tenía que conocerla, al menos lo suficiente como para eliminar la tristeza de sus ojos.

Pero, ¿cómo iba a hacer eso si cada vez que hablaba, sus palabras estaban llenas de angustia y furia?

—Lettie —le susurró a la mujer que tenía delante, de apariencia familiar.

—¿Qué te pasó? —Él vertió cada punto de preocupación que tenía en esas palabras mientras colocaba una tierna mirada en ella. Algo horrible había sucedido, algo la había cambiado, y él no estaba seguro de que fuera para mejorar.

—Gregory está muerto-Se llevó las manos a la boca como si estuviera sorprendida de haber hablado.

—¿Muerto, Lettie? —Sacudió la cabeza para deshacerse de su confusión.

—Lamento profundamente su pérdida.

Fue entonces cuando Daniel se dio cuenta de que el cambio del optimismo y la luz no era un endurecimiento de ella, sino más bien un espiral de desesperación y tristeza. Su atuendo oscuro debería haberle alertado sobre su razón para regresar a Londres.

—Gracias por sus palabras, su gracia —suspiró, la tensión abandonó sus hombros cuando cambió su postura.

—Pero hay mucho más que la pérdida de Gregory. Hay hombres que mueren todos los días durante la batalla, no solo por las heridas obtenidas durante el combate, sino también por enfermedades, hambrunas y... angustias. Las mujeres y los niños se quedan sin sus esposos y padres. Al menos tuve la suerte de viajar con el hombre que amaba durante seis años. Hay muchas que nunca sabrán el destino de su ser querido.

Ella se quitó el gorro de la cabeza, se pasó los dedos por los esquineros y se masajeó la nuca.

Saber el destino de un ser querido que nunca regresa de la guerra es muy diferente a saber y tener que lidiar con la pérdida. Evitar una verdad conocida

es más difícil que permanecer felizmente inconsciente.

Lettie puede estar en conflicto sobre cómo llegar a un acuerdo con todo, pero Daniel estaba completamente desconcertado. Parecía encontrar más compasión por los perdidos durante la batalla, pero se descuidó en explorar y sanar completamente la pérdida de su marido.

—¿Por qué tus padres no te enviaron un carruaje?

—No pude enviar un mensaje de mi regreso a casa hasta que llegamos a puerto en Dover —confesó.

—Usé el poco dinero que Gregory y yo habíamos logrado ahorrar a lo largo de los años, y los pocos fondos que me dieron los otros soldados, para comprar mi asiento en la diligencia. Mis fondos no me permitieron encontrar alojamiento por un período prolongado de tiempo.

—Estoy feliz de que hayas llegado sana y salva, y estoy seguro de que tus padres también lo estarán —Incluso después de todos estos años, de todo el dolor que había sufrido cuando le rogó que rompiera su compromiso para casarse con Gregory y partir con él, estaba feliz de tenerla cerca de nuevo.

—Tu viaje debe haber sido desgarrador. Un baño y una comida caliente seguramente te esperan en Carrolton Hall. Miró por la ventana.

—Ahora no está lejos.

Sin importar lo que Daniel había visto el año pasado, las situaciones que debería haber detenido, no era nada comparado con los horrores por los que Lettie había pasado y por lo que estaba agobiada. La matanza y la muerte impactan a una persona.

Daniel había visto suficiente muerte, comprendió completamente el peso que dejaba en los hombros de una persona. No podía comprender la extrema tensión de ser testigo de cientos, o incluso miles, de tales atrocidades.

Capítulo Seis

Lettie estaba congelada en el vestíbulo de Carrolton Hall, un lugar que debería ser familiar para ella. Había pasado todas las temporadas de Londres en esta casa cuando la familia estaba en la ciudad. Dirigía los pasillos a todas horas del día y la noche, ayudaba al cocinero a preparar las comidas, alimentaba con biberones a una camada de gatitos e incluso organizaba reuniones en el salón de su madre con la esperanza de obtener fondos para ayudar a los niños sin hogar que vagueaban en las calles de Londres en busca de refugio.

Se había escondido en el estudio de su padre y había devorado novelas llenas de aventuras. Se había vestido para su fiesta de debut en los aposentos de su madre. Había besado a Daniel por primera vez en la despensa del mayordomo. Y había cancelado su compromiso en el comedor de sus padres.

Sin embargo, en ese momento, mientras se encontraba allí como una mujer cambiada, la gran casa podría haber sido África, aunque no se haya movido una pintura o una alfombra desde la última vez que estuvo aquí.

Nada había cambiado. Ni la decoración en el vestíbulo, ni la mirada escrutadora de sus padres, ni Daniel a su lado.

Todavía no entendía por qué él le había permitido terminar su compromiso matrimonial.

Nunca preguntó. No permaneció en Inglaterra el tiempo suficiente para averiguar qué había ganado con dicha situación.

Los ojos de Lettie se desviaron hacia Daniel, infundiendo un punto de confianza dentro de ella.

Alejando sus pensamientos, Lettie logró una débil sonrisa para sus padres, Barclay y Julianna Downing, Lord Percival, y su esposa, la duquesa de Essex. Eran tan majestuosos y combinados como siempre lo habían sido. Sin embargo, el cabello dorado de su padre ahora estaba cubierto de gris, y la duquesa había aplicado un polvo blanco en su piel manchada. Habían envejecido. El remordimiento recorrió a Lettie en el papel que había jugado en todo.

—Madre, padre —Hizo una reverencia a cada uno de ellos.

—Es encantador verlos a ambos.

El silencio se estiró antes de que Daniel se aclarara la garganta y avanzara, dándoles al conde y a la duquesa un arco apropiado.

—Estoy seguro de que tienen mucho que discutir y revisar muchos años para ponerse al día. Os dejaré a todos y os despediré

—Sí, muchas gracias, Linwood, por recuperar a mi hija —Su padre asintió con la cabeza en el despido.

A continuación, Daniel se volvió hacia ella, buscando sus ojos. Lettie sospechaba que si ella le rogaba que se quedara, lo haría; sin embargo, sus padres ya le habían pedido mucho.

—Gracias por dejarme segura... en casa, su gracia.

La palabra se atascó en su garganta. Esto no se sentía como en casa. El rollo de cama que había compartido con Gregory era más cálido que la casa de sus padres.

—Lady Colette —Daniel dejó su saco en el piso pulido a su lado y tomó su mano.

—Envía un mensaje si necesitas algo.

—Le dio un beso rápido en el dorso de la mano, la soltó y se volvió para marcharse.

Afortunadamente, la puerta principal se cerró detrás de él antes de que pudiera mirar por encima del hombro para ver el rubor que se había extendido a sus mejillas mientras lo veía irse. A lo largo de los años, Lettie había dejado de usar guantes o tanto como para mantener un par adecuado dentro de su escaso vestuario. Había pocas esperanzas de que pudiera ocultárselo a sus padres.

—Mi querida Lettie —La duquesa cerró la brecha entre ellos y envolvió a su única hija en un fuerte abrazo, aunque la rigidez de sus brazos y la tensión en su espalda no pasaron desapercibidas para Lettie. El conde y su esposa nunca habían sido demasiado cariñosos con ella, ni con los demás.

—Nos complace tenerte en casa

. —Aunque muy desafortunado, Gregory es una pérdida para nosotros.

—Él no está perdido, madre —Lettie murmuró en el cabello de su madre.

—Lo acosté a descansar en un prado, no lejos del campamento. No podía permitirme el lujo para que trajeran su cuerpo a través del Canal.

—Ah, bueno —el tono siempre racional de Lord Percival.

—Probablemente fue lo mejor. Solo puedo imaginar el hedor.

Cuando se quedó sin aliento, su madre retiró los brazos y saltó hacia atrás alarmada cuando la cara de su padre palideció, dándose cuenta de la horrible implicación de sus palabras.

—Mis disculpas, Colette —Dio un paso adelante y le dio un rápido abrazo. Su abrazo no era tan incómodo para la duquesa, pero no era mucho mejor que abrazar a un extraño.

—Y mis condolencias por la muerte de Gregory.

—Gracias, padre. —Lettie levantó su saco a su hombro.

—Permite que Darling tome tus cosas, querida —La duquesa no había dicho más que las palabras indicadas a su mayordomo para tomar sus posesiones. Ante su vacilación, la duquesa continuó:

—Se asegurará de que se coloquen en tu habitación.

Lettie permitió que se aflojara la correa para soltarla y le entregó la bolsa al sirviente.

—Gracias Darling.

—Es encantador tenerla de vuelta, Lady Lettie —respondió con una sonrisa radiante.

—Los sirvientes están a punto de estallar de alegría para saludarle.

—Eso esperará hasta que esté adecuadamente bañada, alimentada y vestida —le regañó su madre.

Lettie notó que la lista de su madre no incluía el descanso. El sueño era lo que más necesitaba. Solo esperaba que su cama ofreciera la comodidad que le faltó a su regreso a casa.

—Dícales a los sirvientes que estoy ansiosa por verlos a todos —Lettie no pudo evitar devolverle la sonrisa a Darling.

—Hágale saber al Cocinero que obtuve una apreciación completamente nueva de sus habilidades en la cocina después de tantos años cocinando cada comida en una sola olla.

—Por supuesto, mi lady —Aunque la voz del hombre era alegre, sus ojos le dieron una mirada compasiva antes de que se apresurara a subir las escaleras con su saco.

La duquesa deslizó su brazo por el de su hija y la condujo hacia la sala de recepción. Lettie no reaccionó ante la forma en que se arrugó la nariz de su madre cuando se acercó.

Lettie casi se echó a reír, sabiendo que su madre no quería más que huir del lado de su hija y buscar su propio baño para eliminar cualquier olor que pudiera haber pasado del cuerpo sin lavar de Lettie al suyo. En cambio, Julianna Downing, la duquesa, levantó la barbilla y escoltó a su hija a su habitación elegantemente adornada, su padre siguió varios pasos detrás de

ellos, como si no estuviera dispuesto a arriesgarse a tener el olor incrustado en su propio atuendo.

—Ven, por favor, siéntate —dijo su madre con su siempre educada actitud. La habían criado para servir como la duquesa de Essex, así como a Lettie la habían preparado para hacer lo mismo, y sus modales nunca flaquearon.

—Veo que Eldora ya nos ha entregado el té. Siéntate, siéntate, siéntate. Tenemos mucho de que hablar.

Cuando su madre le hizo un gesto con la mano a la para que tomara su asiento favorito, Lettie respetuosamente se acercó para sentarse, cruzando las piernas en los tobillos y metiéndolas debajo de ella. Era muy raro, de hecho, que a Lettie se le hubiera otorgado una silla adecuada; sin embargo, su educación y decoro todavía estaban arraigados en cada movimiento.

—Gracias por permitirme quedarme contigo —dijo Lettie mientras su madre preparaba tres tazas de té. Su padre prefirió más crema que té real, mientras que su madre tomó la suya sin mucho ingenio. Lettie fue una mezcla perfecta de las dos: té con un poco de crema.

—Mis cielos —suspiró su madre, entregándole a Lettie su taza humeante.

—¿A dónde más irías?

Había reflexionado sobre la misma pregunta de que había navegado a través del Canal antes de disipar cualquier idea de buscar refugio en la familia de Gregory. Su esposo había sido el tercer hijo de un vizconde y solo le había dado lo que su familia consideraba conveniente darle o lo que había ganado como soldado, que casi no había sido suficiente para ver a Lettie en casa. Sus padres eran su única opción, a menos que decidiera buscar trabajo como institutriz o costurera hasta que heredara el Ducado de su madre.

Y parecía que sus padres sabían ese hecho tan bien como ella.

—El Señor sabe que Gregory te dejó muy poco —El exagerado movimiento de los ojos de su madre fue suficiente para decirle a Lettie que pueden haberla perdonado por haberse casado con él, pero no le perdonaron a Gregory por haber capturado su corazón y dejarla como una viuda sin dinero.

Una punzada de remordimiento la atravesó: Lettie nunca había presentado correctamente a sus padres a la familia de Gregory. A decir verdad, después de la boda, ella y Gregory no se habían quedado en la ciudad el tiempo suficiente para que Lettie los conociera tampoco.

Lord y lady Stanhope no eran personas desagradables. Habían sido buenos anfitriones para Gregory y ella durante pocos días posteriores a su boda y antes de partir para unirse a los soldados en la Guerra Peninsular. De hecho,

ayudaron a Gregory a ganar su comisión, escribieron después de que ella y Gregory se fueron de Inglaterra, su marido nunca había compartido sus cartas con ella.

—Ahora, Julianna, no hables mal de los padres del pobre Gregory — intervino el conde, aunque su tono plano indicaba su falta de convicción en sus propios murmullos.

—Lo que quería decir tu madre, querida, es que estamos felices de que estés en casa, de donde perteneces, y sabemos que la sociedad te dará la bienvenida con los brazos abiertos. Linwood ya lo ha hecho, me atrevo a decir.

Y ahí estaba el núcleo del asunto: complacer a la sociedad y encontrar un nuevo esposo.

—No tengo planes de ingresar a la sociedad antes de que mi año de duelo haya expirado —confesó Lettie, pero respetaba la verdadera intención de volver a unirla a la sociedad.

—¡Oh, eso es absurdo! —La taza de té y el platillo de su madre se sacudieron ante su arrebato.

—Gregory era un virtual desconocido. Me atrevo a decir que tres meses es un período de luto más que apropiado. Me he tomado la libertad de programar una cita con la modista.

¿Tres meses? Eso significaba que su madre esperaba que ella se despojara de su atuendo oscuro dentro de una semana.

—No lo haré. Es demasiado pronto...-Las palabras de Lettie flaquearon.

—¿Crees que lord Linwood esperará otros nueve meses para renovar tu compromiso? —Murmuró lord Percival.

Lettie se volvió hacia su padre, con una mirada acusadora que lo hacía retroceder.

—¿Esperas que Daniel y yo reanudemos nuestros planes para casarnos? ¿Después de todo lo que pasó y todos estos años?

Pensó que a estas alturas Daniel estaría felizmente casado con una esposa elegante y apropiada y una horda de niños en crecimiento. Era un apuesto señor con un rico patrimonio. Todas las cosas que atraían mujeres con intención de matrimonio.

—Por supuesto —Su madre sabiamente puso su taza de té sobre la mesa, y Lettie siguió su ejemplo.

—No está casado, y usted necesita un marido, uno que maneje su derecho de nacimiento, mi Ducado.

—No confiamos la propiedad a nadie más que a Linwood", confirmó el conde.

—Él conoce la tierra, nuestros asuntos comerciales y te tratará como mereces.

Lettie había perdido al hombre con el que había pensado pasar la vida tres meses antes, esperaban que ella lo olvidara, que olvidara los años que habían pasado juntos y los horrores que había visto, para casarse con Daniel y ocupar su lugar en la sociedad. Su lugar como la duquesa de Linwood, hasta que su madre falleció y se convirtió en una de las pocas mujeres en Inglaterra en tener un doble ducado. La duquesa de Essex por nacimiento y la duquesa de Linwood por matrimonio.

—¿Desea que deje atrás los últimos seis años y planifique mi futuro de inmediato?

Una sonrisa tranquilizadora iluminó el rostro de su madre y la mujer asintió.

—Sabía que lo entenderías, querida.

—No, en realidad, no entiendo —Lettie se enfureció. Sus puños se apretaron en su regazo. Si hubiera estado sosteniendo la delicada taza de té, se habría roto en su agarre.

—He pasado muchos años viajando con las tropas británicas por más millas de las que puedo contar.

—He sido testigo de la muerte de primera mano, mi propio marido murió antes mis ojos, y, sin pensarlo más, ¿quieres que olvide todo eso y se prepare para entrar en la sociedad por segunda vez?

—Bueno... ahora que lo pones así... —tartamudeó su padre.

—Es... bueno... puedo ver...

—No te alejes ahora, Barclay —la duquesa regañó.

—Esto es exactamente lo que acordamos que sería lo mejor para Colette cuando ella llegara a casa. Se creía enamorada de su marido, algo que no se puede pensar tener dos veces en una vida.

—Es la solución... es mucho más de lo que se puede esperar de una viuda, incluso una de tan alto valor.

—Nunca acordamos discutirlo cuando ella llegara —replicó su padre.

—Teníamos que dejar que se acomodara en su habitación, ver sus vestidos y dejar que entrara en la sociedad si fuera su decisión.

Lo que significaba que habían planeado engañarla para que creyera que era su idea, dejar atrás su desagradable pasado.

Lettie miró a sus padres. El conde evitó completamente su mirada, mientras su madre la examinaba sin remordimientos.

La mera idea de saltar a la sociedad la aterrizzaba, sin embargo, no había mucho que pudiera hacer para disuadir a su madre una vez que se había concentrado en algo. Había una cosa que convencería a la duquesa de permitirle a su hija unos meses más para lamentar la pérdida de su marido.

Lettie extendió la mano y desató la cuerda que sostenía su sombrero en su lugar y se lo quitó de la cabeza. Su barbilla se inclinó hacia arriba, a juego con la de su madre.

—¡Colette! —Chilló su padre al mismo tiempo que su madre gritaba y se quedaba sin fuerzas en su asiento.

—¡Julianna, mi amor!

El conde miró fijamente a su esposa, inconsciente en su asiento, y a su hija, con sus famosas trenzas cortadas casi hasta el cráneo. Fue sorprendido por la indecisión cuando su esposa se deslizó de su silla al suelo antes de que entrara en acción y se apresurara hacia el cordón de la campana para pedir ayuda.

Lettie se levantó y avanzó hacia la puerta cuando un criado entró corriendo en la habitación. El golpe cuando su madre golpeó el piso debió haber alertado a la familia, ya que una mujer en Essex de colores escarlata y dorados entró en la habitación, trayendo las sales aromáticas.

Su padre se inclinó sobre su esposa caída, cuyos ojos revolotearon mientras recuperaba sus sentidos después de que el sirviente agitó el frasco de sales aromáticas debajo de su nariz.

Era una de las técnicas más practicadas de su madre para negociar exactamente lo que buscaba.

Desafortunadamente, Lettie había presenciado a un hombre realmente desmayado por el impacto de una bola de mosquete que chocaba con su hombro. Había visto a otro soldado pálido y arrugado en el suelo cuando se dio cuenta de que una bayoneta le había arrancado la pierna. Sabía de primera mano que cuando un cuerpo caía inconsciente al suelo, no tenía sonido, un hecho que debería compartir con su madre en algún momento.

Lettie dejó escapar un suspiro de alivio cuando salió por la puerta y se dirigió a su habitación.

Capítulo Siete

Daniel se acomodó en su silla, intentando no mirar el chichón en la frente de la duquesa de Essex. Se estaba volviendo en un extraño tono púrpura con toques de azul. Nunca había sido un hombre particularmente observador; sin embargo, estaba seguro de que el bulto no había estado allí cuando llegó con Lettie.

Aclarando su garganta, miró alrededor del comedor para ver a los sirvientes que se alineaban en las paredes, preparados para servir la cena.

Era de esperarse que la noche fuera un poco incómoda, pero esto era francamente incómodo. Su primer instinto fue excusarse cuando llegó la invitación para unirse a Lettie y su familia para la cena. Pero, una vez más, como siempre sucedía con Lettie, había dejado de lado su inquietud, sabiendo que ella podía estar a su lado.

—No sé porqué se está tomando tanto tiempo la niña —resopló la duquesa.

—No es que tenga que hacerse un gran peinado o tenga una docena de vestidos para elegir. Incluso rechazó a la ayuda de su doncella, dijo que era capaz de vestirse sola. ¿Te imaginas, Barclay?

Capítulo Siete

Daniel se acomodó en su silla, intentando no mirar el chichón en la frente de la duquesa de Essex. Se estaba volviendo en un extraño tono púrpura con toques de azul. Nunca había sido un hombre particularmente observador; sin embargo, estaba seguro de que el bulto no había estado allí cuando llegó con Lettie.

Aclarando su garganta, miró alrededor del comedor para ver a los sirvientes que se alineaban en las paredes, preparados para servir la cena.

Era de esperarse que la noche fuera un poco incómoda, pero esto era francamente incómodo. Su primer instinto fue excusarse cuando llegó la invitación para unirse a Lettie y su familia para la cena. Pero, una vez más, como siempre sucedía con Lettie, había dejado de lado su inquietud, sabiendo que ella podía estar a su lado.

—No sé porqué se está tomando tanto tiempo la niña —resopló la duquesa.

—No es que tenga que hacerse un gran peinado o tenga una docena de vestidos para elegir. Incluso rechazó a la ayuda de su doncella, dijo que era capaz de vestirse sola. ¿Te imaginas, Barclay?

Lord Percival también pareció ignorar la frente manchada de su esposa. En cambio, el conde alisó su corbata y enderezó sus utensilios que tenía al frente antes de volverse hacia Daniel.

—Lord Linwood, mi esposa y yo le agradecemos por recoger a Colette de The George hoy-. Miró por encima del hombro de Daniel hacia la puerta, como si esperara que el hecho de mencionar el nombre de su hija la hiciera aparecer mágicamente. Al menos entonces, no sería responsabilidad de su padre evitar que la conversación se desvíe demasiado de lo que era apropiado.

—Estamos muy contentos de tenerla de vuelta con nosotros. Aunque las circunstancias no son las ideales, como estoy seguro de que te lo dije.

Daniel sabía exactamente qué información el conde intentaba sacar de él, una parte quería que el hombre siguiera preguntándose si Lettie se había abierto y había compartido sus devastadoras noticias.

—Sí, desafortunadamente Lady Lettie ha pasado por tanto dolor.

—Si solo hubiera hecho lo que se le pidió, nada de esto habría ocurrido

—El tono de la duquesa no dejó lugar para la discusión, aunque Daniel pudo

encontrar muchas cosas incorrectas en su declaración.

En consecuencia, Daniel no estaba seguro de que hubiera podido casarse con una mujer que estaba enamorada de otro. Tampoco habría condenado a Lettie a un futuro con él cuando ella deseaba a otra persona. Incluso si no se hubiera sentido abrumado por el hecho de que su padre hubiera pasado y asumido el título de Linwood, todavía le habría permitido salir de su acuerdo de compromiso.

Había sido algo honorable, para todos los involucrados. Ese hecho no habría cambiado nada.

Aunque honestamente no podía admitir que lo había hecho con propósitos *honorables*.

—Buenas noches, padre. —Lettie cerró la puerta silenciosamente detrás de ella, Daniel rezó para que no haya escuchado la conversación momentos antes.

—Madre. Lord Linwood. Mis disculpas por mi tardanza.

—No te preocupes, mi niña —dijo Percival mientras se levantaba para darle la bienvenida.

—Usted está aquí, eso es todo lo que importa.

Permitió el abrazo de su padre, pero su espalda permaneció rígida y parecía incómoda con la acción.

—Siéntate —Su madre asintió con la cabeza hacia el asiento a su lado, un sirviente dio un paso adelante para retirar su silla.

Lettie caminó lentamente alrededor de la mesa, dándole a Daniel la oportunidad de mirarla. Se había bañado y peinado su cabello, colocó un pequeño clip de perla; Sin embargo, las líneas de agotamiento todavía permanecían en su rostro. El vestido gris oscuro que había seleccionado colgaba perfectamente. Raro, porque Lettie nunca había sido considerada una mujer de tamaño adecuado, pero ahora, era mucho más delgada de lo que recordaba.

—¿Por qué demonios has elegido ese horrible trapo? —La irritación de la duquesa por la elección del vestido de Lettie era obvia.

—No importa. Un viaje al modista resolverá todos esos problemas y será mucho mejor. Me pondré en contacto con ella de inmediato para programar un ajuste adecuado.

Se necesitaría más que una visita a un modista de Bond Street para comenzar a ayudar a Lettie a debido a todo lo que había experimentado en los últimos años.

Su arrugada frente y su boca apretada confirmaron que ella creía lo mismo.

Una vez que Lord Percival y Lettie tomaron sus asientos, el conde hizo una seña para que se sirviera la comida. Los sirvientes entraron en la habitación, uno tras otro, en una fila sin fin, un plato tras plato y olla tras olla fueron colocadas sobre la larga mesa en una gran pantalla digna de un rey. La forma en que se consumirían los platos de comida sería si todos los sirvientes de Essex se reunieran en la mesa y llenaran los platos; sin embargo, una vez colocado cada plato, los sirvientes salieron de la habitación, dejando solo cuatro lacayos para servir.

Suculenta sopa de pato, faisán con salsa de ciruela, tres tipos de pan y trozos de queso que se amontonaron en cada uno de sus platos.

—Padre —Lettie suspiró.

—Esto es demasiado.

—Nada es demasiado para mi hija, te lo aseguro.

—No, quiero decir que esto es demasiado extravagante. Hay más comida en mi plato de lo que un soldado está racionado durante toda una semana. Lettie dirigió una mirada exasperada a su padre.

—Esto es un desperdicio.

—¿Qué te ha pasado, niña?—Resopló su madre.

—Muéstrale a tu padre el respeto que se merece. No es su culpa que él provea bien a su familia y a los que ama. Le dirigió una mueca a Daniel como para disculparse por la extravagante conducta de Lettie.

Daniel se había equivocado al aceptar la invitación del conde a cenar con ellos durante la primera noche de Lettie en Londres. Era evidente que necesitaban más tiempo en privado, como familia, para volver a conectarse y familiarizarse entre sí una vez más.

Sin embargo, necesitaba ver a Lettie de nuevo, estar cerca de ella solo para suavizar su incomodidad de regresar a Inglaterra.

—Madre, espero que hayas ordenado a tu doncella que se aplique hielo en la frente —Lettie tomó su utensilio en la mano, él y el conde soltaron un suspiro de alivio al mismo tiempo.

—Los moretones durarán aproximadamente una semana, pero la hinchazón disminuirá antes si se congela varias veces al día.

Fue sorprendido por su conocimiento. Había hablado de sus tareas como la esposa de un soldado, aunque la había imaginado preparando comidas y arreglando ropa.

—Sí, tu doncella instruyó a la mía; sin embargo, Darcy confirmó que no queda más que una marca —La duquesa levantó un poco la barbilla y volvió su atención a su plato mientras caía el silencio. Solo los sonidos de un sirviente que llenaba la copa de vino de Lady Lettie podían escucharse cuando la mesa en general se centraba en la comida.

La observó mientras con habilidad empuñaba su cuchillo, cortando su faisán en diminutos bocados y clavándolos antes de dar su primer bocado. Cuando sus ojos se cerraron y su cabeza se inclinó ligeramente hacia atrás, Daniel casi pudo oír su gemido de placer ante el sabroso bocado.

La duquesa miró a su hija mientras también tomaba un bocado de las aves antes de dejar a un lado su utensilio.

—Será agradable tenerte a mi lado una vez más, Colette.

—Por favor, madre, es Lettie —dijo ella, estrechando su mirada en su plato.

—Nadie me ha llamado Colette en muchos años.

—Sea como fuere, mis amigos, toda la sociedad, verdaderamente, te conocen como Lady Colette.

La mirada de Lettie se volvió hacia la de su madre, la mujer accedió.

—Pero, por supuesto, si prefiere a Lady Lettie, no discutiré más sobre el asunto.

—Eso es amable de tu parte. —Lettie bajó su cuchara hacia su sopa, pero no la llevo a la boca.

—Lord Linwood, es agradable de su parte cenar con nosotros. Espero que tengas otros asuntos urgentes que atender esta noche —dijo secamente.

Daniel había esperado que mencionara algo en ese sentido, él no podía culparla por su comentario sarcástico.

—En realidad, no hay otro lugar donde tenga que estar esta noche. Aunque, aprecio su preocupación con mi horario —respondió con una ceja levantada.

Se apresuró a pelear, como si permaneciera en el campo de batalla, sin tener en cuenta su intento de ser su aliado, no su enemigo.

Había mordido su trozo de carne rápidamente. Necesita recordar que ella estaba sufriendo, recordó que en un momento la gente manejó su dolor de muchas maneras. Había sido precavido y fué llevado a su “pequeño infierno” después de que sus padres murieron. ¿Quién era él para juzgar sus espinosos modales?

—Estoy segura de que estas en un infierno de juegos o no hay ninguna taberna que no conozca... sin hablar de tus fondos —dijo, sin quitar la mirada

de su plato de sopa.

—No permitiría que su comentario encendiera su temperamento.

—En realidad, encuentro que he perdido interés en los juegos de azar y en beber.

—¿Es eso así? —Su frente se levantó con la pregunta.

—Lo es —Sus cubiertos rozaron contra su plato mientras cortaba la comida.

—Linwood ha estado trabajando conmigo, aprendiendo a administrar mejor su patrimonio y ocupar su lugar en el parlamento —intervino Percival.

—Estoy muy feliz de tenerlo, de hecho.

Daniel se rió entre dientes.

—Feliz de tenerlo —era un eufemismo. El señor lo trataba como el yerno que se suponía que debía ser, yendo tan lejos como para mostrarle a Daniel los libros de contabilidad de las muchas haciendas de la duquesa, que eventualmente pertenecerían a Lettie.

Lettie metió otro bocado de comida en su boca y la masticó lentamente, manteniendo la mirada hacia abajo.

Le recordó su última comida como una pareja comprometida antes de que anunciara sus planes de casarse con Hughes y seguirlo a la guerra, con o sin la aprobación de sus padres. Daniel había llegado para acompañar a Lettie a una recepción, había tropezado con el umbral de la casa, casi tiró su abrigo y su sombrero al piso del vestíbulo cuando supo que todavía estaba cenando con sus padres.

Daniel se dirigió directamente al comedor y se sentó frente a Lettie.

Había sido un sinvergüenza. Nunca un atento pretendiente.

Era joven y todavía se estaba recuperando de la pérdida de sus padres.

Ella era la única cosa constante en su vida, la única persona que lo había puesto a tierra. La única persona que soporta su deplorable comportamiento.

Aquella noche, ella había tenido lo suficiente de él y terminó su compromiso matrimonial. Como el tonto que era, había aceptado dejarla ir. Realmente se convenció a sí mismo de que le sería mejor no estar atado a ninguna mujer permanentemente. Malditos contratos, chismes y escándalos.

Ella se encontraba y se creía enamorada de Hughes en ese momento.

Lettie lucía exactamente como lo hacía ahora.

Malhumorada y un poco verde. Aunque entonces, no se había dado cuenta de que sido sacudida por los nervios por haber roto su compromiso matrimonial, sabiendo que eso arrojaría una mala luz tanto para ellos como

para sus familias. Ya había perdido a toda su familia. Era todo lo que le quedaba por perder.

Él había deseado durante años después de esa noche que hubiera tenido la claridad suficiente para notar su agitada ansiedad. Podría haber tranquilizado su mente sin presentar su abrupta confesión de amor, por otro hombre.

—Lady Lettie —dijo Daniel, observándola de cerca.

—¿Te sientes mal?

Se puso de pie tan rápido, que la sirvienta detrás de ella no pudo tirar de su silla para permitirle salir. La pequeña chuchería que había clavado en su cabello se deslizó por el suelo. La silla de respaldo alto se inclinó hacia atrás, Daniel pensó que estaba en peligro por caerse completamente y golpear a través de la pared.

—¡Lettie, detente, deja la histeria! —Chilló la duquesa.

Daniel también se puso de pie, empujando su silla hacia atrás con menos fuerza para seguir a Lettie que huía de la habitación.

—Te lo digo, Barclay, esa chica no está en condiciones de hacerse cargo del Ducado —se quejó su madre.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ella se adaptará —Daniel llamó por encima de su hombro antes de salir del comedor después de Lettie; aunque sus padres no le estaban facilitando nada.

—Seis meses, querida —respondió Percival.

—Le daremos medio año. Entonces entraré y la enderezaré. Se debe seleccionar un marido adecuado o tomar su lugar entre las viejas viudas.

Daniel deseó no haber escuchado esas últimas palabras. No podía imaginarse a Lettie casándose con otro hombre.

Capítulo Ocho

Lettie envolvió sus brazos fuertemente alrededor de su sección media mientras corría por el pasillo. Aceleró y dobló una esquina, luego giró una vez más cuando el corredor se dividió en dos direcciones, perdiendo el rastro de su ubicación dentro de la casa. El dobladillo de su vestido sin forma se atascó en su zapatilla, Lettie cayó hacia adelante antes de poder agarrarse.

El pasillo se abrió hacia el área de la cocina grande, Cook y el resto del personal ocupaban el jardín más allá de la ventana.

Su estómago se revolvió, oleadas de náuseas la detuvieron.

El aroma de un pastel refrescante en el borde de la ventana solo sirvió para hacer que su sección media se contrajera aún más cuando se dobló de dolor.

No había comido mucho, pero lo que había consumido antes de que su estómago se revolviere había sido delicioso. Mucho más sabroso que cualquier comida que había tenido desde que se había ido de Londres con Gregory. Hubo noches en que su hambre había sido tan abrumadora que había soñado con los pasteles de Cook, el estofado de cordero, las verduras frescas cultivadas en su jardín.

Esos recuerdos, sin importar cuán agradables, pertenecían a un tiempo diferente, a una Lettie diferente. La mujer que podía disfrutar de una tarde cubierta de harina y ayudaba a hornear pasteles se había ido. Había aprendido la crueldad que estaba en el mundo exterior de su jaula de oro.

¿Por qué, oh por qué, había insultado a Daniel sobre su pasado? No había sido más que un caballero desde que la había recogido en The George, y le había pagado con rencorosos comentarios. Si él no hubiera estado dispuesto a permitir que rompiera su compromiso matrimonial, su vida habría sido muy diferente. Estaba con sus padres con los que estaba furiosa, al menos en parte, así como con Gregory por haber muerto y dejarla desamparada.

Era posible que Lettie nunca hubiera aprendido las duras realidades del mundo, nunca hubiera experimentado una pérdida, y ciertamente hubiera seguido con su extravagante vida y grandes ideas para ayudar a otros.

En los últimos años, había visto un panorama diferente, había adquirido una comprensión más profunda de las realidades de la vida. Alimentar a un hombre hambriento no resolvía nada. Asegurarse de que un hijo tuviera un

hogar no era suficiente. Había sido testigo de bajas masivas en la Guerra Peninsular y en Waterloo. Había visto la devastación absoluta de primera mano, las mismas manos que habían trabajado incansablemente en los soldados heridos. Sus palmas habían estado cubiertas de sangre innumerables veces, y había visto a otras mujeres quedarse sin nada cuando sus hombres caían en el campo de batalla.

Sus padres y gran parte de la sociedad no sabían nada de la destrucción causada por la guerra.

No sabían nada sobre perder a un ser querido de una manera tan violenta, trágica y sin sentido.

No sabían nada de la fuerza de voluntad mental que requería levantarse cada día, sabiendo que vería más de lo mismo en forma mecánica desde el amanecer hasta la puesta del sol, hasta que todo su cuerpo se entumeciera y su mente lo dispersara. Era difícil concentrarse en otra cosa.

Y su madre no podía hablar de nada más que de vestidos y compromisos en la sociedad.

—¿Lettie? —Daniel llamó desde la puerta.

Su estómago se asentó ante el sonido de su preocupación, y se volvió para mirarlo.

—Me disculpo por mi abrupta partida. Mis años lejos de Londres han puesto en peligro mi decoro social.

¿Por qué sus nervios se calmaban cuando él estaba cerca? Tenía poco sentido sentir paz alrededor de Daniel.

Sí, habían estado cerca. Sí, habían estado comprometidos para casarse y estar juntos toda la vida. Sí, alguna vez había apreciado su amistad. Sin embargo, él cambió cuando su compromiso se había hecho oficial. Se había convertido en un libertino en vez de un caballero. Como pretendiente, había carecido de muchas cosas. De repente había preferido beber y divertirse con otras personas que acompañar a Lettie al teatro o pasar tiempo en la biblioteca. En esos últimos meses, casi la había empujado a los brazos de Gregory, aunque sin saberlo. Debido a que no había quizado acompañarla a un recital musical una tarde, Lettie conoció a Gregory. Era una de las varias salidas planeadas en las que su prometido no se había molestado en presentarse.

Se dio la vuelta y miró por la ventana hacia donde trabajaban los sirvientes de la cocina en el jardín, en un esfuerzo por ocultar las lágrimas que caían por su rostro al pensar en Gregory. Nunca más volverían a sentarse

juntos y escuchar a las damas debutantes afuera cantando o compartiendo una comida con pequeñas raciones de pan.

Con un último suspiro, forzó su desdicha y la enderezó antes de girarse. Una sonrisa o incluso una débil sonrisa todavía era demasiado para ella.

Daniel tiró bruscamente de su cabello desordenado.

—Gracias por su preocupación, su gracia, pero creo que solo estoy fatigada y necesitada...

—Para con los cuentos sangrientos de la guerra, Lettie —Se acercó a ella, agarrando cada uno de sus brazos justo por encima de sus codos.

—Y yo no soy Lord Linwood, o “su gracia”, soy Daniel. Nos conocemos desde chiquillos. Nos besamos. Una vez, hace mucho tiempo. No soy un extraño. No soy un hombre que no sepa nada de ti o el dolor que sufres. Entiendo bien el dolor, Lettie. Lo que te atormenta es mucho más que agotamiento.

—¿Cómo podría usted, un señor titulado sin un pensamiento especial para aquellos que pierden la vida en la guerra, saber algo sobre lo que he experimentado? —Sus duras palabras lo hicieron retroceder un paso.

—Mientras estabas seguro y bien alimentado, yo estaba en las líneas del frente. Yo estaba atendiendo a los heridos. Estaba hambrienta. Tenía frío la mayoría de las noches.

—No hay nada que pueda decir, pero siento por todo lo que has enfrentado.

Enderezó los hombros y se tocó la barbilla.

—Y les diré una vez más, no hay disculpas necesarias. Si tuviera la opción de revivir los últimos seis años, lo haría de nuevo, sin pensarlo ni dudarlo — Aunque, ahora sería más sabia y no estaría tan sorprendida por la desaparición de su inocencia.

—Esa es la Lettie que conozco. Una tenaz infeliz, de voluntad fuerte. Una fuerza natural —Sus ojos bailaban mientras observaba su atuendo.

—Aunque, debo estar de acuerdo con tu madre, incluso una viuda de guerra debería vestirse con un atuendo más fino que un viejo trapo empolvado.

Todo acerca de él era genuino, desde su sonrisa alentadora hasta el fácil ajuste de sus hombros. ¿Podría ella confiar en él?

Era un pensamiento extraño. Se habían conocido toda la vida, pero ¿cómo podía confiar en un hombre reconocido por su amor al licor, las mujeres y el juego?

Había renunciado a ella voluntariamente, sin una sola palabra para convencerla de que cambiara de opinión. No es que Lettie le hubiera creído o se hubiera quedado en Inglaterra. Su mente había decidido en ese punto.

Había elegido todo por encima de ella: licor, juego y libertinaje. Puso esas cosas triviales por encima de ella, y ella lo permitió. Se había escapado y había hecho algo con su vida mientras él continuaba bebiendo hasta morir.

—Estás equivocada —Se giró y se sentó en un taburete cerca del mostrador, haciendo un gesto para que tomara el otro asiento. Se giró y cruzó los brazos, sin esperar a que ella decidiera sentarse o permanecer de pie.

—Puede que no creas esto, pero antes de casarte con Gregory, eras la única persona que tenía. Mi padre había muerto el año anterior, y todavía estaba sufriendo. En su honor y ante la insistencia de tu padre, consolidé nuestro noviazgo. Pero estaba dolido.

Lettie nunca había pensado en cómo su matrimonio con Gregory había herido a Daniel. Siempre había sido de la clase alegre, yendo a favor de la corriente y haciendo lo que otros hacían o lo que le daba un óptimo placer.

—Si bien un padre que se está muriendo y una prometida que se casa con otro no son lo mismo que un marido que fallece en la batalla, puedo entender tu necesidad de llorar.

—Murió justo antes que yo... —Lettie no estaba segura de por qué se sentía obligada a ofrecer la información. La mirada de Daniel nunca dejó sus manos apretadas frente a él.

—Sabes que mis padres esperan que renueves nuestro noviazgo y anuncies nuestro compromiso en poco tiempo.

—Me ha dado la impresión, aunque no me lo han insinuado —Se giró para mirarla y le trajo las piernas para que se acomodaran entre las suyas. Cada uno en su propio taburete pero con sus rodillas tocándose. Era más conexión de la que Lettie había experimentado en muchos meses, sus latidos aumentaban con la cercanía.

—Pero sí sé que nunca te permitiré ser persuadida en una situación con la que no te sientas cómoda. No te exigí que te casaras hace seis años, y no lo exigiré en los próximos seis... o nunca si ese es tu deseo.

Sus palabras la tranquilizaron. Al mismo tiempo, plantearon otras preguntas, ninguna de ellas estaba lista para hacerlas.

—Dicen que un matrimonio de amistad es mejor que vivir mis años restantes como una viuda envejecida. Pero he tenido un gran amor. ¿Cómo es posible entrar en otro cortejo? —Especialmente porque ha conocido el amor y

ahora que le falta de ese sentimiento tan profundo, quedaría como una nube en cada momento.

Daniel se inclinó hacia delante y envolvió sus sólidos brazos alrededor de ella, sacándolos de sus taburetes para levantarse.

El calor se acumulaba profundamente dentro de ella, en un lugar que solo Gregory había agitado cuando estaba cerca.

Lettie se concentró en la sensación de las grandes manos de Daniel mientras le acariciaban la espalda, pero eso solo encendió la chispa en una llama de pleno derecho en un punto sensible entre sus muslos.

Por primera vez en muchos meses, se sentía segura y protegida.

Estaba a salvo y protegida entre los brazos de Daniel.

Él nunca permitiría algo la dañara, de eso estaba convencida.

Pero con ese conocimiento se dio cuenta de que había pasado mucho más tiempo desde que se había sentido segura. ¿Han pasado años? Posiblemente desde que se había casado con Gregory y se había marchado de Inglaterra para la batalla. Ciertamente, Gregory la había amado, pero ¿la había protegido del daño?

Lo único que sabía con certeza que encontrar algún placer los brazos de Daniel era una traición al hombre que afirmaba amar.

Capítulo Nueve

Cada pulgada de él era extremadamente consciente de cada pulgada de ella. Las suaves curvas de Lettie y su dura e implacable cascara. No deberían encajar tan bien juntos. No debería estar abrazándola ahora, oler el aroma de jabón de vainilla en su corto cabello y soñar con no dejarla ir.

Mientras tanto, sospechaba que pensaba en otro hombre. Deseaba ser abrazado por él, no por Daniel. Anhelaba oler el aroma de Gregory en lugar del sándalo que Daniel prefería.

¿Por qué estaba tan dispuesto a tomar algo de cercanía que ella ofrecía? Incluso esta intimidad, sabiendo que era otra persona la que ella deseaba. Además, Daniel no necesitaba consuelo; era Lettie quien había experimentado un duro golpe. Debería darle consuelo, pero en cambio, no podía pensar más allá de la idea de inclinar su barbilla para aceptar su beso.

Demasiado pronto, ella se apartó de su abrazo, ¿o fue Daniel cuyos brazos cayeron primero?

—Lo siento, no quise decir... —Lettie comenzó, retirándose detrás de su taburete.

—Bueno, he estado tan perdida desde que Gregory murió.

Levantó la mano para detener sus palabras. Había pensado en Gregory cuando lo abrazaba, eso era lo que él sabía, pero no podía señalarlo diciéndolo en voz alta.

Había pasado años pensando en ella, imaginándola; tanto que él no quería enfrentarse a la realidad de que ella no había hecho lo mismo.

Sus ojos se estrecharon una vez más cuando él volvió a sentarse en el taburete.

—Has aprendido todo sobre mí. Ahora, ¿qué te ha pasado desde mi partida? Pareces extrañamente... cambiado.

El cambio de tema le complació, cualquier cosa para desterrar los pensamientos de su marido muerto era bueno, aunque hablar de sí mismo nunca había sido agradable. Tal vez con Lettie, lo sería. Se habían alejado tanto el uno del otro en su juventud: ella se enamoró de otro, y la devastación por la pérdida de sus padres. La había empujado tan lejos que ni siquiera se había dado cuenta de que perderla lo había enviado por completo al extremo y hacia

un completo libertinaje. Había encontrado consuelo en el alcohol, los juegos, los burdeles y llorar solo en el olvido.

¿Pero que cuánto podría compartir con Lettie? Nunca querría que ella se sintiera responsable por la vida que había elegido.

—Soy mayor y me instalé mi lugar como duque. Cuando me llaman “Linwood”, no siento la necesidad de buscar a mi padre —dijo, sin admitir que solo en los últimos meses había tomado en serio su posición. Nunca podría decirle qué tan lejos había caído en su camino. Nunca admitiría que desde el día que se casó con Gregory, habría encontrado consuelo en una botella de whisky y en los brazos dispuestos de varias “amigas”.

—Después de que te fuistes y con mis dos padres desaparecidos, necesitaba tiempo para adaptarme.

—Y lo has hecho, por lo que mi padre ha dicho.

Lettie cedió y se sentó de nuevo pero no hizo ningún movimiento para enfrentarlo directamente.

—No espero que me perdones por huir con Gregory, pero lo quería mucho —Hizo una pausa, respirando profundamente.

—Todavía lo amo con cada onza de sentimiento que me queda.

—No hay necesidad de explicar —respondió.

—Te lo dije entonces como lo dije hoy, nunca te presionaré para nada, ya sea un compromiso o un bocado de caracol.

Ella se rió, pero levemente.

—Sí, lo aprecio mucho, aunque quería que supieras que lo que Gregory y yo compartimos, sin importar lo breve que duró nuestro matrimonio, fue real. Profundo. Un amor así solo viene una vez en la vida.

Un amor que podría haber compartido con Lettie, excepto que había sido un tonto. Había permitido distancia entre ellos, embotelló su estado emocional y la hizo correr a los brazos de otro hombre. Un hombre que había estado más que dispuesto a brindarle el amor y la atención que merecía. Un amor del que Daniel no había sido capaz entonces.

—Planeo mantener ese amor cerca, ya que debe durar el resto de mis días

—Puso su mano en su corazón, y sus ojos se cerraron por un breve momento. Daniel se preguntó a quién vio cuando lo hizo, pero sus siguientes palabras lo dejaron en claro.

—Fuiste tú quien me permitió experimentar el verdadero amor y la pasión. Y por eso, siempre estaré agradecida.

Lettie solo vio a Gregory. Un héroe de guerra.

Un hombre que había sido lo suficientemente valiente como para no solo reclamar a Lettie como su esposa, sino también dar su vida por otros en un campo de batalla.

Daniel no tenía ninguna esperanza de compararse con él.

Ni siquiera había sido lo suficientemente hombre como para dar un paso adelante y salvar a ese erizo callejero de las manos crueles de Lord Gable. Echó un vistazo a las tartas que se enfriaban en la ventana, a los sirvientes de la cocina que trabajaban en el jardín y la culpa lo inundó una vez más.

Lord y Lady Percival se habían equivocado al poner su mirada en Daniel como pareja para su hija. Era demasiado noble, demasiado generosa y demasiado pura para él.

Era un sinvergüenza, un borracho y un hombre libertino.

Había sido.

El pensamiento se arremolinó alrededor de sus reflexiones.

Pero, según la experiencia de Daniel, un hombre era quien era. El cambio final era imposible.

Se había rendido a sí mismo y cualquier futuro que pudiera haber compartido con Lettie. Que le hubiera devuelto una viuda no cambiaba nada.

Y ese pensamiento solo lo hizo ponerse de pie con un apresurado adiós y un susurro:

—Buenas noches.

Una botella de whisky, una ruidosa multitud distraída lo llamaban cuando salió de Carrolton Hall. Si ella lo llamaba, Daniel no la escucharía.

Capítulo Diez

Lettie miraba horrorizada el campo de batalla. Muertos, moribundos y heridos yacen agrupados. Un hombre apoyado en un robusto árbol, inmovilizado por la herida de una bayoneta. Un soldado que había conocido en ocasiones durante las comidas, Oliver. Sus ojos estaban llenos de terror, pero sabía que a él no vería más. Decidió dirigir su cabeza en sentido opuesto, como para pensar que lo que buscaba se encontraría en esa dirección.

Él estaba equivocado. Lettie no quería encontrar nada. Quería correr, deseaba poner millas y océanos entre ella y la guerra que había sido su vida durante tanto tiempo, ya no recordaba cómo se sentía la paz. Las batallas que hicieron que ella y Gregory se movieran, viajaban a través de tierras extranjeras y nunca se preocupaban por una familia u hogar propio.

Se levantó la falda, se arrodilló junto a un soldado caído, un soldado francés, pero eso no significaba nada, buscó el pulso en el cuello.

Los gritos de ayuda venían de todas direcciones. No había forma de que su campamento tuviera suministros suficientes para tratar incluso a una fracción de los hombres caídos que cubrían el suelo empapado en sangre y esparcidos en todas direcciones.

Desafortunadamente, el soldado francés no tenía latidos del corazón. Su mirada vacía debería haberlo confirmado sin que perdiera el tiempo con su cuerpo frío y sin vida.

Lettie se puso de pie, notando que no había charcos de color carmesí en el áspero terreno, no había sido arrastrado por la constante llovizna, el dobladillo de su vestido lo había absorbido y la mancha ahora se abría camino en la tela de algodón de su falda, avanzando poco a poco cada segundo. Era su único vestido de estipendio, en azul y rojo. Probablemente pasarán semanas antes de que ella pueda obtener un nuevo rollo de tela para hacer uno nuevo.

Lettie no se atrevió a mirar por encima del dobladillo para ver las manchas de color óxido que manchaban las rodillas cuando se inclinó ante el hombre.

Algo rozó su pierna, Lettie se estremeció, girando para ver qué cosa se acercaba. Un montículo de desechados cuerpos yacía a su lado. ¿De dónde habían venido? Podría haber jurado que no estaban allí cuando se arrodilló

junto al soldado francés. La pila subía y bajaba como si fuera una entidad viva que respiraba.

—Colette —El gemido de su nombre surgió de la contaminada brisa.

¿Quién podría estar llamandola? Nadie la llamaba Colette, era "Lady Lettie" o "Doc" a menos que estuviera cocinando o zurciendo ropa, entonces era "Cook" o la desafortunada "moza".

Su mirada recorrió el campo, buscando quien la había llamado. Deben conocerla. Quizás de Londres o de la finca de su familia.

—¡Colette! —El gemido fue más fuerte esta vez.

—Lady Lettie.

La tierra se movió debajo de ella, se dio cuenta de que la pila de cuerpos la llamaba.

Quienquiera que fuese, estaba a su lado. ¡Podía encontrarlos, ayudarlos, salvarlos!

Se dejó caer al lado de la maraña de miembros, ropa y armas, pero no estaba segura de por dónde empezar o cómo desenredar la masa de gemidos y gritos de los hombres heridos.

Lettie extendió la mano y sacó un cuerpo de la parte superior de la pila. Continuó buscando hasta que escuchó un ruido cuando se asentó en un charco grande y fangoso. Trabajaba furiosamente, le dolían los brazos por el peso muerto, pero aún no había encontrado al hombre que la había llamado para pedirle ayuda.

Él debe estar cerca. Él todavía decía su nombre, pero ahora era más fuerte, creciendo con intensidad a medida que trabajaba más rápido.

El suelo se movió una vez más como si un cañón hubiera sido disparado justo a su lado, pero ningún otro sonido llenó el aire más que su respiración entrecortada y el grito de su nombre.

Afortunadamente, retiró un brazo flojo para revelar una cara familiar. Su boca formó su nombre por última vez.

Con la misma rapidez, toda la vida se corrió por sus ojos.

Para Lettie era demasiado tarde. No se había movido lo suficientemente rápido. No conocía la verdadera urgencia del asunto.

¡Daniel!

—¡Daniel! —La única palabra, rompiendo el silencio cuando los ojos de Lettie se abrieron de golpe. Daniel estaba de pie, mirándola con gran preocupación, sus manos sosteniendo sus hombros firmemente contra el salón.

—Daniel —ella suspiró, permitiendo que el terror se escurriera, su cuerpo se aflojara, ya no luchaba contra su agarre.

—Debo haberme quedado dormida.

La soltó y dio un paso atrás, permitiéndole sentarse. Se apretó el peinado con las manos para asegurarse de que su postura no hubiera arruinado la obra de su doncella, pero tardíamente, recordó que sus cabellos estaban demasiado cerca de su cuero cabelludo para permitirse cualquier estilo más allá de un clip sencillo.

Respiró hondo, intentando reducir el ritmo errático de su corazón lo suficiente para detener el temblor de sus manos antes de que Daniel se diera cuenta.

—Estabas gritando mientras dormías —Se sentó a su lado.

—Vine a reunirme con tu padre, pero te oí gritar todo cuando estaba en el vestíbulo. Sonaba como si tuvieras un gran dolor, los sirvientes actuaban como si no hubieran oído nada malo.

Gran dolor no era una frase lo suficientemente fuerte como para abarcar los terrores nocturnos que había sufrido desde Waterloo. Solo que esta vez, algo había cambiado. Los heridos, muertos y moribundos eran igual como eran todas las noches cuando llegaban las pesadillas. El misterioso silencio, los gemidos de los heridos era igual. Incluso su nombre pidiendo ayuda en la brisa, el campo de batalla empapado de sangre, y más lejos del campamento, era el mismo.

Sin embargo, el montículo de cuerpos había sido más grande.

Cuando movió la extremidad para descubrir quién la había estado pidiendo ayuda, no habían sido los ojos fríos e inmóviles de Gregory mirándola, sino los de...

Daniel.

Se levantó rápidamente y se dirigió al aparador, sirviéndole una saludable copa de vino antes de volver a su lado.

—Aquí, toma una copa. Estás pálida como una sábana recién lavada.

Antes de tomar la copa, Lettie se pasó las manos húmedas por las piernas hasta las rodillas. Esperando que el tiempo adicional detuviera sus temblores y le permita sostener el vino sin derramarlo.

—Gracias —dijo con una débil sonrisa. Había pasado casi una semana desde que había hablado con Daniel. Él vino y se fue de Carrolton House, pero nunca la presionó para que aceptara su presencia, ya que se adaptó a estar de vuelta en Londres y bajo el cuidado de sus padres. Por extraño que

parezca, una parte de ella deseaba verlo, hablar con él y estar cerca de alguien que la conociera bien.

—Solo fue una pesadilla, nada más. Estoy mucho mejor ahora.

—¿Cuánto tiempo te han plagado las pesadillas? —Preguntó.

Su tono de hecho le indicó que Lettie no debía mentir, que eso no le haría ningún bien. Sin embargo, se preguntaba qué habría vivido para saber algo sobre las pesadillas que la visitaban mientras dormía.

###

Su frente se frunció.

—¿Cómo sabes que fue una pesadilla?

—Estabas agitada —Él levantó los brazos donde una mancha roja se había formado.

—Tu puño me golpeó antes de que pudiera controlarte. Si estuvieras soñando con gatitos y arcoiris, no habrías estado tan... —Se detuvo para encontrar la palabra exacta para describir la escena.

—... fuera de control y llena de terror.

Miró fijamente su copa, Daniel se arrepintió de haber preguntado por su sueño irregular. Desde aquella madrugada en la casa de Phineas, los mismos terrores se habían infiltrado en su pacífico sueño. Pasaron horas interminables corriendo y buscando en los establos, tratando de localizar al niño mientras Daniel escuchaba que el látigo lo golpeaba repetidas veces, mientras Charlie lloraba por su madre.

Daniel nunca pudo detener la golpiza, solo ubicó a Phineas por sus risas de placer cuando se hicieron eco a través de los establos. Y cada mañana, Daniel se había despertado sintiendo lo fracasado que había demostrado ser.

Cada noche, era lo mismo.

Era su penitencia.

Se merecía las pesadillas que lo visitaban cada vez que cerraba los ojos.

Pero Lettie... Lettie no se merecía nada de eso.

Y ciertamente merecía un hombre mejor de lo que Daniel había demostrado ser.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó ella, con la voz aún grave por su inestable descanso.

—Además de reunirte con mi padre, eso es.

Siempre supo cuando él le estaba ocultando algo. Fue una bendición que no se hubiera concentrado en su secreto.

—Pensé que te acompañaría a la modista, en lugar de a la duquesa. Escuché a tu madre informándole al conde que tu cita estaba programada para esta tarde. Me encantaría mucho acompañarte.

Su frente se levantó.

—¿Por qué?

—Bueno, sé lo gravoso que puede ser tu madre, especialmente cuando tiene la vista puesta en algo —dijo.

Daniel había echado de menos a Lettie. Había hecho varias visitas innecesarias a Carrolton Hall durante la última semana con la esperanza de poder vislumbrarla o escuchar su voz flotar por los largos pasillos.

—Me ofrecí a acompañarte, lo que te dará la libertad de seleccionar el material y los estilos que prefieras en lugar de los que te impongan.

Ella pareció reflexionar sobre su oferta, Daniel temió que rechazara su oferta.

—Sin embargo, debería informarle que la oferta ya ha sido aceptada por la duquesa —Le hizo un guiño.

—Supongo que debería agradecerte. —Se puso de pie, el color había vuelto a su cara. Miró por encima del hombro al alto reloj que había contra la pared. Recogeré mi manto y nos reuniremos en su carruaje.

Salió apresuradamente de la habitación, la necesidad de acercarse y abrazarla lo tentó. Sacudió la cabeza para despejar esa tonta idea. Ella solo estaba buscando un cálido abrigo, no corría de nuevo a la batalla. Estaría en su carruaje y lejos de los curiosos ojos de su madre.

Si él tiene suerte, Lettie no se cruzaría con su padre. No descubriría que Daniel no se había reunido con el conde, pero había escuchado a su madre mencionar la cita con la modista a las once de la mañana de ese día, era la oportunidad de reunirse con Lettie. Por casualidad no tenía ningún compromiso esa tarde.

Sin embargo, habría cancelado una reunión con el Rey para ganar una tarde en compañía de Lettie

Después de que lo abrazó la noche en su retorno, había ido a casa y se quedó mirando su botella de whisky. No se atrevía a tomar ni un sorbo del líquido ardiente, ni había buscado una casa de juegos o un burdel. Por primera vez en mucho tiempo, supo las consecuencias de sus acciones y se dio cuenta

de que cualquiera de las dos opciones resultaría en que volviera a lastimar a Lettie, incluso si ella nunca se enteraba.

Le había dicho que nunca la empujaría a aceptar una propuesta de matrimonio que viniera de él.

Había querido decir cada palabra, a pesar de que su promesa a sus padres lo molestaba diariamente.

El respeto de Daniel por Lettie significaba más. No la decepcionaría de nuevo, volviendo a su vida desenfrenada de borracheras. Con eso en mente, se había prometido a sí mismo darle espacio y tiempo para adaptarse a la vida de la ciudad, ganar su propio equilibrio.

Acompañarla al modista y ofrecerse a ser su amigo no compensaba todos los errores de su pasado, pero era un comienzo.

Cuando salió de la puerta principal de Carrolton Hall, Lettie ya estaba sentada en su carruaje, estaba estable y con un gorro que cubría sus cabellos marrones. A Lettie nunca le habían gustado los tocados; pero, de nuevo, muchas cosas han cambiado en los últimos seis años. Se había ido el montón de rizos que siempre se habían colocado en lo alto de su corona, en su lugar, había un estilo mucho más adecuado para combatir la vida.

—¿Estás lista, mi lady? —Se sentó frente a ella mientras agitaba con la cuerda de su bolso. Ante su asentimiento, Daniel llamó a su cochero para que se fueran.

Tenían un poco de distancia para el viaje, especialmente con el tráfico del mediodía mientras la sociedad se abría paso por la ciudad, compras y viajes a Hyde o Regent's Park, especialmente porque tenía una parada que hacer antes de llegar a la tienda de la modista.

El silencio se extendía entre ellos.

Daniel miró a Lettie.

Lettie mantuvo su mirada en todo menos en él, pero sin darse cuenta de que su carruaje no se dirigía a la tienda de modistas como estaba previsto.

Mientras ella parecía relajada y tranquila, su boca había sido contorsionada en un grito silencioso mientras dormía, antes de que llamara su nombre... no el nombre de su difunto esposo, sino el de Daniel. Luchaba contra sus demonios mientras dormía, él había estado allí con ella. Pero ¿en qué forma?

¿La había salvado?

¿Había sido él la causa de su dolor?

Daniel no lo sabía, ni ella había estado dispuesta a hablar más de eso en el salón.

En ese momento, estaban atrapados en un carruaje, solos, en medio de coches lentos y hombres a caballo, ofreciéndoles un amplio espacio y tiempo para una conversación privada.

—¿Con qué frecuencia vienen las pesadillas, Lettie?

—Cada vez que cierro los ojos, incluso cuando no estoy dormida — confesó, pero no lo miró.

No se había imaginado que la acosaban tan a menudo. Incluso sus terrores nocturnos estaban ausentes pocas noches cuando pasaban tanto tiempo sin descansar, cuando caía en un sueño más profundo que la muerte.

—Cuando estoy despierta, a veces puedo mantenerlos a raya, pero no tengo control sobre mi mente dormida —Se dio la vuelta y notó los círculos oscuros bajo sus ojos.

¿Por qué su fatiga no había sido tan evidente cuando la había recogido de The George?

—¿Y empezaron después de que Gregory falleciera? —Daniel no quería mencionar el nombre del hombre, no quería que el fantasma de su marido muerto invadiera su momento; sin embargo, fue culpa de Gregory que Lettie sufriera tanto. Si nunca lo hubiera conocido, nunca se hubiera enamorado de él, nunca se hubiera casado con ella y la hubiera llevado a zonas devastadas por la guerra, ahora no estaría plagada de horribles pesadillas. Ella no estaría buscando a un hombre que esta enterrado para siempre.

. Y tal vez, Daniel podía haber encontrado su propia felicidad, sin haber caído en desgracia.

Afortunadamente, su carruaje giró hacia St. James y continuó por la calle lo suficientemente amplia como para que pasaran dos carruajes. Fue entonces cuando Lettie se puso rígida y finalmente se dio cuenta de que habían abandonado la calle principal que conducía hacia la popular zona comercial de Bond Street y hacia la calle que albergaba la casa de la familia Linwood, su hogar.

—¿A dónde vamos? —fingió ignorancia, pero sus ojos inmediatamente miraron por la calle y se posaron en la fachada de ladrillo de la casa de Daniel.

—Pensé que disfrutarías unos momentos en un lugar familiar, uno sin la vigilancia de la duquesa —Daniel se quedó en silencio mientras el cochero hacía exactamente lo que le había ordenado, girando hacia el estrecho carril

que llevaría al callejón que bordea la parte trasera de la propiedad de Linwood era un pequeño bosque de ciruelos que impedía la vista de los forasteros, incluidos los criados.

—Sé que es muy impropio, pero pensé que podríamos pasar un poco de tiempo aquí antes de su reunión con la modista.

Se detuvo de recordarle a Lettie el consuelo que había encontrado en los jardines de su familia cuando el despojo de su madre se volvió demasiado difícil de soportar; sin embargo, el ablandamiento de su mirada le dijo que había tomado la decisión correcta.

—Siempre encontraste paz aquí —murmuró Daniel, vigilándola atentamente, preparado para ordenar a su cochero que continuara conduciendo si su destino no le agradaba.

—Y el silencio... —Habló apenas por encima de un susurro, si él no hubiera estado prestándole tanta atención, Daniel se habría perdido sus palabras.

—Es el silencio que más amaba.

—Eres bienvenida en cualquier momento que te convenga —El carruaje se detuvo en el muro de piedra que separa su propiedad del callejón común. Raro, pero vino aquí por razones completamente opuestas. Ella vino por la paz y la soledad, mientras que Daniel vino con la esperanza de encontrar a Lettie y unos breves momentos de conversación ingeniosa, bromas y trepar a los árboles. Se reían, jugaban y disfrutaban el tiempo como un par de adolescente, no como un futuro duque y duquesa con responsabilidades ilimitadas y con el bienestar de otras personas colgando de sus cuellos, pesándolas.

1. Eso es lo que deseas.

Ella se volvió, una expresión de dolor se posó en su rostro, antes de que le diera una pequeña sonrisa.

—Es muy amable de tu parte, Daniel, recordar. —Su boca se movió hacia un ceño fruncido.

—Pero encuentro que la tranquilidad ya no es de mi agrado.

—Luego, treparemos a los árboles y nos moveremos de una rama a otra, como solíamos hacer cuando éramos niños —Daniel abrió la puerta del carruaje y partió, sosteniendo su mano para que ella la tomara.

—¡Vamos, Lettie, subamos a la rama más alta y gritemos tan fuerte como nos atrevamos!

Negó con la cabeza pero su sonrisa volvió, con solo un indicio de la melancolía en la que se había envuelto antes.

—No creo que sea adecuado trepar a los árboles ni gritar, pero me gustaría mucho disfrutar de un paseo por el bosque.

Tomando su mano, bajó del carruaje. Daniel metió su mano en el hueco de su brazo antes de dirigirse a la puerta de madera que conducía a la parte trasera de su propiedad, protegida de la vista de la casa por los ciruelos antiguos.

—De acuerdo, no hay que escalar ni gritar —Colocó una X sobre su pecho mientras caminaban por la puerta y hacia el cubierto follaje de ese lugar especial.

—¿Qué tal un juego de perseguir a la comadreja?

Ella dejó escapar una ligera risa ante los recuerdos del juego que habían inventado durante su infancia.

—Sabes muy bien que siempre fui más rápida que tú.

—Sí, pero me temo que esa falda pesada, pesan mucho más que la falda que usabas hasta los tobillos cuando eras una niña —Él levantó una ceja hacia ella en expresión de desafío.

—No hay forma concebible de que me puedas superar ahora.

—Tal vez no tenga necesidad de superarte. —Su sonrisa se esfumó una vez más, Daniel sintió que ella se alejaba de él otra vez. No estaba seguro de a dónde viajaba su mente, pero había notado que esto ocurrió su primer día en Londres. No había nada que Daniel deseara más que mantenerla aquí, sólidamente con él y no en el pasado.

—Dime, Daniel, ¿qué has estado haciendo desde que me fui de Londres?

Beber demasiado. Pensando muy poco.

Y haciendo un completo desastre de su vida mientras se dedicaba a llenar sus días con personas, actividades y cosas que no habían importado.

Hasta esa fatídica mañana de Navidad.

Pero Daniel no compartiría nada de esa historia con ella. Lettie había visto suficiente, experimentado mucho más de lo que una mujer debería experimentar en su corta vida. Hablaría de los últimos nueve meses. Una época de la que estaba orgulloso.

—He estado aprendiendo administración de bienes de tu padre —confesó.

—Cosas que debería haber aprendido en mi juventud con mi propio padre. Pero, por desgracia, pensé que siempre habría más tiempo, que tendría otro día con él para aprender todo lo que necesitaba.

—Eso es ciertamente algo que entiendo".

Se quedaron en silencio mientras su lento paseo a través de la arboleda los llevaba al borde de los árboles. Si cruzaran unos pocos pasos más, serían visibles desde la terraza trasera de su casa.

Fácilmente, él giró para mirar hacia el callejón y su carruaje.

Daniel no estaba listo para compartir con Lettie, ni volver a su carruaje.

¿Podría detenerse unos minutos más?

—¡Mi cómo han crecido los árboles! —Se detuvo ante un árbol particularmente grueso y alto, miró hacia arriba, protegiéndose los ojos del sol en lo alto.

—Realmente no puedo creer que una vez escalamos estas cosas, sin romperme un hueso o sin un rasguño.

Daniel también notó el tamaño de los árboles. Habían crecido, la fruta caía de sus ramas y los nuevos brotes echaban raíces. A medida que algunos árboles envejecieron y se deterioraron, otros crecieron altos y fuertes para tomar su lugar.

¿Habían envejecido Lettie y él, decayendo con el paso de los años?

Le gustaría pensar que ninguno de ellos estaba peor por el desgaste debido a los años que pasaban, pero más sabios y fuertes de lo que alguna vez fueron.

—¿Has pensado en lo que la vida tiene para ti, Lettie? —Una vez más, pensó que nunca se cansaría de decir su nombre en voz alta.

—Sólo he estado en la ciudad una semana —dijo, reanudando su caminata. Las hojas secas crujieron y se desmoronaron con cada uno de sus pasos.

—Pero confesaré que la idea de regresar a la sociedad es tan desalentador como cuando llegué a casa.

—Hay situaciones en que el tiempo no puede sanar, o que no están destinados a sanar —Daniel no tenía idea de qué lo hizo decir con esas palabras, pero cuando Lettie se acercó, enterrándose en su costado, Daniel sospechó que había dicho lo que ella necesitaba oír.

—Solo podemos vivir un día a la vez y esperar que las cosas que nunca pueden curarse al menos disminuyan.

Lettie suspiró, Daniel sintió que la tensión se desvanecía mientras regresaban por la puerta, hacia el carruaje.

—Gracias por traerme aquí —dijo, mientras él la ayudaba llegar al transporte.

—Eres bienvenida a regresar cuando surja la necesidad —Daniel tomó asiento y llamó al cochero para continuar a Bond Street, aunque cada pulgada

de él gritaba para permanecer en su pequeño y aislado bosque, donde las duras realidades de la vida podían no alcanzarlos.

Capítulo Once

Llegaron a la modista con solo unos momentos de descanso, cuando ella y Daniel entraron por la puerta. Estaba segura de que Daniel no se había dado cuenta del impacto que sus palabras habían tenido en ella, no todas las cosas están destinadas a sanar. Tal vez las heridas de su pasado nunca se curarían. Si no lo hacían, entonces dependía de ella parchearlos y vendarlos lo suficientemente bien como para que el dolor y las heridas visibles no fueran evidentes para los que la rodeaban.

Por primera vez, experimentó la seguridad de tener a Daniel cerca. La sensación de que mientras él estuviera cerca, no podía pasarle nada malo.

Había pasado una larga semana desde su llegada a Londres y no había visto a Daniel después de ese primer día. Le estaba dando tiempo, aunque ella lo apreciaba enormemente, su sensación de soledad era devastadora ya que las pesadillas ya no esperaban a que llegara la noche para atacar.

Maldición, había extrañado a Daniel desde que se había casado con Gregory.

No tenía derecho a desearlo, no tenía derecho a reclamar su tiempo y ciertamente no tenía derecho a pedirle nada a un hombre al que había traicionado. Aunque lo había hecho en nombre del amor, no importaba nada.

—Quédate quieta, mi lady —dijo la modista.

—Sólo unos pocos alfileres más, y habré terminado.

Sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos y se quedó inmóvil cuando la modista deslizó otro alfiler en el vestido preformado que estaba ajustando a su tamaño. El espejo de tres partes atrapó a Lettie desde varios ángulos, y su piel se veía pálida al lado de la muselina de ébano. Había elegido este patrón en lugar del material de calico por la forma suave en que la abrazaba y cubría con gracia el suelo donde uno de los ayudantes de la modista sujetaba el dobladillo.

Lo extravagante de las telas podría ser negociado por materiales para equipar un batallón completo. Lettie ignoró su arrepentimiento, sabiendo que si no seleccionaba al menos media docena de vestidos, su madre probablemente los compraría hechos de sedas y satenes mucho más lujosos.

—Regresaré en un momento —dijo la modista, pidiendo a su ayudante que la siguiera mientras salía de la sala por la parte posterior, atravesando una

cortina que separaba esta habitación de la parte delantera de la tienda.

Lettie volvió a mirar su reflejo: su piel había perdido su coloración bañada por el sol, su cabello estaba volviendo a crecer pero en diferentes direcciones y ángulos, su rostro era más delgado, casi demacrado, de muchas horas de trabajo y no tenía suficiente descanso ni sustento. Era una mera concha de la mujer que había sido durante su temporada de debut. Una risa desde la habitación delantera atrajo la atención de Lettie.

Cuando la modista había salido de la habitación, había empujado la cortina a un lado, dándole a Lettie un vistazo de la parte delantera de la tienda. Daniel estaba sentado donde lo había dejado casi dos horas antes. Su presencia ya no era necesaria, Lettie le había rogado que se fuera y regresara por ella más tarde; sin embargo, él había insistido en quedarse en caso de que necesitara algo.

Había hecho más de lo necesario. Era como si estuviera decidido a continuar lo que había dejado. Bueno, no exactamente donde lo había dejado, ya que eso significaría que ella rompiera su compromiso matrimonial, y él, metido en sus copas, no le importaría estar impregnado con el perfume de otra mujer.

No, este era un hombre diferente al que había dejado seis años antes.

Este Daniel no había aceptado una copa de vino en su primera noche cuando ella regresó. Este Daniel la escuchó. Pensó en lo que la tranquilizaría. Este Daniel era encantador, simpático y atento.

Todas las cosas que él no había sido hace seis años.

Otro cambio, posiblemente el más evidente, fue su comportamiento cauto. Había sospechado que sufría de horribles pesadillas, pero ¿cómo podría un caballero de su nivel saber de esas cosas? Nunca había sido soldado, nunca había hecho trabajos manuales o en el muelle, ciertamente, las dificultades de la clase baja eran desconocidas para él; sin embargo, aún así, había encontrado un entendimiento que Lettie había pensado que había desaparecido hace mucho tiempo, para nunca ser redescubierta.

Ella luchó para procesar su amabilidad. Lo había abandonado poco antes de que se casaran. Había traído vergüenza y desgracia tanto a su familia como a la de ella, había huido de Inglaterra, dejándolo a él para que se encargara del desastre que había creado.

Incluso después de todo eso, se sentó pacientemente en el frente de la tienda la de modista y esperó a que terminara. Se había ofrecido a

acompañarla para evitar que la duquesa seleccionara patrones y telas, no para los gustos de Lettie.

Daniel no le debía nada.

Lettie le *debía* todo.

Levantó la vista del periódico que estaba leyendo y se encontró con su mirada. Le dio una cálida sonrisa, haciéndolo aún más guapo mientras empujaba un mechón de cabello negro de sus ojos. Por un momento, apareció el joven señor que ella recordaba, sin carga por la vida y las circunstancias... y su corazón revoloteaba. Alguna vez, Lettie había esperado casarse con Daniel, formar una familia, pasar la vida juntos.

Ella desvió la mirada, en conflicto por sus emociones que chocaban.

Durante los últimos meses, había estado llorando profundamente por Gregory. Aunque solo había tardado un día en Londres para que sus emociones la traicionaran y para que los pensamientos de Daniel y su pasado se hicieran cargo.

Ciertamente, Daniel era un señor apuesto, pero ella no tenía derecho a fijarse en él. Su corazón no debe revolotear. Su pulso nunca debería acelerarse ante el mero pensamiento de un abrazo. Era la máxima deslealtad para Gregory y el amor que habían compartido.

La modista, con su ayudante volvieron a entrar en la habitación, cerrando la cortina y bloqueándole a Daniel la visión. Las mejillas de Lettie se enrojecieron de vergüenza en ese momento.

—Lady Colette —dijo la modista, moviéndose hacia adelante con un corte de terciopelo fino sobre su brazo, mostrándose con orgullo.

—Esto acaba de llegar ayer. Si bien no es negro ni gris oscuro, creo que sería adecuado en caso de que tenga alguna ocasión para usarlo.

Lettie extendió su mano, tentativamente acariciando el suave terciopelo. El material era tan oscuro que casi parecía negro, pero era azul medianoche. El color estaba más allá de la comprensión de Lettie.

—Es hermoso —suspiró ella.

—Pero, en verdad, no tengo ninguna ocasión para un vestido hecho de un terciopelo tan fino.

—Su madre me dijo que debía preparar al menos un vestido en un tono aparte del negro y el gris. Si disgusto a la duquesa, cerrará la cuenta — Empujó el material más cerca para que Lettie lo inspeccionara.

—Es de la más alta calidad, mi lady.

Lettie echó un vistazo, al terciopelo y a la modista. ¿Cómo explicar, la calidad no fue la causa de su vacilación? Era la indulgencia de la compra de un vestido de dicha características. Los soldados dormían en el suelo con nada más que su abrigo para calentarse. Las mujeres que dedicaban sus vidas a sus esposos y al servicio militar sufrían por falta de comida, calor y refugio. Incluso había ayudado con el nacimiento de un bebé en el campamento antes de viajar a Waterloo. Todas esas personas sufrieron mientras Lettie tomaba decisiones triviales sobre aceptar un vestido de terciopelo o insistir en vestidos hechos de telas menos modernas como el jacquard.

Echó un vistazo a la pequeña pila de muselina que ya había seleccionado para varios vestidos, luego hacia el fino vestido negro que llevaba antes de encontrarse con la modista.

Los ojos de la modista le suplicaban a Lettie que aceptara el terciopelo.

Con un gemido, Lettie asintió.

—Maravilloso, mi lady —dijo la modista, le entregó el terciopelo a la asistente y murmuró algunas órdenes.

—Creo que eso será suficiente. Se han designado patrones y materiales. Haré que me cambien y me entreguen este vestido para esta noche y que el resto dentro en el transcurso de la semana.

—Tómese su tiempo —argumentó Lettie.

—Todavía no necesito estos vestidos, por lo menos durante algún tiempo.

—No es problema —Con una tranquila sonrisa, ella continuó.

—Solo se debe ajustar en la cintura y subir un poco el dobladillo. No debería llevar más de una hora lograrlo.

—Eres muy amable —Lettie miró hacia el espejo. Este era el primer vestido nuevo que había tenido en más de cuatro años.

—Usted hace un buen trabajo.

—Gracias, mi lady —Las mejillas de la mujer enrojecieron por el cumplido.

—Si no hay nada más que necesites, le ayudaré a quitarte este vestido y luego la ayudaré a volver a ponerse su propio vestido.

Los dedos ágiles de la modista desabrocharon rápidamente la parte posterior de su nuevo vestido nuevo, con cuidado de que los alfileres colocados para tomar la cintura no la molestaran.

En pocos momentos, Lettie estaba usando otra vez el vestido en el que había llegado mientras recogía su sombrero y su bolso.

—¿Hay algo más que pueda hacer?"

—Creo que dos bonetes para que coincida con los vestidos. Si no es demasiado problema —La modista fue la primera persona con la que se había encontrado en Londres que no había hecho una mueca al ver sus mechones acortados.

—Nada especial, claro, pero algo hasta que mi cabello vuelva a crecer. Oh, y guantes. Tengo una necesidad desesperada de guantes.

—No hay necesidad de explicar. —La modista le dio una sonrisa y le dio una palmadita en el brazo.

—Enviaré los gorros y guantes con los vestidos.

—Gracias, otra vez —Lettie ató con seguridad el cordón de su gorro debajo de la barbilla y se dirigió a la parte delantera de la tienda donde Daniel aún esperaba.

Cuando entró, él se levantó de un salto y dejó a un lado el periódico que había estado leyendo.

—¿Estás listo para partir?

Varias horas en la tienda de ropa de una mujer probablemente pondrían a cualquier hombre al borde.

—He terminado. —Lettie sacó su único par de guantes de su bolso y se los puso.

—Gracias de nuevo por acompañarme. Habría sido una tarde difícil con mi madre.

—Es un placer, Lady Lettie —Él extendió el brazo.

Con una sonrisa de confianza, Lettie puso su mano en el hueco de su brazo.

La puerta se abrió de golpe antes de que Daniel la alcanzara, un hombre entró, su cabello castaño atrapaba la luz de la tarde. Lettie vio el carruaje de Daniel esperando en el bordillo más allá, de repente, estaba agotada. Podía caminar durante horas con una mochila pesada en la espalda o trabajar tres días seguidos atendiendo a los heridos; sin embargo, unas pocas horas para adaptarse a los nuevos vestidos le habían quitado toda la energía.

—¡Danny Boy! —Gritó el hombre con una risita. El brazo de Daniel se tensó, y se detuvo, pero no hizo ningún movimiento para voltearse y enfrentarse al hombre que había entrado en la tienda.

—No puedo creer lo que veo. ¡Eres tú!

—Lord Gable —dijo Daniel a modo de saludo mientras se giraba para mirar al hombre, soltando el brazo de Lettie y poniéndose delante de ella.

—No sabía que preferías la moda femenina.

Lettie intentó mirar a Daniel, pero él fue demasiado rápido y se desvió para bloquear su vista. ¿Estaba avergonzado de que lo vieran con Lettie en su brazo?

Tal vez no estaba tan lejos la sensación de que él ocultaba algo, lo que había provocado un cambio drástico en él.

—No, no —dijo Gable.

—Sólo estoy recogiendo un vestido para mi amante... una sirena de pelo dorado, Amberlyn. La recuerdas de la casa de juegos, ¿no es así? —Daniel no asintió con la cabeza al hombre.

—Oh, bueno, has estado ausente por varios meses, pero esa mujer será mi muerte, te juro las cosas que puede hacer con sus piernas...

Gable suspiró, sin molestarse en terminar el comentario.

Como si Daniel era capaz de prever exactamente lo que el hombre quiso decir.

Lettie no ignoraba el placer se comparte entre un hombre y una mujer. Aunque hablar públicamente de tales cosas era algo indecoroso. El hecho de que una dama estuviera presente hizo que la declaración de Gable fuera aún más inquietante.

—Ah bueno. ¿Quién está contigo, Danny Boy? —Gable dio un paso alrededor de Daniel y agarró la mano de Lettie, llevándola a sus labios.

Podría haber jurado que Daniel gruñía a su lado.

—¿Y quién podrías ser, la picara diminuta? —Gable ronroneó cuando Lettie retiró su mano de su toque pegajoso, el calor y la humedad se sintieron incluso a través de sus guantes.

—Debes ser la razón por la que Danny no ha ido a divertirse últimamente.

Lettie tragó, mirando de reojo a Daniel.

No sonrió ni se unió a la alegría con Gable, tampoco dio un paso para hacer una presentación adecuada.

—Soy Lady Lettie Hughes, mi lord —dijo Lettie, haciendo una reverencia.

—Pero no creo que sea la causa de que Lord Linwood no haya ido a “divertirse”

—Oh, ¿es cierto? —Gable miró a Lettie y luego a Daniel.

—Bueno, debes aceptar una invitación esta noche. Estoy organizando un juego de cartas y, bueno, *otros* entretenimientos.

Los ojos de Daniel brillaron, finalmente conectándose con Gable.

—Estoy ocupado esta noche”.

Gable observó a Lettie de la cabeza a los pies, con una lujuriosa sonrisa.

—Espero que lo estés; sin embargo, la invitación sigue en pie. Gable mantuvo su mirada fija en ella. Lleva contigo a lady Lettie Hughes, Danny Boy. Pero recuerda, la ropa siempre es opcional en mi casa.

Lettie se quedó sin aliento, pero no tuvo oportunidad de rechazar la insinuación del hombre.

Con un tirón, Daniel abrió la puerta y la sacó de la tienda.

—¡Ella debe ser una olla de placer para mantenerte fuera del infierno de los juegos, Danny Boy!

La risa desenfadada de lord Gable se escuchó cuando el cochero de Daniel la ayudaba a subir al carruaje.

A ritmo rápido Lettie exhaló el aliento de los pulmones cuando casi cayó sobre su asiento.

—Espera aquí, volveré en un momento —Los ojos de Daniel la desafiaron a no moverse ni una pulgada, esa intensidad mantuvo a Lettie congelada en su asiento mientras él giraba y regresaba a la tienda.

Ella se inclinó para ver adentro, pero las cortinas en la ventana delantera lo hacían imposible.

Fiel a su palabra, Daniel salió de la tienda después de solo unos minutos, apartándose del cabello de la cara antes de entrar en el carruaje.

Daniel se sentó frente a ella, con sus labios tensos y sus hombros rígidos.

Las palabras murieron antes de pasarla por sus labios.

—Me disculpo por los comentarios inapropiados de lord Gable —Llamó a su cochero para marcharse y se acomodó para mirar por la ventana mientras regresaban a la casa de su familia.

El hombre no quiso ofrecer ninguna explicación por el escandaloso encuentro.

El temperamento de Lettie se encendió al rojo vivo.

—¿Ese hombre pensó que yo era tu? ... —la palabra se atascó en su garganta, pero la empujó, necesitando una respuesta,

—tu amante? ¿Una querida? —Su voz se elevó con cada palabra hasta que su pregunta final fue poco más que un chillido estridente.

—¿Tu cortesana?

Su furia solo aumentó cuando permaneció en silencio, dándole ni siquiera la satisfacción de una falsa explicación.

—¿Pensaste que porque soy una viuda, caería en tu cama sin el beneficio de una futura promesa?

—¿Es por eso que has sido tan amable conmigo, llevándome a un lugar que preferí en el pasado, incluso después de todo lo que te hice cuando me casé con Gregory?

Eso finalmente capturó su atención.

—Dije que nunca te forzaría a ningún acuerdo, compromiso matrimonial o de alguna otra cosa.

—¿Pero esperabas que cayera voluntariamente como tu amante, como la triste, patética y envejecida viuda que soy?

Sus ojos ardían tan calientes como su temperamento.

—Por supuesto que no. No seas obtusa, Lettie.

Ella se inclinó hacia adelante, colocando sus brazos sobre su pecho.

—Nunca en mis veintiséis años he sido obtusa, excepto en este momento, sin darme cuenta de las falsas maneras en que has tenido y que tan bajo realmente has caído. Tú no eres el chico con el que crecí.

—Tienes razón, mi lady, no soy un niño. No lo he sido durante muchos años —dijo entre dientes, igualando su postura y acercando sus caras tan cerca de sus narices que casi se tocaban.

—Y mi vida personal no es de su incumbencia. Especialmente los años siguientes a su partida de Londres y su matrimonio con otro. No te atrevas a arrojar piedras a mis decisiones.

Él era un sinvergüenza. Un bribón. Su benevolencia lo fingía para propio beneficio. Ella sacudió su cabeza en incredulidad.

—Me creíste tan baja, que sin un centavo, sin hogar, y sin una posesión a mi nombre, ¿podrías llevarme fácilmente a tu cama? ¿Resignada a un futuro con diferentes hombres hasta que mi belleza se derrumbara?

Su silencio era condenatorio.

Y aplastó a la pequeña Lettie que había podido recomponer de su vida antes de la guerra. Había pensado que ver a hombres desconocidos morir en un campo cubierto de sangre y armamento era difícil. Había asumido que atender a los heridos y cuidar a los desfigurados permanentemente era un destino que ninguna persona debería tener que presenciar. Había presumido erróneamente que sus pesadillas finalmente la llevarían a un nivel tan bajo que no podría salir.

Sin embargo, esta traición era peor que cualquier otra situación a la que había sido sometida hasta ahora.

La humanidad era mucho más cruel e indiferente de lo que jamás había sospechado. Era de esperarse en el campo de batalla y lo que venía con él,

pero ¿cómo iba a conocer a su enemigo cuando llevaban el disfraz de un viejo y querido amigo?

El carruaje se detuvo en su camino, y el cochero saltó de su puesto y abrió la puerta. Extendió la mano para ayudarla a bajar, pero Lettie se detuvo.

Mirando directamente a Daniel, sus fríos ojos, su amigo de toda la vida, le imploraba en silencio que le diera una respuesta que no fuera la que ella había concluido. Necesitaba discutir sobre sus acusaciones. Que le dijera que estaba equivocada y que ofreciera algún tipo de conocimiento sobre el motivo de su confrontación con Gable, y por qué la había sacado a Lettie de la tienda como si el diablo estuviera pisándole los talones.

En cambio, permaneció en silencio, dirigiendo su penetrante mirada hacia la calle.

Tal como lo había hecho todos esos años.

Lettie agarró su bolso y tomó la mano ofrecida por el cochero y salió del carruaje.

She nodded in thanks before lifting her chin and walking to her door. She would not run. She would not allow her sob to escape. She would not show him how deeply his silence wounded her.

Asintió en agradecimiento antes de levantar su barbilla y caminar hacia su puerta. No correría. No permitiría que un sollozo se escapara. No le mostraría cuán profundamente la hirió con su silencio.

Daniel, en esencia, señaló una vez más que no valía la pena su tiempo y esfuerzo.

Capítulo Doce

Lettie se llevó las manos a los oídos en un intento de bloquear el aluvión de golpes y ruidos que los hombres que trabajaban en algún lugar profundo de la casa provocaban. El ruido la había despertado de un sueño inestable e hizo que se levantara y se vistiera.

Los sonidos hicieron eco en toda la casa, rebotando en las paredes e hicieron vibrar los cristales de las ventanas. Los hombres parecían estar trabajando en el segundo piso, ya que el sonido aumentó a medida que se dirigía al estudio de su padre, situado en la planta baja y con vistas a los jardines traseros. El ruido estaba directamente sobre su cabeza cuando se detuvo ante una puerta ligeramente abierta, incluso sobre los ruidosos trabajadores de arriba, Lettie podía escuchar a su madre y su padre hablar ... junto con otra voz familiar.

Daniel.

La había llamado obtusa, sin embargo, parecía ser él quien no entendía que sus constantes visitas a la casa no eran deseada. Había ido casi todos los días desde su regreso, aunque siempre lo evitó desde su discusión después de la cita en la tienda de la modista.

Lettie se acercó, tratando de discernir de qué hablaban sobre la conmoción de arriba; solo un revoltijo de palabras fue lo que recibió y el sonido de un saludo.

—Usted debe insistir, su gracia —exigió su madre.

—La dote será suya —respondió su padre.

—Le he prometido a lady Colette que no ...-La voz de Daniel era inaudible, el ruido de los trabajadores cortaban su respuesta.

Pero ella había escuchado lo suficiente como para saber que hablaban de ella. Su futuro Su vida. Todo lo que debería ser su decisión.

Lo discutieron a puerta cerrada como si Lettie no tuviera nada que decir al respecto.

Tal vez no debería tener ninguna opinión sobre su futuro. Apenas podía mantener su presente a su alcance, ya que el pasado siempre amenazaba con hacerse cargo; como lo hacía ahora. Un martilleo sonó por encima de las escaleras, sacándola de Carrolton House y colocándola de vuelta en el campamento. El ruido de los soldados derribando su campamento mientras se

preparaban para abandonar la península y viajar a su siguiente asignación de batalla sonó cuando el martillo continuó arriba. Lettie recordó apresuradamente empacar todos sus suministros médicos (tener que dejar atrás una buena parte de lo que había logrado reunir en debido al apuro) y el sonido de hombres heridos que fueron sacados de los catres y colocados en el suelo duro y frío. Tendrían que moverse con sus pies o se quedarían atrás.

Lettie se apoyó contra la pared fuera del estudio, sus piernas temblaban debajo de ella mientras revivía ese día. Los sonidos de los cañones y el fuego de mosquetes estaban ausentes. Su líder de regimiento gritaba órdenes sin parar. Lettie había llevado las pertenencias de ella y de Gregory, permitiéndole ayudar a un soldado herido.

El mero recuerdo de ese día llenó de letargo a Lettie: un profundo dolor en sus huesos, un agotamiento aplastante. A su espalda, la pared vibraba por el continuo trabajo, presionó sus manos contra sus oídos una vez más para ahogar el ruido mientras cerraba los ojos, rogándose a sí misma regresar al presente.

—¿Lady Lettie? —La mano de Daniel se posó en su hombro, ella se apartó.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. De hecho, no podría ser mejor —Lettie barajó las vacilantes piernas para alejarse de él. No se había encontrado cara a cara con él desde su altercado, en ese momento, su cabeza golpeaba y giraba demasiado como para ubicar una adecuada respuesta.

—Estoy aquí para hablar con mis padres, pero puedo regresar a mi habitación hasta que su reunión termine.

Se guardó un sobre en el bolsillo de la chaqueta antes de continuar; Lettie ansiaba preguntar qué negocio estaba atendiendo, además de usurpar su futuro. Sin embargo, dudaba en admitir que había estado escuchando a escondidas su conversación.

—¿Puedo llamarte más tarde para un paseo en Hyde Park? —Su expresión permaneció en blanco, pero Lettie notó la chispa en sus ojos y sus hombros tensos.

—O posiblemente en la mañana, ¿si eso es para ti mejor?

Había visto esto antes. Daniel tenía la esperanza de que aceptara su oferta y dejara atrás lo ocurrido; Pero eso no pudo ser. Había algo más que deseaba saber y muchas cosas que ella no entendía.

—Debo declinar, gracias —murmuró Lettie, mirando hacia la puerta abierta del estudio de su padre.

—Mis vestidos aún no han sido entregados, y mi madre probablemente perecería si dejara la casa con este desorden.

Era una mentira. La modista había enviado su vestuario a la casa Carrolton, así como las piezas que la completaban. Simplemente no estaba preparada para otra tarde en compañía de Daniel; en ese momento era como si no hubiera pasado el tiempo, como si nunca se hubiera casado con otro, como si Daniel no hubiera sido herido por sus acciones. Mientras que él estaba claramente ocultando algo sobre ella. Lettie no podía organizar su pensamiento lo suficiente como para comprender qué era.

—Sin embargo, gracias por tu amable oferta —Lettie bajó los ojos y se hundió en una reverencia.

—Me reuniré con mis padres ahora.

Lo habían despedido, y lo sabía.

—Tengan una tarde agradable, mi lady. Envíe un mensaje por si necesita algo.

—Por supuesto.

Con una corta reverencia, giró y caminó por el pasillo hacia el vestíbulo. Los golpes y golpes en la parte superior ahogaron sus pasos antes de que se perdiera de vista.

Lettie se dirigió al estudio de su padre y entró en la habitación.

—Buenos días, madre, padre- lo dijo ruidosamente mientras echaba los hombros hacia atrás con fingida confianza.

—¿Qué demonios es toda la conmoción?

—Oh, buen día, querida —dijo su padre a modo de saludo, pero no se paró detrás de su escritorio.

—Te ves bien descansada —Era una mentira, pero Lettie dejó pasar el comentario sin prestar atención.

—En cuanto a lo que está sucediendo arriba, tu madre ha decidido que mi biblioteca no necesita tantos ... ah, libros o estanterías.

¿Una biblioteca con demasiados libros? Nunca había oído hablar de algo tan ridículo.

Lettie se sentó frente a su madre en el salón.

—Sí, la habitación esta oscura y llena de gente, además, tu padre no mira ninguna de esas cosas viejas de todos modos. Es solo otra habitación invadida por el polvo —La duquesa negó con la cabeza, como si alguna vez en su vida hubiera ordenado una habitación o conocido el trabajo necesario para mantener una casa.

—¿"Té, Colette?

Ese nombre otra vez. Debe ser un momento crítico en la que se dirigió a Lettie por su nombre de pila.

—Gracias Madre.

—Me llamó la atención que no hayas salido de casa desde tu cita con la modista —reflexionó su madre, entregándole una taza a Lettie.

—Eso es correcto —Ella culpaba a su vestimenta inadecuada hasta ahora, pero los vestidos habían llegado e incluso las mujeres en duelo no se quedaban aisladas durante todo el año.

—Me temo que todavía no estoy listo para salir en público.

—Pero mi hija —La cabeza del conde se levantó de las páginas que había estado inspeccionando detrás de su escritorio. Lettie no pensaba que él no había prestado atención a la conversación que lo rodeaba.

—El aire fresco te hará bien".

Lettie había tenido aire fresco, de hecho, había tenido suficiente aire fresco para toda su vida cuando viajaba a casa desde Waterloo; no había ayudado a aclarar su mente ni a aliviar el dolor que seguía enterrándose profundamente en su interior. .

Sin embargo, antes de casarse con Gregory, había sido la hija querida de su padre. Tal vez, algún día, lo haría sentirse orgulloso una vez más.

—Voy a dar una vuelta a los jardines hoy. Lo prometo. Tomó un sorbo de té. Su delicada taza chocó contra el platillo cuando sus manos temblaron.

Colocando la taza pintada a mano en la mesa, Lettie entrelazó los dedos para detener el escalofrío.

La frente de la duquesa se alzó, obviamente notando la inquietud de Lettie.

—Creo que ella necesita más que aire fresco, necesita un esposo —Su madre tomó un sorbo de su taza de té, sus manos nunca vacilaron.

—Creo que ya es hora de que ponga todas esas tonterías de la guerra, olvíde todo y mira hacia el futuro.

—Madre, no creo ...

—Eso es justo, niña, es el problema —La duquesa negó con la cabeza con pesar.

—Pero piensas demasiado... Y no es bueno para el alma, te digo.

—Lo que no es bueno para mi alma es tratar de olvidar el pasado, actuar como si no hubiera sucedido —Lettie frunció el ceño. Rara vez había confrontado a su madre, excepto el día en que ella y Lord Linwood habían roto su compromiso matrimonial.

—Estuve casada ... durante seis años. Vi muchas cosas espantosas durante la guerra, tuve soldados muriendo en mis manos. Esa mancha, esa carga, nunca libera a una persona. Nunca disminuye. Me persigue, día y noche .

Miró a su padre, al ver que una chispa de comprensión la llenaba solo para diferenciarse con respecto a su madre.

Esto fue todo lo que hizo su madre.

—Puedo ver el cambio en ti, hija mía, pero nosotros, tu madre y yo ... y Lord Linwood, no sabemos cómo podemos ayudarte —Estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo, aunque podemos perdernos a menudo. Se levantó y se sentó a su lado, colocando su brazo alrededor de sus hombros. Inmediatamente, Lettie volvió a ser una niña, envuelta en el abrazo protector de su padre.

Él la ayudaría. La entendería. Tenía que.

—Ahora, apresúrate a tu habitación y ponte un vestido nuevo y bonito ... te sentirás mucho mejor con un vestido elegante. Cenaremos en breve. Se apartó de ella y le dio una palmadita en la mano, al mismo tiempo que crecía un pozo en su estómago.

Su padre no comprendía. Él la estaba pacificando, diciéndole lo que deseaba escuchar, y todo el tiempo esperando que volviera a caer en sus viejas y juveniles formas.

Lettie se puso de pie.

—Estás en lo correcto; Creo que es mejor que me retire antes de la comida.

—Sí, y póngase uno de los vestidos que llegaron hoy —Su madre tomó la costura que había pasado inadvertida a su lado.

—Me cansas verte vestida con harapos

—Por supuesto, madre —Lettie asintió y rápidamente huyó de la habitación. En algún momento, los hombres habían dejado de trabajar, pero la cabeza de Lettie todavía le dolía.

—Barclay, creo que nuestra decisión de seguirle la corriente fue muy sensata —Las últimas palabras de su madre la persiguieron por el pasillo.

Capítulo Trece

Daniel tomó su asiento detrás de su enorme escritorio de caoba cuando su abogado cerró la puerta al partir. Echó un rápido vistazo al aparador lleno de botellas y luego vió el vaso que estaba en el borde más alejado de su escritorio, sin ser tocado por su hombre de negocios. Tal vez sólo un sorbo.

Su cuerpo había estado rígido por la aprensión desde que se devolvió a la tienda de la modista para enfrentarse a Gable.

Daniel le exigió a Phineas que redactara una nota lo suficientemente grande para la familia de Charlie para que la madre y las hermanas del niño nunca volvieran a tener hambre. Para su sorpresa, los fondos con una carta adjunta, habían llegado a la oficina del abogado de Daniel esa misma mañana.

Era algo de lo que Daniel debería haberse ocupado de inmediato, en lugar de actuar como si nunca hubiera sucedido.

Pero ahora que el negocio había sido manejado, estaba otra vez sin algo que ocupara su mente.

Habían pasado dos días desde que había tropezado con Lettie afuera de la puerta del estudio de su padre después de que sus padres habían dejado en claro que debía perseguir a su hija con mayor energía. Él quería perseguirla, aunque no por la insistencia de lord y lady Percival.

Cuando, decidió dar a conocer sus intenciones hacia Lettie, sería porque era decisión propia, no debido a la presión de los demás.

Por la nefasta expresión que había sostenido el otro día, sabía con certeza que no estaba lista. No estaba lista para olvidar el pasado, no estaba lista para mezclarse en la sociedad y no estaba lista para creer que había esperanza para su futuro.

Daniel estaba decidido a darle exactamente eso ... esperanza.

Sacó la invitación del cajón a su izquierda. No necesitaba abrirlo para saber lo que decía. El tiempo que pasó estudiando la nota, leyendo la ordenada y controlada escritura de Lady Percival, le dijo a Daniel todo lo que necesitaba saber: si Lettie estaba decidida a negar a sus padres lo que buscaban, invitarían a quienes quisieran de Carrolton House y toda la sociedad, sin importar el alboroto que ella haga.

Usted está cordialmente invitado a asistir a una cena en Carrolton House para dar la bienvenida a Lady Colette a casa.

Guardando la carta en el cajón, Daniel se frotó la cara con las manos y se recostó en la silla.

¿Quién más había sido invitado?

Con toda seguridad, invitaron a otros posibles prospectos, a otros a luchar por su mano, si Daniel no se alineaba y capturaba el aviso de Lettie a tiempo. El simple hecho era que Lettie se merecía a un hombre mucho más noble que él, Daniel comprendía el rechazo de ella. La había dejado ir todos esos años por la misma razón: se merecía a un hombre que la amara por encima de todo.

En ese momento, Daniel solo se había preocupado por sí mismo y por lo que le gustaba. Lo que lo había sacado de la bruma negra de la desesperación en la que había caído después de la muerte de su padre. Lettie y su noviazgo no habían sido suficientes para sacarlo de las oscuras profundidades de la tristeza, o tal vez lo había hecho y era él quien no se había dado la oportunidad de intentarlo. En cualquier caso, ella se merecía un hombre devoto, un caballero que se despertara cada mañana para complacerla, cuidarla y protegerla.

Damn it all, but he was that man.

Maldita sea, pero él era ese hombre.

¿Habían avisado a Lettie? Daniel lo dudaba mucho, habría acabado con la farsa mucho antes de que se enviaran las invitaciones.

Si no pudiera convencer a lord y lady Percival de que detuvieran la comida, entonces estaría allí para proteger a Lettie. No importaba lo que dijera o lo enojada que estuviera con él, se lo debía. Ella lo necesitaba, Daniel no la decepcionaría de nuevo.

Entonces, ella puede estar evitándolo, diciéndole que no lo querían, pero él sabía de otra forma.

Un día, se daría cuenta de esto, él estaría allí a su lado, demostrando que había cambiado. Él no era el hombre que lo acusaba de ser. Nunca negaría sus defectos y fallas, pero ese no era el hombre que era ahora.

It had taken years of bitterness and hurt to realize that while it had pained him to let her go, it was only in doing so that she'd become the woman she was today.

Le había llevado años de amargura y dolor al darse cuenta de que, si bien le había dolido dejarla ir, era solo para que se convirtiera en la mujer que era

hoy. Demonios, estaba orgulloso de ella y de sí mismo por sacrificar su felicidad.

Lettie había cambiado, también lo había hecho Daniel. Era más sabio, ahora sabía lo que realmente lo haría feliz, aunque no en sus muchos sueños se hubiera imaginado que Lettie volvería a Inglaterra... y él.

Apartó su silla y se puso de pie.

Había llegado el momento de prepararse, si él había aprendido algo sobre Lettie, no era alguien que le gustase esperar.

###

Daniel se detuvo afuera de la sala cuando otro momento de duda lo superó. No debería haber venido. Hubiera sido prudente que enviara su pesar a Lord y Lady Percival; sin embargo, Daniel no estaba dispuesto a dejar que Lettie se enfrentara a un salón lleno de personas sin un aliado a su lado.

Maldición. Debería haber sido honesto con ella hace días. Era por él que habían peleado. Honestamente, no podía, con razón, con buena conciencia, culpar a todo lo que había sucedido a Lord Gable.

Daniel era quien era. El hecho de haber trabajado arduamente para acabar con sus malos hábitos, desterrar sus tendencias de sirvergüenza que se habían convertido en casi una segunda naturaleza durante los largos años de soledad, debería ganarle alguna recompensa. Un premio de indulgencia como mínimo.

Lettie no tenía idea de hasta qué punto había caído en el libertinaje. Aunque, en la actualidad, sospechaba que ella estaba asumiendo.

Y no podía tener miedo de enfrentarla de frente y explicar su pasado sin excusas ni racionalizaciones. Ella merecía honestidad, mientras que Daniel merecía su desprecio. Su breve tiempo caminando entre el bosque de ciruelos solo reforzó su inocencia en todo y su culpabilidad.

Una burbuja de risa femenina flotó desde la habitación más allá de la puerta cerrada, aunque la risa leve de Lettie desapareció.

Respiró hondo, se arregló el cuello y se dio unas palmaditas en el cabello.

—Estoy listo.

—Muy bien, su gracia —el mayordomo abrió la puerta con un gesto elegante, revelando una habitación abarrotada de mujeres a las que evitaba, y hombres que habían envejecido como nunca antes.

—Damas y caballeros, les presento al duque de Linwood.

Daniel vio de inmediato a Lettie, vestida con un vestido negro, el único adorno, terciopelo recortado a lo largo del dobladillo y el escote, que llegaba hasta la barbilla. Parecía en cada centímetro la viuda que era. Por la manera en que las mujeres se reunían alrededor de ella hablando y riendo, él fue el único en darse cuenta.

Era impresionante y cautivadora al mismo tiempo. Su sudario de luto escondía más que el dolor de su pasado, pero le daba un aire de misterio a su persona.

La duquesa se había decidido por la gran idea de organizar esta fiesta con la esperanza de que Lettie abrazaría su antigua vida en la ciudad, se volvería a conectar con sus queridos amigos y, finalmente, eliminaría su atuendo de luto antes de que terminara la temporada. Fue una táctica arriesgada por su parte, y sin duda, Lettie vería claramente tal situación. Daniel estaba más que dispuesto a interpretar a su acompañante esa noche y dirigir la conversación en una dirección que no le causaría ningún dolor.

Lettie puede no quererlo allí, pero lo necesitaba muchísimo. O tal vez solo se engañó a sí mismo y era él quien la necesitaba.

—Buenas noches —dijo Daniel, asintiendo con la cabeza a varios hombres que había conocido en ocasiones antes de acercarse al lado de Lettie. Sus invitados estaban ocupados, por completo, ella no le ofreció ningún saludo. Él contaría con la bendición de que no lo echaría de la habitación.

—Lady Lettie. Gracias por invitarme esta noche.

Ella no refutó su insinuación de que había sido su idea invitarlo, sino que se propuso ser una aceptable anfitriona.

—Puedo presentarles a Lady Buttomcoup, Lady Alsoup y Lady Haunton. Todos asistimos a nuestra primera temporada.

—Ningún caballero podría olvidar el año en que a Londres se le presentó el mejor grupo de debutantes para adornar los salones de baile —Daniel se inclinó cuando las mujeres aumentaron la admiración ante su extravagante saludo.

—¡Oye, oye, Linwood! —Los hombres, agrupados por el aparador, lo llamaron, mientras levantaba sus lentes en saludo a sus esposas

—¿Qué tendrás, su gracia? —Lord Alsoup hizo un gesto hacia el gran despliegue de decantadores en el aparador y movió las cejas como si no fueran nada más que un grupo de caballeros de la Universidad que mordisqueaban uno de los preciados gabinetes de licores de su padre. .

Daniel lo despidió sacudiendo la cabeza. Necesitaba mantener la inteligencia sobre él si iba a ayudar a Lettie a superar la noche.

—Es un placer volver a verlos a todos —dijo a la reunión en general.

Las mujeres se rieron una vez más, Lettie se estremeció cuando regresaron a su conversación. A saber, vestidos de algodón pintado e importado de la India, Lady Buttoncoup insistió en que habían pasado de moda veinte años antes, mientras que Lady Haunton no estaba de acuerdo. A Lettie se le pidió que hiciera su edicto mundano al respecto.

Se frotó la frente. Las mujeres pensaron que reflexionaba sobre el tema, mientras que Daniel sospechaba que Lettie había desarrollado un dolor de cabeza y ciertamente necesitaba una bebida, mucho más que él.

Inclinándose cerca, susurró:

—¿Puedo ofrecerle una bebida, mi lady?

Su espalda se puso rígida, pero asintió con la cabeza, aún evitando el contacto visual con él.

Todavía tenía que perdonarlo.

Una botella de jerez estaba en el aparador, Daniel rápidamente le sirvió una buena porción. Si no le ayudaba a aliviar su dolor de cabeza, al menos ahogaría la incesante presión.

—¿Qué has estado haciendo, Linwood? —Preguntó el conde de Haunton.

—No te hemos visto mucho en White o Tattersall. Pensé que habías huido del país por alguna cosa escandalosa .

Daniel solo conocía al trío de hombres, normalmente se mantenían cerca, probablemente porque sus esposas eran amigas.

—No, no —dijo Daniel con una risa pretenciosa.

—No me gustaría dejar las delicias de Londres, especialmente durante la temporada social.

Los hombres compartieron una mirada de complicidad. Lo que pensaron que sabían no era aparente para Daniel.

—Ahora que Lady Lettie está de vuelta en Londres, esperamos verte más a menudo —Fue Buttoncoup quien habló, acariciando su panza redondeada mientras lo hacía. Apareció una caricatura de ese trajo de chismes de mal gusto que la duquesa de Essex siempre mantenía tirada.

Exactamente con qué frecuencia esperaban verlo era incierto; sin embargo, dado que solo había hablado con el hombre en dos ocasiones, que podía recordar, no le preocupaba que le exigieran gran parte de su tiempo.

—Por supuesto —Él inclinó la cabeza en dirección a Lettie.

—Si me disculpan, debo llevarle a la dama su jerez.

—Por supuesto, por supuesto —Alsoup lo despidió.

—Todos sabemos cómo se ponen las mujeres si su bebida no se lleva con la prisa debida —intervino Haunton.

—Sería horrible irritar a Lady Lettie tan pronto —bromeó Buttoncoup.

Los tres hombres encontraron sus comentarios altamente divertidos, ya que todos se rieron al unísono.

Parecía que una manada de hombres era tan desalentadora y molesta como una bandada de mujeres.

Se preguntó si estarían sorprendidos o impresionados al saber que ya se había enfadado.

Con una sonrisa de complicidad para los hombres, se movió de nuevo hacia Lettie. Sus manos estaban apretadas en su regazo, los nudillos blancos de escurrir su pañuelo. Parecía que las otras mujeres estaban ajenas a su incomodidad, ninguna de las tres notaba su malestar.

—Lettie —dijo Lady Buttoncoup.

—Sin duda debes hablar con tus padres y pedir que nos acompañe a Bath. Hacemos el viaje cada año. A los niños les encantan los baños calientes. Y, por supuesto, disfrutamos de varias semanas juntos.

El trío asintió al unísono, como lo habían hecho sus maridos, pareciéndose mucho a un grupo de palomas que caminaban por Hyde Park en busca de restos de comida.

Lettie palideció ante la mención de los niños.

—No es que aún no sepas la emoción de viajar —exclamó Lady Haunton, extendiendo la mano para tocar las manos apretadas de Lettie.

—Tu madre nos dijo que tu difunto esposo y tú viajaron mucho durante tu matrimonio.

—Ummm ...-Lettie permitió un atisbo de sonrisa ante la mención de Gregory.

—Sí, aunque no diría que fue emocionante de ninguna manera. Viajábamos con un grupo de soldados.

—¿Y Francia? —Lady Alsoup soltó un chorro lo suficientemente fuerte como para que su esposo la escuchara.

—He querido visitar París en algún momento.

—Devine —Lord Alsoup la llamó desde el aparador.

—Tan pronto como los niños tengan la edad suficiente para ese tipo de viaje, iremos.

—Usted realmente debe instruirme en todos los mejores lugares para visitar cuando esté allí —la señora hizo un puchero.

—Aunque pueden pasar años antes de que Lord Alsoup me lleve.

—Me temo que seré de poca ayuda, Devine —suspiró Lettie.

—Mis viajes no fueron por placer. Era mi deber cocinar, remendar la ropa y atender a los heridos. Ahora, si uno de los niños se cae y se lesiona el brazo, puedo establecer y atar una extremidad rota, así como cualquier médico.

Fue el intento de Lettie de enderezar a las mujeres, pero también de bromear para que nadie se ofendiera.

Las tres mujeres hicieron una pausa lo suficientemente larga como para evaluar si Lettie bromeaba o no.

Cuando una risa vacilante rompió el silencio, Daniel supuso que realmente creían que su viaje con los soldados británicos para luchar contra las tropas de Napoleón no era más que una excursión a las zonas salvajes de Northumberland.

Los hombros de Lettie se tensaron mientras las mujeres continuaban riéndose.

Daniel la observó mientras miraba hacia la puerta, su única salida. Estaba cerca de huir. Podía verlo en la forma en que sus hombros habían pasado de tensarse a hundirse en ella.

—Solo espera hasta que se corra la voz de que estás de regreso en Londres, ¡y listo para hacer una pareja perfecta! —Lady Alsoup aplaudió con entusiasmo.

—Será tan grande como nuestra primera temporada.

¿Grande como su primera temporada? Daniel apenas había logrado pasar la primera temporada con Lettie. Había sido perseguida por todos los señores disponibles y muchos que no lo estaban. Él permanecía en las sombras mientras ella ocupaba el centro de atención, pero al final de cada noche, ella se iba en su brazo.

¿Serían las cosas diferentes si ella volviera a entrar en la sociedad?

Afortunadamente, el mayordomo regresó a la habitación en ese momento.

—La cena será servida ahora. Lord y Lady Percival los encontrarán a todos en el comedor. Por aquí por favor.

Buttomcoup, Alsoup y Haunton se movieron para ayudar a sus esposas a levantarse y ofrecieron sus brazos, siguiendo al mayordomo, dejando a Daniel y Lettie solos.

Él le ofreció el brazo y ella se quedó de pie, apoyando la mano en su codo.

—Lo siento por lo que pasó en la modista —No fue más que un suspiro. Él nunca había sido experto en disculparse por sus acciones, aunque, sin duda, le debía más explicaciones. Reconocer sus defectos después de todos estos años y perderla por segunda vez sería más perjudicial que la primera vez.

Su barbilla se hizo hacia arriba.

—¿Sabías sobre esto?

Si él admitiera que lo hizo, estaría furiosa, pero mentir tampoco era una opción. Su tiempo juntos había sido lo suficientemente rocoso sin que él la enojara aún más con el engaño.

—Recibí una invitación el día que te vi fuera del estudio de tu padre. Con una nota de la duquesa. Sé que estás enojada conmigo.

—Entonces, ¿por qué viniste? —Ella se volvió acusadora.

—Toda esta reunión es una farsa. No soy la mujer que era hace seis años. Nunca volveré a ser esa mujer. He visto demasiado, experimentado más de lo que cualquier mujer debería. Invitar a mi pasado a enfrentarme, exhibir su felicidad y alegría, no harán más que alejarme más de ellos y de mis padres.

Lady Haunton volvió a meter la cabeza en la habitación.

—¿Vienes, Lettie?

—Sí. Estaré allí en un momento. Necesito refrescarme un poco.—Se volvió hacia Daniel después de que lady Haunton había desaparecido.

—Ve y únete a los demás. Necesito un momento a solas si no te importa.

Él comenzó a discutir, para decirle que esperaría por ella hasta que estuviera lista para unirse a todos, pero levantó un dedo, silenciando cualquier protesta.

—Por favor —su voz se quebró y las lágrimas brillaron en sus ojos.

No quería que la viera llorar. Eso era algo que Daniel entendía bien.

—Muy bien, pero si no llegas, vendré a buscarte, advirtió

Capítulo Catorce

Lettie solo exhaló al cerrar la puerta de su recámara, bloqueando la risa y las conversaciones que flotaban desde abajo. Todos estaban pasando un momento maravilloso y completamente inconscientes de que su corazón latía salvajemente. Algo estaba mal con ella, algo que había ocurrido desde que fue testigo de todo lo que ocurría en el campo de batalla. Nunca sería como era antes. Ya no estaba dentro de su capacidad disfrutar de una reunión o sentarse a comer con otros.

Cada mención de la familia, niños, el hogar, la normalidad, provocó una respuesta dentro de ella que no pudo controlar. Sus pulmones se congelaron, su corazón palpité erráticamente y las palabras le fallaron. Después de años de pedernales, mosquetes, cañones que resonaban a corta distancia, hombres gritando órdenes fuera de su tienda médica, gritos de agonía cuando los soldados ocupaban todo el espacio, la charla absurda y coqueta de las mujeres ciertamente no debería hacerla entrar en pánico. Pero lo hacía. Lettie temía que fuera su nueva realidad.

Y con cada día que pasaba, su mente se volvía más y más confusa, las piezas de su desconcertada mente estaban destinadas a no encajar nunca.

La alta sociedad no era lugar para ella. Su disposición y estado de ánimo eran demasiado impredecibles. Estaba condenada a avergonzarse a su familia y deshonorarse a sí misma.

Una vela solitaria estaba encendida sobre su lavabo, no quería ir su cama esa noche, su cama incolume con sábanas blancas puestas a través de su colcha de ojal rosa.

Había pasado años rodeada de: soldados, cañones, rondas de mosquetes y ruedas de carretas.

Los años habían pasado sin un solo momento de silencio.

Ahora, parecía que el único lugar donde podía estar tranquila era un lugar libre de otras personas.

Silencio ensordecedor.

No creía que pudiera volver a disfrutar de una habitación tranquila y silenciosa; sin embargo, tampoco se deleitaba en un salón lleno de charlas inútiles: moda, viajes y luego habla de la familia y los niños. Todas las cosas de las que nunca sería capaz de tener.

Pero el silencio y el aislamiento no detuvieron la agitación de su mente. Las noches interminables reviviendo los últimos momentos de Gregory. Incluso su viaje a través de los cielos con Daniel hace varios días solo le había dado un respiro momentáneo, un atisbo de paz.

Fue demasiado. Preferiría pasar días interminables atendiendo a soldados valientes y heridos que a una hora rodeada por personas de alta sociedad. No había más nada que dolor, pérdida y carnicería durante su tiempo lejos de Londres. Aunque al menos con las manos ocupadas, su mente no vagaba por cosas de las que no podía hablar con nadie que no haya presenciado los horrores de primera mano. Ellos no entenderían.

Su tiempo en el salón con las mujeres había demostrado esto.

Una vez había considerado a las damas como sus amigas más cercanas, pero los años y las circunstancias habían creado un muro sólido entre ellas.

Su única salvación era Daniel, a pesar que la irritaba.

Un momento, él era el hombre que deseaba que fuera durante su compromiso matrimonial; al momento siguiente, se retiró detrás de una pared que ella no pudo trepar.

Los días habían pasado, pero seguía enfadada con él. Molesta, obviamente le ocultó algo. Pero él había sido testigo de sus defectos, escuchó todos sus cuentos de guerra, la había despertado de una de sus peores pesadillas. Incluso con todo eso, no la abandonó para atender a las mujeres que habían llegado sin acompañante. Incluso se había asegurado de que supiera que él todavía iba por Carrolton House, aunque le había pedido que se mantuviera alejado.

Ella se había abierto a él, pero él no la valoraba lo suficiente como para hacer lo mismo.

Todo sobre él estaba en conflicto. Lo conocía bien, pero al mismo tiempo sospechaba que no sabía nada de nada.

Se sintió tentada a confesar el daño irreparable causado por la guerra a todos asistentes a la reunión. El inmenso aislamiento que había sentido durante los últimos seis años, aunque Gregory trató de estar a su lado durante las batallas. Habían dormido uno al lado del otro todas las noches a menos que estuviera atendiendo a los heridos e incluso en esas ocasiones, Gregory no dormía para ayudarla, reuniendo suministros y medicamentos cuando los necesitaba.

Pero la presencia de Daniel la detuvo.

Las mujeres, que se encontraban disfrutando de una delicada comida, dulces y postres, no habían experimentado el último aliento de un soldado

tendido en una camilla, mientras luchaba diligentemente para detener el flujo de sangre que brotaba de una herida. O la forma en que se sentía al ser recibido con el estertor de la muerte cuando un hombre exhalaba su último suspiro. No podía pensar más allá de las diferencias entre las mujeres y ella. Eso no debería importar, pero lo hizo.

¿Podría Daniel entender los daño que dejó presenciar todo lo ocurrido en la guerra?

Las piernas de Lettie estaban temblorosas, buscó en su habitación un lugar para sentarse. El pequeño tocador blanco no era adecuado para una mujer que había visto todo rojo como Lettie. A pesar del frío de Waterloo y la implacable lluvia, sus manos habían estado cubiertas de sangre caliente y roja durante la mayor parte de sus horas de vigilia. Cualquier cantidad de jabón de lejía no había eliminado los restos dejados bajo sus recortadas uñas.

La cama no era la mejor opción. Si tomara su suavidad, probablemente nunca obtendría la fuerza de voluntad para dejarla. Después de años de dormir en el duro y fangoso suelo, la delicada y lujosa cama con dosel con sus cortinas transparentes era más de lo que nunca había esperado disfrutar de nuevo. Incluso la noche anterior había sido un sueño inquieto. Ninguna cantidad de almohadas o ropa de cama bien llena de paja podría disipar los sueños que atormentaban sus noches.

Sus cavernosas habitaciones eran muy tranquilas, y aún así le resultaban extrañas incluso después de casi dos semanas en casa.

Hizo que su errático ritmo cardíaco aumentara una vez más, el sonido de su sangre ensordeciéndole la cabeza.

Se sentía incómoda en un ruidoso grupo y asustada en una habitación tranquila.

¿Podría ser que nunca volvería a sentir algún sentido de tranquilidad?

Lettie necesitaba ir con sus padres y hablar con Daniel. Necesitaba hablarles de su situación, rogarles que tengan piedad incluso si no podían entender su confusión. Algo dentro de su mente no estaba bien. Era como si todo lo que conectaba todo su cerebro se hubiera destruido. Necesitaban permitirle viajar lejos de miradas indiscretas, y darle permiso para implosionar por su cuenta. Al menos entonces, podría protegerlos de su desgracia.

Ayudada con la única fuente de luz en la habitación, Lettie negó con la cabeza antes de deslizarse por la puerta de su vestidor. Los vestidos recién lavados y prensados colgaban pulcra y ordenadamente, los negros se

desvanecían en grises, finalmente, su vestido de terciopelo azul oscuro. Su única momento de frivolidad. Extendió la mano y permitió que sus dedos acariciaran el fino material, la costura perfecta sin un defecto visible. La destreza de la prenda ciertamente debe haber tomado horas para lograrla. Entonces, de nuevo, como cuando cosía las heridas con fuerza para que no se viera la cicatriz una vez que el soldado se curaba.

Lettie colocó la vela en el suelo, alejándola de su línea de pantuflas de brocado y telas colgantes. Sus dedos temblaron mientras desataba la fila de botones que mantenían cerrada la parte delantera de su vestido. Sacando los brazos del vestido negro que había seleccionado para la noche, empujó el material hacia abajo y sobre su cintura. La muselina se juntó a sus pies, dejándola desvestida solo en un momento.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, quitó el vestido nuevo y encantador de su perchero. El terciopelo era agradable a su toque, en desacuerdo con el robusto y grueso atuendo que estaba acostumbrada a usar.

El vestido era perfecto.

Sería un hermoso atardecer para cualquier otra mujer, pero para Lettie, era un disfraz, una máscara para ocultar a los demás lo que había debajo y dentro de ella. Pensó que su decisión precipitada de encargarse de este vestido en particular era una parte de su juventud que regresaba, su huida de caprichos extravagantes despertaba. Pero, no, era su verdadero yo, el que había sido creado mientras presenciaba las farsas de la vida. Esa era la Lettie que había llevado vestidos, sin importar el costo.

Deslizándolo sobre su cabeza, dejó que flotara por su cuerpo, abrazando cada curva. Pequeñas curvas que todavía poseía. El único defecto que encontró fue que no se extendía lo suficiente para cubrir su cabello corto. Su traje se completaría con una capucha.

El dobladillo barría apropiadamente el suelo a sus pies.

Lettie alcanzó sujetar los botones en su espalda. Después de los tres, se estiró justo por encima de la cintura, pero no pudo asegurar el otro. No importaba, no estaba dejando su vestidor. Nadie la vería con la espalda expuesta, con el frente abierto y holgado.

Sólo fue con razón.

El vestido era la perfección.

Lettie era el epítome de la imperfección.

Los mejores vestidos, guantes, gorros y zapatillas nunca podrían ocultar los defectos de Lettie. Puede ser suficiente engañar a algunos, como lo hizo

con sus amigos; sin embargo, con el tiempo, la persona en la que se convertiría sería evidente para todos.

Destrozada.

Fragmentada.

Defectuosa.

Inequívocamente rota

Y con el tiempo adicional, fracturada o astillada de manera tan completa, una ráfaga de viento soplaría las partes restantes a lo largo y ancho. ¿Su daño afectaría a los demás? Profundamente en el interior de aquellos que inhalaban su ser astillado.

Lettie no podía permitir que eso sucediera. Si lo único que se necesitaba para mantener las piezas juntas era llevar un vestido de hermosa tela, tal vez valiera la pena que muriera en el interior para que otros no tuvieran que hacerlo.

Probablemente era una bendición que al menos fuera consciente de sus defectos.

Tiró de la puerta de su vestidor, cortando la vista de su enorme dormitorio y enfrentándose al espejo que colgaba en el interior de la puerta. La pequeña cantidad de luz emitida por la vela se magnificó con la ayuda del espejo, iluminando a Lettie.

Se miró por primera vez en muchos años, sin que sus adornos la disfrazaran, sin que la máscara de la ropa de guerra ocultara sus débiles hombros, sin la suciedad del campo de batalla y la sangre de la tienda que mantenía a raya su cuerpo tembloroso.

Aquí, en la casa de su pasado, no podía huir de la mujer en la que se había convertido.

Incluso si Gregory no hubiera perecido y hubieran regresado a Londres como matrimonio, todavía se sentiría fuera de lugar. Las pesadillas habrían llegado. Ella no tenía ninguna duda.

Lettie giró hacia un lado, notando su cintura recortada y sus pómulos altos con la cara hueca debajo. Ningún velo ocultaría la inmensidad vacía de sus ojos.

Sorprendentemente, no quería mantener ocultas sus reflexiones más profundas, su dolor y su desesperación.

Levantó la barbilla. ¿Cómo podría alguna vez esperar superarlo si su futuro era una mentira cuidadosamente diseñada para proteger a quienes la rodeaban? No podía esperar que nadie la aceptara en este momento.

—¿Lettie? —Las bisagras de la puerta de su dormitorio chirriaron, los pasos de botas sonaron en su espacio.

—¿Estás adentro, mi lady?

Daniel.

Había prometido refrescarse y unirse a ellos para la cena. Era mejor que supiera que todo el futuro de Lettie era una decepción tras otra. Si él eligió renovar la amistad de su infancia o continuar con la temeraria misión de sus padres para verlos casados, entonces era algo con lo que necesitaría sentirse cómodo.

Promesas rotas.

Anhelos destrozados.

Y miserable decepción.

—Estoy aquí —suspiró Lettie, avanzando y pasando su dedo por el espejo, trazando la cara que ya no reconocía como propia. Pérdida en cada línea. El dolor colgaba en su frente. Incluso sus labios una vez regordetes eran un poco más que un ceño fruncido.

Sus pasos se movieron en su pequeño santuario, Lettie abrió la puerta, revelándose, con la luz de las velas de fondo.

—Tu madre venía a buscarte, pero yo le ofrecí ayuda. Ella disfruta entreteniéndose .. —Sus palabras se detuvieron cuando salió del vestidor; su mirada se centró en el suelo.

—Mis disculpas. No sabía que te estabas cambiando de ropa, aunque debo decir que hiciste una excelente opción.

Lettie acercó sus ojos a los de él, sorprendida de no ver nada más que dulzura en su suave expresión.

—No voy a volver a unirme a la fiesta.

—Esperaron tanto, es una pérdida para todos abajo no ser testigo de tu impresionante belleza con ese vestido —Esperaban que sus ojos viajaran desde su cara a los dedos de los pies, solo se detuvieron para ver su corpiño abierto; sin embargo, sus ojos nunca dejaron los de ella, lo que hizo que Lettie se preguntara si podría ver más allá de su vacío, y preguntarse *qué* vio allí.

—Estaba en contra de esta cena. Es demasiado pronto, debería haber trabajado más duro para desalentarlos.

—No era tu lugar —suspiró Lettie. Eran apenas amigos, a pesar de su anterior compromiso, sin importar cuánto intentara demostrar lo contrario.

—Nada de esto es tu culpa.

—Quizá no, aún así, trato de mostrarte que valoro nuestra larga amistad a pesar de las duras pruebas que hemos enfrentado —Sacó el banco de su tocador y se sentó. ¿Cuándo se había convertido en el caballero blanco puro, y ella en la dama negra?

—¿Por qué estás tratando de probar algo tan duramente? —Lettie se cruzó de brazos para cubrir su pecho.

—No me debes nada ... menos que nada, de hecho. Si no es una amante lo que buscas, ¿entonces qué? ¿Mi dote?

Había escuchado a su padre declarar los fondos de Lettie cuando se casaron. Estaban tan seguros del hecho, que casi le habían dado a Daniel un billete de buena fe.

Él se rió como si hubiera dicho la cosa más hilarante en mucho tiempo. Sobrio, levantó una ceja.

—Ciertamente recuerdas que tus padres eliminaron tu dote cuando elegiste casarte con un hombre que no aprobaron.

—Fui consciente de ese hecho todos los días durante los últimos seis años —Solo tenía la ropa y los artículos asignados a ella como la esposa de un soldado. Nada más. No era culpa de lord y lady Percival.

Lettie había insistido en salir sin nada, salir con sus principios intactos.

—El compromiso no era una dificultad total. Era con el hombre que amé.

Hizo una pausa, tragando un sollozo.

—Todavía lo amo.

—Ese hecho no está en disputa —consintió Daniel.

—Te aseguro que eres experta en asuntos del corazón.

Ella ignoró su comentario.

—Sin embargo, los dos sabemos que te gustaría ceder a las demandas de mis padres para volver a ingresar en la sociedad y casarnos, es decir, mi dote se restablecería y probablemente se triplicaría.

—Mi riqueza coincide, si no supera significativamente, la de los títulos de Percival y Essex ambos combinados —La esquina de su boca se curvó en una sonrisa burlona.

—¿Tienes otro argumento para probar que mis intenciones son deshonorosas?

Ella apenas había tenido argumentos para empezar. La necesidad de convertirla en su amante no era cierta. Si Daniel hubiera querido comprometerla, hubiera tenido muchas oportunidades antes de que se casara con Gregory y huyera de Inglaterra, pero nunca había actuado más que un

caballero. ¿Para qué continuar una asociación con su padre si pretendía profanar su honor? Además, esa explicación no daba crédito a por qué se había ofrecido voluntariamente ser su *niñera* durante esa parodia de cena.

Ella abrió los brazos.

—Me rindo, Daniel. No entiendo por qué intentas hacerte amigo de una mujer que te abandonó y regresó a Londres convertida en más que un caparazón de lo que alguna vez fue. Estoy enamorado de un hombre que se ha ido. Un pedazo de mi corazón quedó en ese campo de batalla, el resto fue enterrado con Gregory. Soy una viuda sin un centavo con poco impulso para seguir ...

Giró y tomó la vela del suelo, del armario antes de girarse para enfrentarlo una vez más. Necesitaba reunir sus pensamientos, tan desarticulados como estaba su mente y decir todo lo que debía decirse. Esta puede muy bien ser su última oportunidad.

—Si insistes en la amistad, no puedo detenerte, especialmente con mis padres tan interesados, pero debes saber que no tengo nada más que darte. No pertenezco aquí. No soy la debutante que alguna vez fui; algo que mis padres están decididos a hacerme una vez más. Ella está muerta. Enterrada en una llanura cubierta de hierba, lejos de un joven árbol. Por favor, te lo ruego — Inhaló profundamente.

—Por favor, no esperes nada más de mí... soy incapaz de hacerlo. No tengo nada más que dar .

Lettie se concentró en él, bajo la tenue luz, asustada por lo que vería, pero necesitando demostrarle, que ella era muchas cosas, incluso alguien consciente de sus defectos.

Él se puso de pie, Lettie temió que se fuera sin otra palabra.

Era lo mejor. Tenía que ser así.

Pero él cerró la distancia entre ellos y la atrajo hacia sí, obligándola a bajar la vela apresuradamente. Colocó sus labios contra los de ella. El shock endureció su espalda, ella lo empujó contra su pecho, aunque con poca convicción.

Su beso ... su beso ... fue ...

Exigente, pero suave.

Insistente, pero no castigador.

Su mano se posó en la parte posterior de su cuello, sujetándola hacia él como si intentara transmitirle su energía.

¿No se daba cuenta de que era su restante energía lo que le permitía decir lo que pensaba, sin importar cuánto los había lastimado a ambos?

Su traicionero cuerpo se suavizó y se fundió contra el suyo, ajustándose perfectamente a sus contornos.

Sólo aumentó su conciencia de su atracción.

La excitación de Daniel la empujó contra su vientre mientras su lengua salía y se deslizaba sobre su labio inferior, cortando la conexión.

No se parecía a ningún beso que hubiera experimentado antes, tenía más pasión de la que creía posible. Y todo vino de él, no había ningún deseo o pasión dentro de ella.

Antes de este momento, Lettie se había resignado a no volver a conocer el apasionado abrazo de un hombre.

Cuando la voluntad de empujarlo se alejó, sus manos se deslizaron por su espalda y lo presionaron contra, decidida a tomar todo lo que tenía para ofrecer

Malditas sean la decepción y las consecuencias.

En sus brazos, en sus labios, no era una mujer rota. Ella no recordaba su trágico pasado.

Ella era sólo Lettie.

Una mujer digna de un abrazo de hombre.

El abrazo de *este* hombre.

Capítulo Quince

Su beso era todo lo que Daniel había pensado que sería, aunque no debería estar sucediendo ahora, en sus habitaciones, con solo una pequeña vela alumbrando y un vestido ya desabrochado. Sus manos deseaban sacar el vestido de su cuerpo. Maldito infierno, lo deseaba desde que la había visto sola en The George. Su tiempo en la arboleda casi lo había destruido. Destrozándolo todo, había deseado este momento, tenía la edad suficiente para entender lo que significaba la agitación en sus pantalones, a diferencia del vacío en su pecho cuando no estaba cerca de ella.

Ella no podía negar lo bien que se ajustaban. Incluso ahora, podía escuchar sus corazones latir como uno solo.

La resistencia de Lettie se calmó y sus brazos se cerraron alrededor de él, acercándolo más mientras sus bocas bailaban. No fue una parada, ni empuje. No eran personas moviéndose en direcciones opuestas. Fue una unión completa, tanto física como emocional.

Él no tenía idea sobre su riqueza, sus tierras, ni tampoco tenía pensamientos para poseerla, sin el anillo apropiado anidado en su mano. Quería todo de ella: mente, cuerpo y alma.

Siempre deberían estar en esta posición: sus cuerpos se apretaban tan fuerte como sus labios, sus brazos lo rodeaban mientras ella le acariciaba la espalda, su necesidad se presionaba firmemente entre ellos. Lettie sintió su camino a través de su espalda, su piel ardiendo en cada lugar donde ella arrastraba los dedos.

Daniel permitió que sus manos deambularan por su espalda cubierta en cambio la de ella estaba expuesta sin el vestido. Anhelaba bajar las manos y desabrochar los botones restantes, apartando el vestido de sus brazos y dejarlo caer a sus pies. Quería esto, necesitaba esto, sin embargo, algo mantuvo su deseo bajo control.

Si él la soltaba y sucumbía durante el momento de pasión, probaría que era todo lo que le había rogado que creyera.

Como si sintiera su decisión, Lettie se apartó. Sus brazos cayeron, los miró como si no supiera que estaban explorando su cuerpo mientras sus pensamientos estaban en su beso.

—Soy una mujer casada, su gracia —respiró pesadamente, su pecho se agitaba. Le temblaba todo el cuerpo y sus manos. El hombro de su vestido se deslizó por su brazo, revelando su recatado brassier.

Sus ojos siguieron su descenso, se estiró para jalarlo de nuevo sobre su hombro.

Cuando él se movió, ella se sobresaltó.

—Gracias, Daniel, yo ... —Miró alrededor de su recámara como si notara por primera vez lo solos que estaban.

—No puedo. Gregory Él...

—Shhh —Daniel la tranquilizó, alcanzándola una vez más y enderezándole el vestido.

—Entiendo; Sin embargo, usted no es una mujer casada. No lo ha estado durante muchos meses. Aunque eso no es excusa para mis acciones. No te busqué con esto en mente.

Había mucho más que necesitaba decirle, pero era muy pronto.

Y para ella era demasiado reciente.

Cada centímetro de ella se sacudió cuando tropezó con el banco de su tocador y se acercó a él.

En ese momento fue la confidente, era la mujer segura y valiente que había seguido su corazón y se había comprometida con una vida de infinitas dificultades ... pero como el simple lanzamiento de una moneda, se había convertido en una mujer asustada, ansiosa y desmoronada. Quería entenderla, desentrañar su mente y ayudarla a crear un futuro, ya sea que lo incluyera o no.

Si alguien merecía un futuro, era Lettie. Hace mucho tiempo que dejó de sacrificar su felicidad por los demás.

Se frotó las manos contra su cara, solo un sollozo silencioso llenó la habitación.

El corazón de Daniel se rompió un poco más al verla luchar con su confusión interna, observó ese dolor intangible encerrado en ella.

Su cuerpo entero temblando lentamente.

—Lettie —dijo, en forma de susurro casi acomodado en su garganta. Se movió para arrodillarse ante ella, le quitó las manos de la cara, frotando con dureza una mancha invisible.

—Mírame.

Sus ojos se encontraron con los de él, las lágrimas se acumulaban en sus profundidades, listas para derramarse por sus mejillas.

Ligeramente, para no causarle más incomodidad, apartó la lágrima cuando comenzó a caer.

—Lettie —Nunca se cansaría de decir su nombre.

—Haces que los que te rodean mejoren. A mí me has hecho una mejor persona, incluso con tu ausencia.

—¿Cómo puede ser eso, si ni siquiera no puedo poner mi propia mente en orden? —Murmuró.

—Todo, mis pensamientos y emociones, es un desorden. Parece que no puedo darle sentido a nada.

Una parte de Daniel sabía que hacer para que hablara sobre lo que estaba pasando dentro de su cabeza era el primer paso para la curación, no solo para la de ella, sino también para la de él. Necesitaba hablar, compartir todo lo que había sucedido en la madrugada de Navidad el año anterior.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió, incapaz de hablar mientras su barbilla temblaba.

—¿Piensas pasar tu vida llorando a Gregory? —No estaba seguro de por qué su respuesta era tan importante; Sin embargo, necesitaba saberlo.

—Yo..No lo se.

—¿Crees que él querría eso para ti? —Preguntó. Si fue lo suficientemente sabio como para casarse con Lettie y luego seguir adelante, nunca querría que se quedara en luto para siempre.

Ella dirigió una mirada entrecerrada, una chispa de fuego. Su estado de ánimo cambió de desaliento a seguridad en un abrir y cerrar de ojos.

—Por supuesto que no. Esa es una pregunta absurda, sin embargo, no estás aquí para decirme sobre cómo vivir mi vida, ni decirme cómo lidiar con mis pérdidas.

—Pero me tienes a mí —dijo Daniel con tranquila confianza. Puso sus manos en el banco a cada lado de sus caderas.

—Tus padres. Tres amigos cercanos. Ninguno de los cuales puede entender por lo que está pasando, diablos, no estoy seguro de saber por lo que está pasando, pero eso no significa que no les importe o no quieran ayudar, aunque todos estamos luchando por lograrlo.

—Solo quiero que me dejen en paz —Rompió el contacto visual y volvió a su caparazón, la barrera entre ellos se volvió a levantar.

—Eso es lo que quiero. Estar sola. Es hora de llorar y tener espacio para sanar.

Daniel dudaba que Lettie tuviera suficiente tiempo y espacio para curarse sin la ayuda de quienes la cuidaban. No sabía cómo hacer que ella entendiera eso.

—No todos estamos seguros de cómo proceder, esto es nuevo para todos nosotros, pero una cosa que sí sé es que Gregory nunca querría que te marchitaras en la desesperación y te des por vencida. No hay posibilidad de que te enamores de un hombre que esperaría eso de ti. —Colocó el dedo índice contra su barbilla y levantó los ojos hacia él.

—No estoy diciendo que alguna vez encuentres un amor que se compare con lo que tú y Gregory compartieron; sin embargo, tu marido no se enamoró de una mujer débil que temería seguir sin él. Él querría que lograras todo lo que habías planeado tener juntos: una familia, hijos y un hogar lleno de amor y felicidad.

Lettie sacó su barbilla de su agarre, y su espalda se tensó.

—Sé la mujer de la que Gregory se enamoró hace seis años. No se si hoy o tal vez mañana o al día siguiente.

La misma mujer de la que Daniel se había enamorado en su juventud.

Una mujer que veía lo mejor en los demás. Una cruzada para los menos afortunados. Una dama que no envolvió toda su existencia con atuendos y guantes. Una enfermera en los campos de batalla. Y lo más importante, el única verdadero amiga de Daniel.

Él necesitaba que fuera esa mujer otra vez.

Si no podía curarse, ¿qué oportunidad le quedaba a Daniel para superar su propio dolor y culpa?

Capítulo Dieciseis

Lettie endureció sus nervios, rogándole silenciosamente a su cuerpo que dejara de temblar y recuperara el control estricto por el que era conocida en los campos de batalla. Se aflojó en el banco y se sintió inundada de nuevo, desterrando el adormecimiento de sus manos y devolviendo el color a sus nudillos. Solo deseaba que fuera tan simple devolverle la sensación a todo el resto. Dejarlo físicamente fue mucho más fácil que mentalmente o emocionalmente.

Era mucho más sencillo lanzarse desde un acantilado que liberar su control emocional sobre todo lo que había experimentado en los últimos seis años. Entonces no importaría el inmenso equipaje que llevaba. Se arrojaría al viento cuando y golpearía la tierra. Todo, todas sus preocupaciones, su arrepentimiento y su soledad no tendrían importancia, no la detendrían.

Su corazón latía como si intentara escapar de las restricciones de su pecho.

Esa era la única forma en que Lettie podía convertirse en la persona que una vez fue.

A través de su propia desaparición.

Irónico que necesitara forzar sus cargas infernales sobre otros y hacer que su propia muerte se liberara.

Tal vez dejarla ir no era un compromiso de todos o de nadie.

Había amado a Gregory con todo su ser, eso nunca cambiaría; sin embargo, juntar ese tiempo en una caja, sellarlo y ver qué otra cosa le deparaba la vida no era una fácil tarea. Era más difícil que tirar su vida.

Pero Daniel estaba dispuesto a ayudarla y estar allí con ella a pesar de todo.

Como lo estaba haciendo en este mismo momento. Permaneció en silencio mientras procesaba todo lo que había dicho, permaneció ante ella en caso de que necesitara su apoyo.

¿Dónde había estado este hombre cuando tan desesperadamente lo necesitaba para que la entendiera en su juventud? Si él le hubiera dado lo que ella había anhelado, prestando incluso un oído para escuchar, no se habría sentido obligada hacia Gregory ... un hombre que estaba dispuesto a tomarla

como suya. Daniel había elegido apostar y beber antes que por ella y su compromiso matrimonial.

Lettie vacilaba en olvidar ese simple hecho.

—¿Puedo contarte una historia? —Su mano rozó su rodilla cuando se movió para pararse.

—Encuentro que no estoy de humor para historias felices —Se movió, mirando a la vela que se acercaba al final de su mecha. La oscura habitación pronto estaría en oscuridad total.

—Es difícil para mí creer que la vida, o al menos la vida que he experimentado, pueda tener felicidad o incluso serenidad.

—Esta no es una historia feliz. No hay un final de cuentos de hadas, aunque me he preguntado varias veces por qué no me he casado desde que te fuiste, y de qué me he ocupado durante tantos años. Él se apartó de ella. Antes de girar y volver sobre sus pasos.

—Mi vida no ha sido lo que deseé que fuera. No hubo momentos bonitos.

Sus pasos vacilaron en sus últimas palabras, se detuvo, mirándola directamente.

Curiosamente, cuanto más se centraba en Daniel, menos su cuerpo temblaba. ¿Estaba enfocando la manera de reparar su mente, de juntar las piezas y avanzar?

Ella levantó la barbilla.

—He visto cosas peores que cualquier historia que puedas compartir, Daniel. —Su voz no vaciló, traicionando la profunda verdad de la afirmación.

—De eso estoy seguro; sin embargo, esta puede explicar cómo he cambiado con respecto al hombre que era cuando cancelaste nuestro compromiso de matrimonio con quien soy ahora —Se volvió a apartar de ella.

No estaba segura si él le estaba dando privacidad mientras contaba la historia, o si la separación era para él. No importaba, Lettie quería saber más, no importaba si era feliz o no, solo para mantener su mente enfocada en problemas que no eran los suyos. La forma en que su mente había girado fácilmente para terminar con su propia vida la aterrizzaba. Lanzándose desde un alto acantilado, permitiendo que el cuerpo y la mente se derrumben por completo cuando llegara al fondo.

Era fácil sentir que el viento golpeaba su cara mientras se lanzaba sobre la cornisa.

Los latidos de su corazón se agitaron en sus oídos mientras respiraba profundamente, rogando a su cuerpo que se calmara y escuchara a Daniel

Su historia comenzó, su voz se mantuvo plana, distante y fría. Le recordó muchos años atrás cuando comenzó a notar se alejaba de ella y de su amistad.

—Fue en Navidad del año pasado. Me habían invitado a una fiesta en la casa de Lord Gable. Fue una noche de libertinaje desinhibidos como la que ni siquiera había presenciado antes. No había fin a los suministros de licor, mujeres dispuestas y juegos de cartas de alto riesgo —A medida que la historia avanzaba, su tono era de enojo y cortante. Habló de la cantidad extrema de actividades ilícitas en las que se había metido; la forma en que había tropezado con la puerta poco antes del amanecer en el día de la celebración. Con voz reservada, se volvió hacia ella.

—Cuando me fui de la casa de Lord Gable, un erizo de la calle pasó corriendo junto a mí, uno de los lacayos de Gable que lo perseguía. Un chico, Charlie, había robado de la cocina para alimentar a su familia. Esta no era la primera vez; sin embargo, Gable estaba decidido a en que iba a ser la último vez del niño.

Lettie no quería escuchar el resto de su historia, pero él continuó de todos modos, con los ojos fijos en los de ella todo el tiempo. Su estómago se retorció ante lo que solo podía venir después, pero de todos modos, su atención permaneció fija en sus palabras.

—Traté de hablar por el niño, le prometí a Gable, que Charlie lo lamentaba y que nunca volvería a verlo en su propiedad, pero el señor me exigió que me fuera ... sin el niño.

Ella quedó sin aliento, su inhalación atrapada en los pulmones, ardiendo para ser liberada, pero atrapada de todos modos.

—Y así, me subí a mi carruaje, algo ebrio y me dirigí a casa —Su cabeza cayó hacia adelante, Lettie sospechó que la historia no terminaba allí. No podría haber sido más correcta cuando habló otra vez, con voz más vacilante que nunca.

—Viajé solo dos cuadras antes de decirle a mi cochero para que diera la vuelta y me devolviera a casa de Gable. Pero cuando entré en el camino, Gable, su lacayo y el niño se habían ido. A algún lugar para no ser vistos.

—¿A dónde fueron? —Ella respiró, sus dedos agarraron su vestido de terciopelo.

Él levantó un dedo para tranquilizarla, como si lo interrumpiera y perdería el coraje para continuar.

—Cuando estaba a punto de saltar de mi coche una vez más, escuché el llanto de un niño ... y el golpe de un látigo. Corrí alrededor de la casa cuando

otro grito interrumpió la madrugada. Una luz ardía brillantemente en los establos. Abrí la puerta de par en par cuando otro grito de agonía y el azote del látigo hizo eco en las paredes del establo.

Los temblores en todo el cuerpo volvieron a Lettie una vez más. Estaba aturdida ... sin palabras. Había presenciado mucho en la guerra; la muerte de hombres y muchos civiles, pero nunca la paliza imperdonable de un niño. Los hombres que estaban en los campos de batalla estaban dispuestos e informados de los peligros que enfrentaban.

Su pecho se contrajo de dolor, desesperada por pedirle a Daniel que parara de hablar o le dijera que eso no era verdad.

—Grité a Gable para que se detuviera, corrí para ayudar al niño, pero llegué demasiado tarde —Daniel se quedó sin aliento, tragando y aguantando un sollozo.

—Cuando entré en el establo, el látigo hizo un último arco y golpeó a Charlie en la garganta, rompiéndola de par en par. Me eché hacia atrás y me golpíe la cabeza contra un poste de madera. Nunca recobré los sentidos. Antes de que se llamara al médico o al magistrado, el niño pereció en mis brazos. Esta es la escena que se repite una y otra vez en mis pesadillas.

Se hundió en el banco junto a ella, el banco rechinó debido al peso, pero no se apartó de ella, le tomó la mano.

—Entonces, puedes haber presenciado mucho durante la guerra; sin embargo, trabajaste incansablemente para ayudar a los heridos. Yo, por otro lado, permití que mi bebida se saliera tanto de control que no pude ayudar a Charlie. Huí. Me quedé helado. No actué a tiempo para salvarlo. En lugar de que Charlie regresara a casa con una barra de pan para que su madre y sus hermanas comieran esa mañana de Navidad, toqué la puerta de su familia y les di su cuerpo golpeado, envuelto en mi abrigo. Nunca le he dicho esto a nadie antes.

Él se desplomó a su lado, recostándose suavemente contra ella.

Ella ansiaba abrazarlo, deslizar su brazo alrededor de sus hombros y acercarlo cada vez más. Sin embargo, cada miembro de su cuerpo se sentía pesado, lo mismo que había sentido cada vez que un soldado yacía muerto y no podía salvarlo.

—Daniel, la naturaleza cruel de Lord Gable no fue cosa tuya —No sabía cómo consolarlo, si eso era lo que él necesitaba. Si su angustia fuera algo como la de ella, Daniel no tenía idea de qué podría ayudarlo a superar la muerte de Charlie. Sus palabras solo convencieron a Lettie de que Daniel

nunca tuvo la intención de ocultar su pasado o evitar que ella supiera algo, pero había sido para protegerla. Protéjala de hombres como Gable.

—No puedo imaginar tu agonía por tener que devolver al chico en tal estado.

—Sí, creo que puedes imaginarlo, Lettie —Se giró un poco para mirarla.

—Viviste una realidad día tras día durante seis años. El mío fue un breve momento que cambió mi futuro en un instante.

—No puedo imaginar la agitación con la que estás agobiada después de tantos años de atender a los heridos, ver a los hombres morir en el campo de batalla y retener a los soldados cuando expiraron bajo tu cuidado.

—No todos murieron. Muchos vivieron y regresaron a la batalla o fueron enviados de regreso a Inglaterra —Durante todos esos años, nunca se había detenido a pensar cuál sería la carga para su alma. No había pensado en lo que sucedería cuando regresara a Inglaterra, cuando la guerra terminara. Especialmente nunca había soñado con un futuro sin Gregory a su lado. Su marido había presenciado los mismos horrores que ella. Juntos, podrían haber trabajado. La realidad era que Gregory se había ido. Lettie tenía que lidiar con todo por su cuenta ahora ... y estaba fallando miserablemente.

—Si bien no puedo imaginar hasta qué punto ese tipo de experiencia cambia a una persona, estoy aquí para ayudarte. Te escucharé cuando quieras hablar. Puedo ayudarte a reconciliarlo todo y seguir adelante porque, maldita sea – gruñó.

—Lettie, tienes una larga vida por delante. No estaré a tu lado mientras te marchites y te pudres solo en el campo o aquí en la ciudad. No puedo aprobar tu exilio por las transgresiones que no puedes soportar.

Lettie quería creerle. Cree que él se quedaría a su lado. Creo que había una manera de trabajar a través de las cargas crecientes que la sujetaban y hacían difícil respirar. Cree que aunque Gregory se había ido, Daniel estaba aquí, y él la salvaría, le repararía la mente y detendría las terribles pesadillas.

—Debes encontrar sentido en la vida otra vez, encontrar tu pasión y aferrarte a ella —Él le dio un beso en la frente, sus cálidos labios desterraron su frialdad.

—Todos estos años, has sido mi pasión. Mi deseo de continuar a pesar de que estaba perdido. Solo me tomó esa desgarradora mañana de Navidad en Gable's para darme cuenta de todo. Eres valiente y eres el coraje personificado, Lettie. Eras fuerte y atrevida cuando yo era más que débil y

metido en mis vicios. Dejé todo lo que sabía y me lancé a lo desconocido, tanto en el amor como en la vida. Demonios, quiero que me enseñes a vivir.

Daniel la besó con ternura otra vez, arrastrando leves picotazos por su frente y por su mejilla, besando las lágrimas que no se había dado cuenta que estaban cayendo.

—No soy ninguna de esas cosas, Daniel. Soy un fraude.

—No, eres más auténtica de lo que nunca he sido. Cuando la muerte de mi padre me aplastó y abrí un camino de autodestrucción, dejando atrás a mi prometida, fuiste tú quien recogió los pedazos y encontró el amor con Gregory. Amor y un nuevo futuro. Fue esa mañana, después de dejar a la familia de Charlie que tomé la decisión de cambiar. Vivir una vida que valga la pena recordar, no días interminables en un estupor con recuerdos nebulosos de mujeres y fiestas que no pude comprender del todo.

Nunca había pensado que su comportamiento irónico era porque estaba sufriendo.

—Desearía haber estado allí para ti —exhaló ella cuando sus labios alcanzaron los de ella. ¿Qué podría haberse desarrollado entre ellos si se hubiera detenido a preguntarse las razones por las que Daniel iba con un amigo de la infancia o con un desconocido a pasar noches y regresar por las mañanas? Las cosas podrían haber sido diferentes si no lo hubiera castigado por haberse hundido en una vida de libertinaje. Podrían haber encontrado compañerismo y amor, como siempre, era las intenciones de sus padres.

En su lugar, cada uno había elegido caminos muy diferentes.

Lettie había elegido el amor y las dificultades con Gregory, mientras que Daniel se había fijado en explorar todos los vicios que el inframundo de Londres tenía para ofrecer a un hombre con más dinero del que sabía qué tenía con los escrúpulos seriamente comprometidos por el sufrimiento.

Ninguno de los dos podría volver el tiempo atrás y tomar decisiones diferentes. Aunque Lettie anhelaba saber qué podría haber ocurrido si ambos hubieran sido lo suficientemente fuertes como para levantarse en lugar de empujarse el uno al otro.

Capítulo Diecisiete

Daniel había confesado el peor de sus pecados, y ella no lo había rechazado ni había huido de la habitación. Él había descubierto su alma, y ella no se había estremecido ante la fealdad dentro de él.

No había esperado nada menos, era Lettie. La chica con la que había conversado debido a su corazón destruido, su forma de ver cada situación y ver lo mejor de ella; Lo mejor de cada persona.

Esa mujer todavía estaba allí ... en algún lugar.

Y estaba luchando para salir.

Pero necesitaba que ella lo viera. Al darse cuenta de eso, sí, la guerra la había cambiado, pero no había extinguido su bondad, su forma inocente de mirar el mundo. Solo había alterado la forma en que ella respondía a los muchos desafíos de la vida.

Sus experiencias no la habían roto, ni debería permitir que la definieran. Necesitaba enfocar todo su dolor reprimido y canalizarlo hacia algo bueno.

Con eso, Daniel estaba seguro de que su curación vendría.

Era el propósito que él anhelaba encontrar.

—Hay menos peso, un desahogo, cuando uno habla de lo que los sujeta — Él le dio otro beso en los labios, más ligero que antes, pero con mucho más ... esperanza. No se había sentido tan desprendido en años. Desgarrándose ante Lettie, ella no se había apartado con miedo o disgusto.

—¿Dime lo que te detiene? ¿Qué te impide respirar libremente?

Daniel se retiró, dándole espacio para pensar, y respirar.

Por un breve momento, sintió que ella se alejaba y lo cerraba de nuevo mientras miraba hacia el salón sin luz a través de la habitación.

Ella retiró la mano de su mano, su corazón se desplomó.

Lo que era posible para él, puede no serlo para Lettie. ¿Podría ser una herida muy profunda?

Lettie apretó los puños en su regazo y comenzó a hablar. En voz baja al principio, tan bajo que tuvo que esforzarse para escucharla.

—Nadie puede imaginar la carnicería, la muerte y las pérdidas de la guerra. Lo peor es que a medida que pasa el tiempo, todo se convierte en rutina. La sangre, los gritos de dolor y las dificultades se vuelven normales. No logran escandalizar a una persona. Todo se convierte en parte de la vida.

Incluso se vuelve común pasar por alto las consecuencias a largo plazo por la muerte de un soldado. No es solo la pérdida de vidas, sino también el daño que causa a los demás. Una madre y un padre pierden un hijo. Una esposa pierde a su marido. Un niño pierde a su padre. Familias enteras son dejadas en la indigencia.

—Puedo entender cómo puede ocurrir todo esto —señaló Daniel.

—No entendía mi pérdida de sensibilidad hasta que Gregory murió, solo me vi haciendo las tareas que se espera de mí: vendar heridas, coser heridas, tratar fiebres. Trabajé incansablemente, haciendo todo lo posible para facilitarle la vida al campamento a Gregory y los otros soldados. Cuando no había nadie a quien atender, lavaba, remendaba los uniformes y cocinaba las comidas. Desde el alba hasta el atardecer, a veces hasta altas horas de la noche...Hizo una pausa y finalmente volvió a mirarlo a los ojos.

—Me cansé de ver la muerte y la violencia. El sonido de los cañones o el fuego de mosquetes ya no me asustaba. Podría preparar una comida entera bajo la lluvia de balas y con los gritos de carga en la distancia. Cuando Gregory estaba herido y había muerto, deje de temer que la muerte fuera una posibilidad. Él era invencible para mí.

—Lo siento mucho, Lettie —Daniel se inclinó hacia delante y le dio un casto beso en la sien.

—Era un hombre valiente, mucho más valiente de lo que jamás podría ser. Ella sacudió la cabeza.

—El hecho de que un hombre esté dispuesto a morir en un campo de batalla no lo hace más valiente que los que se quedan con sus seres queridos —Sus manos temblaron y se agarró la falda.

—Todo mi trabajo, todo el dolor de estas familias que tal vez nunca conozcan el lugar de descanso final de su soldado —Nunca se les puede dar el cierre que tuve la suerte de tener.

—No tienen ninguna promesa de que vengan a ayudar a criar a sus hijos, mantener un techo seco sobre sus cabezas y comida en sus mesas.

—No puedes asumir la responsabilidad de todas estas personas —Sin embargo, era exactamente algo que Lettie pensaría hacer.

—Eso no detiene la culpa de saber que regresé a Londres a un hogar, con ropa fina y un futuro garantizado, sin importar que mi esposo esté muerto. El título de mi madre todavía me pasará después de su muerte

—Mi familia siempre me cuidará, aunque nunca recoja las piezas de mí mismo. Incluso tú ... eres más de lo que la mayoría de las viudas de guerra

tienen: el simple apoyo de un amigo.

—Quizás sea tu destino arreglarlo, al menos para aquellos que te necesiten —Era el propósito que ella buscaba.

—Mis padres nunca permitirán esto —Agachó la cabeza avergonzada.

—¿Necesitas su aprobación? —Preguntó.

—Lettie, te pusieron en esta tierra para que sea un lugar mejor. Eso es algo que ellos saben.

—¿Pero dar a los menos afortunados que nosotros? —Lettie negó con la cabeza.

—Mi madre cree en el trabajo caritativo, pero nada que realmente haga una diferencia.

Las gorras de punto y las manoplas para niños no hacen mucho si no se satisfacen las necesidades básicas de la familia.

—Nunca aceptarán permitirme el acceso a mi dote si solo planeo regalarlo.

—Entonces déjame ayudarte. —Su mano se levantó y se apoyó contra su mejilla. Necesitaba ver la sinceridad de su oferta.

—Puedes tener todo mi dinero, todo lo que tengo, para comenzar hasta que estén convencidos y te permitan acceder a tu dote o te cases. Y si el hombre es lo suficientemente ignorante como para no apoyar tu trabajo, entonces continuarás teniendo el control de mis activos.

—No puedes hacer eso —suspiró ella. Su intensa mirada buscó su rostro.

—Pero yo sí —Él quería estar a su lado durante todo esto: ayudarla, guiarla, apoyarla de cualquier forma que pudiera. Si solo lo necesitara para levantar cosas pesadas o conducirla en su carruaje, Daniel haría eso.

—La vida debe tener un propósito, y creo que tu propósito es ayudar a los demás. Atendiste a los heridos y ahora puede ayudar activamente a mujeres y niños que han perdido a un ser querido en la guerra. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte, estar allí para ti como debería haber estado hace tantos años.

—No digas eso, Daniel —dijo con voz firme y grave, sin el menor indicio de temblor.

—Fui yo quien te dejó. En lugar de tratar de averiguar a qué te había enviado, conocí a Gregory, me casé y huí de Londres; sin embargo, eso no significa que no pensé en ti a menudo.

Sus esperanzas se elevaron en a tal confesión.

—Pensé en ti todos los días, Lettie —Eso arruina todo, pero era la verdad. No había vuelta atrás, ya no se podía negar más.

—Te he amado desde la infancia. Te amé cuando no podía amarme a mí mismo. Acepté terminar nuestro compromiso por amor a ti, y me culpo cada día por no arriesgarme, salir de la depresión en la que estaba y reclamarte como mía. Cuando te fuiste de Inglaterra, mi razón para seguir adelante había desaparecido. Cualquier onza de mí que había deseado ser una mejor persona había desaparecido. Tú eres mi pasado, mi presente y mi futuro. No tenía futuro una vez que te fuiste. Me quedé en un bote a la deriva en el mar sin un posible rescate.

Ella retiró las manos de su mano y se puso de pie.

Él había descubierto su alma y no había nada más que hacer que aceptar su reacción a su honestidad. A Daniel no le quedó espacio en su vida para arrepentirse.

Capítulo Dieciocho

Lettie miró fijamente con el corazón abierto. Ningún calor vendría de su espacio misteriosamente oscuro. Ningunas respuestas serían encontradas en su profundo ser. No la esperaba ninguna epifanía. Nada caería del cielo. Ella estaba sola en su decisión.

Daniel la amaba. Pero tenía que buscar en algún lugar dentro de ella, un lugar tan profundo que tendría que concentrarse por mucho tiempo, inclusive meses para encontrarlo, sabía que sus palabras y sus sentimientos no eran más que la verdad, que las había pronunciado con el corazón abierto.

Lo que no se comprendía era si ella era capaz de devolverle su afecto. Había dejado todo en el campo de batalla, en esa pradera en Waterloo. Le había dado a Inglaterra una persona completa, una mujer enamorada para siempre de un hombre que la entendía. Sin embargo la guerra había devuelto a una triste viuda, plagada de terrores que no esperaban la oscuridad lo cubriera.

Esas pesadillas habían cambiado desde su regreso a casa. Gregory ya no se estaba muriendo en sus brazos, sino Daniel: su cara golpeada y su cuerpo magullado la aplastaban. Una abrumadora sensación de remordimiento la llenó. Lettie llevaba más que angustia y sufrimiento. Daniel necesitaba ver esto. No podía hacerle pasar ese futuro, su futuro.

Había traicionado todo lo que era Gregory, todo lo que había renunciado, todo al pensar en Daniel durante esas pesadillas. Los terrores nocturnos la llenaban de angustia, eran los únicos momentos que podía pasar con Gregory ... y Daniel había tomado su lugar.

Debería sentirse como una traidora, una mujer que no es digna del gran amor que Gregory le había dado, pero no lo hizo. Ni una onza de ella tenía ningún remordimiento por sus caprichosos sueños.

¿Eso significaba que Lettie tenía más que dar? Tal vez no estaba tan destrozada como había pensado.

Incluso ahora, pensó mucho más racional que en meses anteriores. ¿Podría el enfoque y el propósito ser su gracia salvadora? ¿O estaba su salvación en los brazos y el corazón de Daniel?

O, la idea más aterradora, su mente estaba tan lejana que no podía recordar con precisión el pasado en un estado de sueño.

Levantó las manos y presionó a cada lado de su cara mientras su cabeza golpeaba, amenazando con dispersar sus reflexiones y resolverla una vez más. Un pulso aumentó detrás de sus ojos. Su piel se calentaba como si estuviera en llamas.

Todo era demasiado.

¿Cómo podría Daniel amar a una mujer que ni siquiera podía pensar lo suficiente como para reconciliar sus propias ideas? No era capaz de estar en una cena sin desmoronarse.

Ella no tenía nada que ofrecer. Había perdido la noción de quién era cuando enterró a Gregory en ese prado. A dónde iba y cómo llegaría, la eludía. Lettie no podía arriesgarse a llevar a Daniel por ese camino largo y oscuro.

—Por favor, dame una oportunidad —suplicó, con tono triste y mezclado con una desesperación que nunca hubiera sabido que poseía.

—No te rindas conmigo. Nosotros...

—No hay nosotros, Daniel. Apenas hay un yo. Se giró para mirarlo, con las manos cayendo sobre sus costados.

—¿Cómo puedes decir que me amas?

—Lo hago —Su rostro estaba enmascarado por la oscuridad de la habitación, pero la certeza en su voz era inconfundible.

—Amas a la mujer que se fue hace seis años. No conoces a la mujer en la que me he convertido. Si lo hicieras, es probable que corras lejos de mí. Cruzó sus brazos sobre el pecho, de repente se dio cuenta de que su vestido todavía colgaba abierto en la parte de atrás y se abría hacia abajo en la parte delantera. Estaba descubierta tanto por dentro como por fuera.

—Estoy rota. No creo que el amor sea algo a mi alcance. Puede que me ames, pero ¿y si no puedo devolver ese afecto?

—¿Ambos no merecemos una oportunidad?

—¿Una oportunidad de qué? —Lettie discutió.

—Usted estaría renunciando a un futuro feliz por una mujer que tal vez nunca sea capaz de amar. Sería una carga para ti. Nuestro mutuo descontento se agravaría con el tiempo ...

—No puedes saber nada de esto —Se levantó y se movió para colocarse frente a ella, tomando sus manos entre las suyas.

—No te estoy pidiendo que hagas esto por mí. Nunca he merecido a alguien tan buena como tú, Lettie. Te ruego que hagas esto por ti misma. Me contentaría tener toda una vida para amarte, sin importar dónde esté tu corazón.

Daniel apretó sus manos donde se calentaron con su toque.

Lettie deseó poder alcanzar algo más que sus manos, pero su corazón se contrajo como el hielo y a medida que pasaban los días sentía la sangre fría a través de todo su cuerpo, llegando a cada extremidad.

Él le estaba ofreciendo el mundo: seguridad, adoración, amor, aceptación y la oportunidad de reconstruir los restos de quien ella habría sido, podría decidir quién quería ser. Había pasado tantos años persiguiendo el sueño de Gregory; poniéndola en riesgo en el campamento, exponiéndola a las crueldades de la humanidad y exponiendo su alma en forma desoladora. Nunca se dio cuenta de que su sueño no eran *sus sueños*. Lo había seguido ciegamente en lugar de encontrar su propio camino. Era más fácil creer que le estaba yendo bien y que tomaba las decisiones correctas siempre y cuando las elecciones nunca le pertenecieran. Nunca había comprendido que había otra manera de vivir.

Lettie se había embarcado en el viaje de la vida sin dudar.

Sin embargo ella no se arrepiente de esa decisión.

Fue a través de grandes cantidades de sangre, sudor y lágrimas que tuvo la suerte de volver a casa. Había soñado con su regreso a casa durante esas largas y frías noches. Anhelaba ver a su familia una vez más, incluso a Daniel. Había luchado duro para mantener su ingenio durante algunas de las batallas más violentas.

Ahora, estaba aquí, con Daniel, todo lo que podía pensar era en las dificultades que enfrentaría mientras estaba lejos de él, incluso cuando le ofrecía la oportunidad de vivir sus propios sueños, sin restricciones de los demás.

Para encontrar todas las piezas y volverlas a juntar. Tal vez no en perfecto orden, pero en cierta apariencia de la mujer que solía ser.

Lettie temía que su mente nunca volviera a funcionar correctamente. Sus pensamientos corrían a través de ella como hojas de otoño cayendo durante un fuerte viento, dispersándose de un lado a otro sin un camino concreto o un destino final. ¿Estaba destinada a vivir el resto de su vida volando, cambiar de curso con la brisa más pequeña?

Daniel le estaba ofreciendo más que amor. Más que seguridad financiera. Le estaba dando la oportunidad de aferrarse a algo estable y sólido, inmóvil. La arraigaría a la tierra donde quisiera estar, nunca le permitiría vacilar a merced de otros o de su propia mente. ¿Pero por cuánto tiempo podría amarla

a pesar de ambos, sabiendo que no estaba exactamente en lo cierto y que su amor nunca podría ser correspondido?

Miró fijamente sus profundos ojos negros, la preocupación grabada en las líneas de su suave rostro mientras esperaba haber que pasaba a través de ella. Lettie anhelaba pasar sus dedos por su frente y eliminar su preocupación. Nunca nadie le había dado espacio y tiempo para pensar en sus acciones. En verdad, cuando su mente estaba sana y completa, no había necesitado tiempo. Siempre había estado segura del camino que tomaría. Nunca había necesitado a nadie que la guiara.

Pero ahora, necesitaba a alguien, a él.

¿Qué pasaría si él decidiera que esto era demasiado para él?

Un temblor revoloteó en su estómago ante ese pensamiento.

—Lettie —Daniel besó su frente, y sus ojos se cerraron. Nadie la había tratado tan tiernamente.

—Yo también estoy quebrado. Puede que no de la misma manera que tú, pero entiendo todo lo que has presenciado: muerte, violencia y pérdida. Cuando te fuiste, traté de enmascarar el dolor de perderte con el licor y me rodeé de personas que no se preocupaban por mí. De esa manera, si se fueran, no sentiría lo que sentía contigo. Por eso, un niño perdió la vida. Soy responsable de eso. Me pasaré la vida reparándolo. Todos aquellos perdidos en la guerra ... esa sangre no está en tus manos. Permíteme demostrarte eso.

Sin apartar sus ojos de ella, extendió sus manos bien abiertas, con las palmas hacia arriba. Se inclinó y depositó un beso en cada palma antes de volverla a mirar.

—Mira, no hay sangre. En todo caso, hay hombres que sobrevivieron gracias a ti. Las familias se reunieron debido a tu rápida habilidad y tu ayuda médica. Esos hombres volvieron a tener ropa limpia y el estomago lleno porque te preocupaste lo suficiente por todos ellos, por trabajar incansablemente, día tras día.

Lettie se miró las manos, callosa por los años de trabajo. En efecto, sin mancha de sangre. Las dificultades se mantuvieron en el camino, pero no había restos de suciedad o sangre aferrada debajo de sus uñas.

¿Era posible borrar sus recuerdos, vivir su vida, nunca olvidar a todas las personas perdidas y heridas, pero encontrar alguna forma de paz? Nunca dejaría ir a Gregory de su memoria, podría recordarlo, honrarlo, sin perder una segunda oportunidad de ser feliz.

—Lettie, te amo —suplicó. Te ruego que nos demos una oportunidad. Lo peor que puede venir es una amistad de por vida. Lo mejor, ambos encontraremos el amor, la felicidad y satisfacción de estar unos con otros. Nunca dejaré de intentar hacerte feliz. Nunca me apartaré de ti, no importa a dónde nos lleve la vida. Te quiero, sólo a ti, a mi lado.

Si aceptara, ¿condenaría a Daniel a un futuro incierto? Por mucho que quisiera saltar, creer sus palabras y saber que podía ayudarla ... no podía ponerlo completamente en riesgo. ¿Qué pasaría si su mente no mejorara y solo continuara deteriorándose? Puede llegar el momento de que no esté en condiciones de estar cerca de nadie, especialmente Daniel y de cualquier familia que puedan tener juntos.

Buscó en su rostro cualquier señal de inquietud o vacilación. Cualquier indicio de que no se refiriera totalmente a todo lo que prometió, si ella aceptaba su oferta y nunca podía recuperar su sano juicio, entonces nunca se perdonaría a sí misma por arrastrar a Daniel con ella.

Capítulo Diecinueve

-Tú eres mi única esperanza —Daniel acarició las manos de Lettie, tratando de librarlas del frío que había descendido sobre la habitación. Por su mirada perdida y lejana, sospechaba que ya no estaba en esa habitación con él. Los celos se dispararon ante la idea de que ella estaba en sus brazos, pero estaba pensando en otro hombre, o incluso en otro lugar. ¿Podría un hombre sentir envidia de un lugar, especialmente de un lugar que se encuentra a una gran distancia?

—Sin ti, no tengo futuro.

—Conmigo, puede que no tengas nada. No estoy segura de si soy capaz de seguir adelante.

Sintió un vacío en su estómago al oír sus palabras y un frío atravesó su cuerpo.

No quería pensar en lo que haría si ella lo rechazara, le dijo que ni siquiera podía existir una amistad entre ellos. Sería más de lo que podría manejar.

Lettie pudo sobrevivir años de vida y dificultades en el campamento, pero ni siquiera podía superar su propio rechazo.

No de una mujer.

.Su mujer.

Lettie, lady Colette Hughes, era la única mujer con la que se él había imaginado. Con boda y formando una familia. Viviendo en la ciudad o en otro país, demonios, se mudaría a Escocia si eso era necesario. En cualquier lugar que ella quisiera estar, él la seguiría. Cualquier propósito en la vida que estableciera, él la apoyaría incondicionalmente.

No había otra opción para Daniel.

Él la amaba por completo, sin ella, no tendría ninguna voluntad de continuar. No se hundiría de nuevo en su camino de libertinaje. No. Simplemente dejaría de ser.

—Dime, Lettie, dime que al menos lo intentarás —Su voz se quebró con su última palabra.

—Mi corazón es todo lo que te ofrezco —Lettie bajó la cabeza.

—Sin embargo, mi mente es incapaz de reconciliar todo. ¿Tiene mi corazón la capacidad de amar a dos hombres tan intensamente?

Su espalda se puso rígida y la esperanza se disparó.

—¿Estás diciendo que me amas?

Sacudió la cabeza como para desterrar sus confusos pensamientos y levantó los ojos para encontrarse con él una vez más.

—Daniel, mi corazón siempre te ha amado; fue mi mente la que no cedería a la emoción, temiendo que tu forma de beber y tu libertinaje desgarraran mi corazón y me dejaran abandonada. Sin embargo, elegí otro ... y aquí estoy.

Daniel vio el arrepentimiento.

—Hiciste lo que pensaste que era correcto. Nunca puedo culparte por eso. En ese momento, no estaba preparado para una mujer de tu calibre. Probablemente te habría hecho daño.

—Pero ahora eres diferente?

—Por supuesto —susurró.

—Me he dado cuenta de mis errores, he lidiado con la pérdida de mi padre y sé, sin lugar a dudas, que eres la mujer que quiero a mi lado por toda la eternidad. Si la eternidad se pasa en Londres, ahí es donde estaremos. Si consideras que una vida en otro país, viajaremos allí. Demonios, si quieres vivir en una goleta en el Océano Atlántico, aprenderé a nadar y a pescar.

—El lugar no es importante —suspiró.

—Un lugar no puede volver a recuperarme.

—¿Entonces qué, Lettie? ¿Qué te hará sentirte bien de nuevo?—Preguntó pacientemente.

—No lo sé. Puede que nunca lo sepa, pero por tu culpa, quiero intentarlo. Se pasó las manos por su cabello corto y se puso de pie.

Su corazón se elevó.

—¿Qué estás diciendo? —Él necesitaba su confirmación, para saber que lo quería a su lado para ayudarla a encontrarse a sí misma una vez más.

Ella se inclinó hacia él, sus manos alcanzaron su rostro y se posaron en sus mejillas. Le pasó los dedos por debajo de los ojos y cruzó las sienes. Daniel no se había dado cuenta de que su cabeza golpeaba con expectación. El dolor de cabeza desapareció cuando le acarició la cara.

Finalmente, ella sonrió tentativamente. No débil, de ninguna manera Lettie era débil. Era la persona más fuerte que jamás había conocido.

—Puede que te pierdas ahora, pero juntos, podemos, no, vamos a, superar esto —No tengo ninguna duda.

Ella se alzó de puntillas y puso su boca contra la de él para darle un beso ligero y casto antes de alejarse.

—No sé si es fácil superar lo que mantiene a mi mente como rehén, pero ...
—Sus palabras se desvanecieron, y un suave sollozo la dejó.

Su boca se abrió, ella dibujó su labio inferior y lo mordisqueó.

—Nada en la vida que valga la pena será fácil —dijo.

—Oh, Daniel, lo quiero intentar contigo —confesó ella.

Las palabras eran todo lo que necesitaba para llevarla de vuelta a sus brazos, todo lo demás quedaba olvidado.

La reunión en el comedor. Las expectativas de sus padres. El patrimonio de su madre. Los ojos vigilantes de la sociedad.

Nada de eso importaba.

Lettie importaba, sólo Lettie.

Y ella estaba dispuesta a darle la oportunidad de que la amara. La posibilidad retornaba después de seis años.

El futuro nunca lo daría por sentado otra vez.

La amaba con toda su mente y corazón.

Ella lo amaba con todo su corazón; solo necesitaba convencerse de que era capaz de lo mismo.

Sería un viaje difícil y desgarrador, pero Lettie había visto y hecho cosas peores. Con su fuerza de acero y él para guiarla, no había forma de que fracasaran.

Él se apartó lo suficiente como para inclinarse, besarla y acariciarle el cabello.

Ella lo acercó, sus labios lo demandaban como los de él.

Él le permitió controlarla, le dio el poder de tomar su beso y abrazarse en la dirección que ella quería.

No es sorprendente que lo envolviera con sus brazos para acariciarle la espalda, sus dedos se clavaron firmemente en su cintura para mantenerlo seguro mientras su lengua salía y se deslizaba lentamente a lo largo de sus labios.

Ella lo probó, y Daniel no quería nada más que saborearla a cambio.

La suavidad de sus labios acogedores, vacilaron por un breve momento antes de entregarse a lo que Daniel sabía que quería, una completa exploración mutua emocional y física.

Daniel se retiró, necesitaba mirarla a los ojos, asegurarse de que entendiera y creyera en su compromiso y su futuro juntos.

—Lettie, estoy aquí para ti, contigo. Cada minuto que pase estaré dedicado a ti ... y a nosotros. Cualquier cosa, todo lo que desees será tuyo. Me aseguraré

de ello. Te amaré hasta mis últimos días en la tierra, entonces, nunca temas, te amaré también en la otra vida. Viviré todos los días para hacerte feliz.

—Esto, contigo cerca, es cuando creo que la curación es posible —Lo miró, sus ojos ya no tenían la bruma que había notado desde que la había recogido en The George.

—Es por ti que tengo esperanza, para mí y para el futuro.

—Permíteme amarte para siempre, Lettie.

—No lo haré de otra manera".

Epilogo

Londres, Inglaterra

Verano 1816

Lettie se limpió con un trapo polvoriento la frente, causando que sus cabellos de color marrón dorado cayeran en sus ojos. Respirando, inclinó la cabeza para colocar las hebras a donde pertenecían. No quedaron donde pertenecían, al menos no para Lettie.

—Permíteme ayudarte —Daniel se apresuró a cruzar la habitación y enderezó la silla que estaba limpiando del polvo y mugre por años de desuso.

—Te dije que descansaras ... y ¿esto es lo que haces?

Corrección, nada quedaba donde pertenecía.

Él había cumplido todas las promesas que había hecho y muchas más que no señaló en voz alta esa noche en sus habitaciones.

Había sido su roca, su pie cuando sintió que su mente se deslizaba, su ancla cuando las olas amenazaban con arrasarla, a pesar de todo, él la amaba más, le prestaba más atención y la mantenía siempre cerca.

—Estoy embarazada, Daniel —le regañó.

—No estoy indefensa, ni invalida como no poder hacer algo de trabajo.

Suavizó el rechazo con una sonrisa.

Lettie sonreía todo el tiempo y esta vez sin remordimientos.

Extraño cómo había vivido durante tantos años sin ninguno de ellos, ahora salieron de la nada, apoyándola sin previo aviso. Se despertó sonriendo, se cepilló el cabello con una leve risa cuando él quiso ayudarla, se rió abiertamente de las estúpidas travesuras de Daniel.

Como había sospechado, sus padres no estaban dispuestos a entregar su dote para ser utilizada a discreción de Lettie; sin embargo, estuvieron de acuerdo en una boda y en unas vacaciones de primavera para Daniel y ella. Apenas se completaron las escrituras, su dote se entregó a la custodia de Daniel, luego de que esos fondos se transfirieran a una cuenta solo a su nombre, así como a otra parte de los fondos. Más fondos de los que Lettie podría pensar en disponer.

Sin embargo, no habían pasado quince días y Lettie había establecido un plan, con la ayuda de su esposo.

El enfoque y el propósito, así como el amor y el apoyo incondicionales de Daniel, estaban ayudando lenta pero seguramente a sanar su mente. Tenía razón en eso, aunque muy equivocada en otra cosa.

Ella no era su única esperanza ... Daniel había sido su única esperanza.

—Solo siéntate, terminaré aquí —Empujó la silla en la que había estado trabajando y se sentó.

Sentía celestial estar sentada, pero había mucho más que hacer.

—Daniel, por favor, Deloris y sus hijos estarán aquí antes de que se ponga el sol —Se inclinó hacia adelante en la silla, colocando la palma de su mano contra su creciente barriga, un aleteo apenas perceptible la saludó.

—Los niños necesitarán camas, y Deloris necesitará una habitación cálida y tranquila.

—No te preocupes. —Daniel miró alrededor de la habitación.

—Solo tenemos que preocuparnos por este espacio".

—¿Qué estás diciendo? —Lettie suspiró.

—Ni siquiera he empezado en la habitación de los niños. Necesito extender sus nuevos cobertores, doblar la ropa que hemos recogido para ellos y apilar sus libros escolares en sus estantes.

Habían trabajado incansablemente desde la ubicación y la compra de Hope Manor para preparar las habitaciones y crear un ambiente acogedor para otras mujeres que habían perdido a sus esposos en la guerra. Cualquier familia era bienvenida a quedarse hasta que pudieran cuidarse adecuadamente.

—Todo está hecho.

—¿Qué quieres decir con que todo está hecho? —Su frente se arqueó en cuestión.

—He pasado toda la mañana aquí.

—¿Estabas tan concentrado que no me escuchaste trabajar en la habitación de al lado? —Preguntó.

—Supongo que estaba trabajando duro —concedió Lettie, mirando alrededor de la habitación que poco a poco había tomado forma. Una vez había sido una especie de salón de belleza, pero ahora albergaría a una mujer necesitada. Es posible que necesite silencio o prefiera estar rodeada de actividades; cualquiera que sean sus necesidades individuales, se cumplirían lo mejor que Lettie pudiera organizar.

—Como siempre lo haces, mi corazón —Se arrodilló ante ella, de la igual manera como en la noche que había cambiado todo su futuro, fusionando sus caminos en uno solo.

—Otra razón por la que te amo —Le dio un rápido beso en la mejilla mientras sonaban pasos en el pasillo.

—¡Oh, no, nos han encontrado!

Lettie le dio un manotazo en el hombro, aceptó su mano para ponerse de pie. No se había incorporado cuando un pequeño niño se deslizó por el umbral, saltando de emoción.

—¿Es tiempo? ¿Es hora?-Su pequeña voz chilló al aplaudir de sus manos.

—Casi, mi muchacho —Daniel se movió a través de la habitación, revolviendo la mopa de cabello castaño del niño al pasar. Recogió la manta lila recién lavada y se movió para extenderla sobre la cama.

—Deloris y sus hijos estarán aquí antes de que te des cuenta, Owen —Lettie se rió mientras el niño saltaba de un pie al otro.

—¿Por qué estás tan emocionado?

—Soy el único chico aquí —replicó, colocando sus manos en su pequeña cintura.

—Todas estas chicas ...han probando mi paciencia.

Daniel se rió, Lettie dirigió una mirada en su dirección antes de devolverle la sonrisa a Owen.

—Ciertamente es difícil ser el único hombre en la casa, puedo ver eso.

—¿Qué hay de mí? —Dijo Daniel, frunciendo el ceño haciendo reír a Lettie.

—Usted no vive aquí, su gracia —Owen sacudió la cabeza como si el peso de toda la casa descansara sobre él.

—De todos modos, sería bueno tener algunos niños con los que jugar a las canicas o hacerle algunos trucos a las chicas.

Lettie y Daniel se rieron. Eran tres familias en la residencia de Hope Manor, siendo Owen el único niño.

—¡Owen! —Gritó una mujer desde el pasillo.

—Regresa aquí y termina tu trabajo escolar. Y, por el amor de Dios, deja en paz al duque y a la duquesa.

Owen le guiñó un ojo y corrió hacia la puerta, deteniéndose para decir una última palabra.

—Espero que se den prisa. La aritmética y la recitación se están poniendo los nervios de punta.

Daniel moved up behind Lettie, settling his arms around her waist and pulling her close. “Do you think our child will be so precocious?”

Daniel se movió detrás de Lettie, colocando sus brazos alrededor de su cintura y acercándola a ella.

—¿Crees que nuestro hijo será igual de precoz?

—Con padres como nosotros, Charlie está destinado a ser un pícaro—murmuró ella mientras presionaba sus labios contra su cuello.

His mouth halted, and she felt him pull away. “Charlie?”

Su boca se detuvo, ella lo sintió moverse.

—¿Charlie?

—Oh, he querido hablar contigo sobre el asunto. He seleccionado un nombre.

—Pero, ¿y si tenemos una niña? —Preguntó.

—Charlie todavía se adaptará. Es un nombre fuerte, perfecto tanto para un niño como para una niña —La decisión fue fácil, mucho más simple de lo que muchos habían pensado antes.

—¿Estás molesto?

La hizo girar en sus brazos, tan rápido que su cabeza nadaba, primero por el movimiento repentino y luego por la mirada de completa adoración y afecto en sus ojos.

Daniel le había prometido una segunda oportunidad en la vida, pero nunca había soñado que realmente podría tener una segunda oportunidad de amar.

—Mi querida esposa, no podría estar menos molesto —Se inclinó un poco y la atrapó debajo de las rodillas, levantándola en sus brazos. Ella se acurrucó contra su pecho con un suspiro.

—Ahora, un descanso para ti ... y Charlie.

—Pero nuestros nuevos huéspedes estarán aquí en breve —argumentó.

—No, faltan varias horas-. Él la apretó más contra él.

—Solo el tiempo suficiente para regresar a casa, dormir y estar de vuelta en Hope Manor renovado y listo para recibir a nuestros huéspedes.

Daniel había sido tan amable desde su idea descabellada para Hope Manor; un lugar para que las mujeres y los niños acudan mientras se curan de la pérdida de un ser querido sin temor a acumular deudas, estómagos vacíos u hogares sin calefacción.

—Supongo que lo menos que puedo hacer es regresar a casa y descansar, especialmente después de que arreglaste la habitación de los niños —Ella se rió tímidamente.

—Creo que quizás necesites una siesta tanto como yo.

—No es una siesta lo que estoy deseando —Él meneó las cejas, sin dejar ninguna duda en su mente de que su tarde de descanso probablemente no incluiría el sueño.

—Ahora, me debilita el agotamiento. Marchemonos.

—Estoy siempre a sus órdenes, su gracia".

Ambos se rieron. Con risa profunda y desenfrenada, ambos sabían bien, que Daniel siempre estaría a *su* disposición.

Y eso les complacia a ambos.

Con Daniel a su lado, las pesadillas no alcanzaban lo máximo tan a menudo, pero cuando lo hacían, él estaba allí para besarla, despertarla y desterrar los horrores. Siempre a su lado y en su corazón.

Afortunadamente, su mente también había abrazado su amor.

Libros de Christina McKnight:

Credo de las Damas Arqueras (Serie)

Theodora (Libro Uno)

Georgina (Libro Dos) – Proximamente 2017

Adeline (Libro Tres) – Proximamente 2017

Josephine (Libro Cuatro) – Proximamente 2017

La Casa Craven (Serie)

The Thief Steals Her Earl (Libro Uno)

The Mistress Enchants Her Marquis (Libro Dos)

The Madame Catches Her Duke – Finales del 2017

The Gambler Wagers Her Baron – Proximamente 2018

Una Dama Abandonada (Serie)

Shunned No More, A Lady Forsaken (Libro Uno)

Forgotten No More, A Lady Forsaken (Libro Dos)

Scorned Ever More, A Lady Forsaken (Libro Tres)

Christmas Ever More, A Lady Forsaken (Libro Cuatro)

Hidden No More, A Lady Forsaken (Libro Cinco)

Las Debutantes Desanimadas (Serie)

The Disappearance of Lady Edith (Libro Uno) – Proximamente Mayo 2017

The Misfortune of Lady Lucianna (Libro Dos) – Proximamente Junio 2017

The Misadventures of Lady Ophelia (Libro Tres) – Proximamente Junio 2017

Títulos Independientes

The Siege of Lady Aloria, A de Wolfe Pack Novella

A Kiss At Christmastide: Regency Romance Novella

For The Love Of A Widow: Regency Romance Novella

About the Author:

USA TODAY La escritora más vendida, Christina McKnight, escribe emotivos e intrincados Romances de Aventura con mujeres fuertes de carácter y héroes inconformes.

Sus libros combinan romance y misterio, explorando temas de redención y perdón. Cuando no escribe, le gusta el café, el vino, viajar por el mundo y mirar televisión.

Email: Christina@ChristinaMcKnight.com

Sigueme en Twitter: [@CMcKnightWriter](https://twitter.com/CMcKnightWriter)

Mantente al tanto de sus lanzamientos: www.christinamcknight.com

Me gusta Christina's FB Author page: [ChristinaMcKnightWriter](https://www.facebook.com/ChristinaMcKnightWriter)

Notas de la Autora

Gracias por leer *POR EL AMOR DE UNA BELLA VIUDA*.

Si disfrutaste *POR EL AMOR DE UNA BELLA VIUDA*,
Asegúrese de escribir una breve reseña a cualquier minorista.

¡Me encantaría saber de ti!

Puedes contactarme a:

Christina@christinamcknight.com

O escribirme a:

P O Box 1017

Patterson, CA 95363

www.ChristinaMcKnight.com

Visite mi sitio web para regalos, reseñas de libros e información sobre mis próximos proyectos, o conéctese conmigo a través de las redes sociales en:

Twitter: @CMcKnightWriter

Facebook: www.facebook.com/christinamcknightwriter

Goodreads: www.goodreads.com/ChristinaMcKnight

Regístrese para mi boletín aquí:

<http://eepurl.com/VP1rP>

Hay varias personas a las que me gustaría agradecer por estar conmigo durante el viaje emocional de escribir este libro.

A Marc, mi asombroso novio, ¡gracias por ser siempre tú!

Para Lauren Stewart, mi crítica y mejor amiga, me empujaste a explorar nuevas vías de pensamiento que nunca soñé que fueran posibles. Si estuviésemos en una relación verdadera, sería una basada en la co-dependencia, pero de una buena manera. Mi escritura no sería lo que es sin sus comentarios, críticas, sugerencias y orientación.

También me gustaría agradecer a las maravillosas mujeres que me han apoyado tanto en mi carrera como en la vida, incluidas (pero no limitadas a): Amanda Mariel, Debbie Haston, Angie Stanton, Theresa Baer, Erica Monroe, Ava Stone, Roxanne Stellmacher, Laura Cummings, Dawn Borbon, Suzi Parker, Jennifer Vella, Brandi Johnson y Latisha Kahn. Sé que me estoy olvidando de la gente ... Todos ustedes han sido muy pacientes y han apoyado maravillosamente mis excentricidades.

Un agradecimiento muy especial a mi editora, Chelle Olson con “Literally Addicted to Detail”, su habilidad y profesionalidad superan todo lo que esperaba. Chelle Olson puede ser contratada por correo electrónico al

literallyaddictedtodetail@yahoo.com.

También, un agradecimiento especial al editor histórico y de desarrollo, Scott Moreland.

Y a mi corrector de pruebas, Anja con “Hourglass Editing”, gracias por embarcarte en otro viaje conmigo.

Cobertura y diseño de la cubierta y diseño de sitio web para Sweet 'N Spicy Designs.

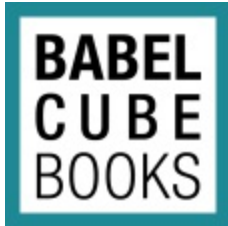
Finalmente, gracias por apoyar a los autores independientes.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com